

**NERO WOLFE**



**REX STOUT**

¿Quién era aquella mujer secuestrada  
que llevaba pendientes  
parecidos a arañas de oro?

**LAS**  
**ARAÑAS**  
**DE**  
**ORO**



III III  
**POLICIACA**

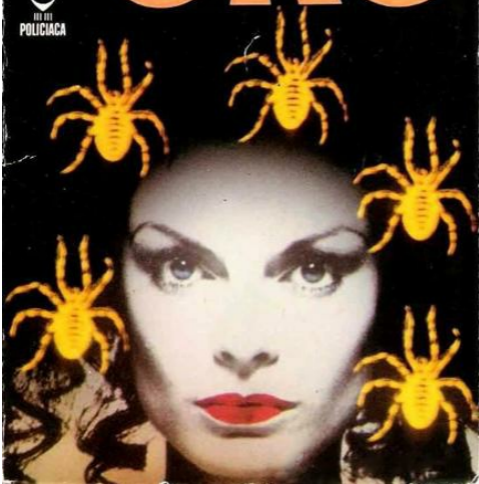




**REX STOUT**

¿Quién era aquella mujer secuestrada  
que llevaba pendientes  
parecidos a arañas de oro?

**LAS**  
**ARAÑAS**  
**DE**  
**ORO**



# **LAS ARAÑAS DE ORO**

(The golden spiders)

**REX STOUT**

Títulos originales y traducciones:

The golden spiders (Traducción:

Montserrat Solanas)

© Rex Stout

© Plaza & Janes, S. A., Editores,

1982

**Colección: Buho policiaca**

¿Quién era aquella mujer  
secuestrada que llevada pendientes

parecidos a arañas de oro?

# CAPÍTULO I

Cuando suena el timbre en la vieja casa de ladrillos rojos de la Calle 35 Oeste, mientras Nero Wolfe y yo estamos cenando, es Fritz quien suele acudir a la llamada. Pero aquella noche fui yo mismo, sabiendo que Fritz no estaba de humor para atender a ningún visitante, fuese quien fuese.

Habría que explicar el porqué del humor de Fritz. Todos los años, hacia mediados de mayo, por previo acuerdo, un granjero que vive cerca de Brewster caza dieciocho o veinte estorninos, los

mete en una bolsa, se sube a su coche y se viene a Nueva York. Está acordado que los estorninos han de ser entregados en nuestra puerta al cabo de dos horas de haberlos abatido. Fritz los prepara y los sala, y en el momento propicio los cubre con mantequilla derretida, los envuelve en hojas de salvia, los asa y los coloca en una fuente sobre polenta caliente, que es una papilla espesa de harina de maíz finamente triturada, con mantequilla, queso rallado, sal y pimienta.

Es un plato caro, y muy agradable, y Wolfe lo espera siempre con ilusión, pero aquel día hizo un espectáculo. Cuando llegó la fuente, apetitosa, y fue

colocada delante de él, Wolfe olfateó, inclinó la cabeza y olfateó nuevamente, y se incorporó para mirar a Fritz.

—¿La salvia?

—No, señor.

—¿Qué quiere usted decir con «no, señor»?

—He pensado que, por una vez, a usted le apetecería cocinado de otra manera, con azafrán y estragón. Mucho estragón fresco, justo con un toque de azafrán, que es la manera...

—¡Lléveselo!

Fritz se puso tieso y apretó los labios.

—Usted no me ha consultado —le dijo Wolfe fríamente—. Encontrarme

con que, sin previo aviso, se ha alterado radicalmente uno de mis platos favoritos, es una sorpresa desagradable. Es posible que este plato sea comestible, pero no estoy de humor para arriesgarme. Haga con él lo que le plazca; a mí tráigame cuatro huevos pasados por agua y una tostada.

Fritz, conociendo a Wolfe tan bien como yo mismo, consciente de que lo que había molestado a Wolfe era, principalmente, la falta de disciplina y el hecho de que sería inútil tratar de dialogar, iba a coger la fuente, pero yo intervine.

—Yo cogeré un poco, si no te importa. Siempre que el olor no te



impida saborear tus huevos pasados por agua.

Wolfe me miró furioso.

Así fue como Fritz se puso de un humor que me hizo suponer que era preferible que yo atendiese la llamada a la puerta. Cuando sonó el timbre, Wolfe había terminado de comerse los huevos y estaba bebiendo café, ofreciendo un aspecto realmente lastimoso. Yo estaba terminando mi segunda ración de estorninos y polenta, que estaban ciertamente muy comestibles. Dirigiéndome al vestíbulo y al frente de la casa, no me molesté en pulsar el ligero interruptor, porque había suficiente luz en la penumbra para

advertir, a través del panel de cristal, que el cliente del rellano era precisamente nuestro tipo de cliente habitual.

Abrí la puerta y le dije cortésmente:  
—Se ha equivocado de número.

Yo solía ser amable por razones políticas; mi política establecida era la de promover la idea de paz en la Tierra con los muchachos de la vecindad. Suavizaba un poco la vida en aquella calle, en donde se practicaba asiduamente la actividad de la pelota y algunas otras.

—Nada de eso —repuso él en un nervioso tono alto, no demasiado rudo—. Usted es Archie Goodwin. Tengo

que ver a Nero Wolfe.

—¿Cómo te llamas?

—Pete.

—¿Qué más?

—Drossos. Pete Drossos.

—¿Y para qué deseas ver a Mr. Wolfe?

—Tengo un asunto. Se lo diré a él.

Se trataba de un pequeño tipo nervudo, con cabello negro —que necesitaba un corte— y penetrantes ojos negros. La cima de su cabeza alcanzaba el nivel del nudo de mi corbata. Yo le había visto por la vecindad, pero no tenía elementos de juicio sobre él. La cuestión era cómo librarme de él sin iniciar una disputa; normalmente hubiera

resuelto el asunto, pero después del comportamiento infantil de Wolfe para con Fritz, creí que le haría bien tener otro chico con quien poder jugar. Naturalmente, rugiría y mordería, pero si Pete salía con algún arañazo yo podría curarle después. De modo que le invité a pasar y le acompañé hasta el comedor.

Wolfe estaba llenando otra vez su taza de café. Echó una ojeada a Pete, quien, admito, no estaba vestido muy elegantemente. Wolfe dejó la cafetera, me miró fijamente, y habló.

—Archie. No permitiré ninguna interrupción en las comidas.

Yo asentí con simpatía.

—Lo sé, pero esto no ha sido una comida. ¿Vas a llamar comida a estos huevos? Te presento a Mr. Pete Drossos. Quiere consultarte sobre un caso. Iba a decirle que estabas ocupado, pero he recordado que te has ofendido porque Fritz no te había consultado, y no quería que te ofendieras también con Pete. Es vecino nuestro, y, ya sabes: «ama a tu vecino como a ti mismo».

Hacer enfurecer a Wolfe siempre es un juego de azar. Una explosión de reflejos rápidos puede estallar en el aire; pero si no estalla, si Wolfe se toma un segundo para considerarlo, es posible que se salga uno con la suya. Aquella vez, Wolfe se tomó algunos segundos,

mientras bebía el café a sorbos, y después se dirigió con educación hacia nuestro visitante.

—Siéntese, Mr. Drossos.

—No, señor, solamente Pete.

—Muy bien, Pete, siéntate. Vuélvete para que te vea la cara, por favor. Gracias. ¿Deseas consultarme?

—Sí, sobre un asunto.

—Yo siempre acepto con gusto cualquier caso, pero el momento no es muy afortunado, porque Mr. Goodwin iba a salir esta noche para ver una partida de billar, y ahora, naturalmente, tendrá que quedarse para anotar lo que tú digas, y todo lo que yo diga. Archie, coge tu bloc de notas, ¿quieres?

Como he dicho antes, siempre es un juego de azar. Wolfe me había metido el pulgar en el ojo. Crucé el vestíbulo para ir a la oficina en busca de un bloc de papel y pluma; cuando volví, Fritz estaba allí con café para mí y galletas, así como una botella de «Coca—Cola» para Pete. No dije nada. Mi pluma y el bloc harían las anotaciones casi automáticamente, necesitando alrededor de una quinta parte de mi cerebro, y yo utilizaría el resto para imaginar medios de poder escabullirme.

Pete estaba hablando.

—Supongo que está bien que él escriba, pero yo tengo que cuidar mí persona. Estrictamente, esto es de

tapadillo.

—Tú quieres decir que es confidencial, claro está.

—Bueno, voy a contárselo. Ya sé que hay algunos detectives particulares que se tapan los oídos, pero usted es diferente. Por aquí lo sabemos todo sobre usted. Ya sé lo que usted piensa de los malditos policías, igual que yo. De modo que voy a sincerarme.

—Por favor.

—De acuerdo. ¿Qué hora es?

Yo miré mi reloj de pulsera.

—Las ocho menos diez.

—Entonces, eso sucedió hace una hora. Yo sé que a veces todo depende del elemento tiempo; por eso, justo



después que sucediera fui y miré el reloj en la tienda cerca de la esquina, y faltaba un cuarto de hora para las siete. Yo estaba trabajando con la pandilla del enjuague, en la esquina de la Treinta y Cinco y la Nueve, y se paró un «Caddy»...

—Un momento, por favor. ¿Qué es eso de la pandilla del enjuague?

—Bueno, sabe usted, un coche se para en un semáforo, y entonces uno se abalanza con un trapo y comienza a limpiar la ventanilla. Si es un hombre y te lo permite, sigues con el parabrisas. Así, por lo menos, te sacas algunos centavos. Si es una mujer y te deja que lo hagas, a lo mejor te da algo, y a lo

mejor no. Es un riesgo que hay que correr. Bueno, pues este «Caddy» se paró...

—¿Qué es un «Caddy»?

Por la mirada que apareció en los agudos ojos negros, Pete comenzaba a sospechar que se había equivocado de detective. Yo le interrumpí para demostrarle que uno de nosotros, por lo menos, no era un bobo, y le expliqué a Wolfe:

—Un «Cadillac».

—Ya entiendo. ¿Se detuvo?

—Sí, en el semáforo. Yo me acerqué a la ventanilla del conductor. Era una mujer. Ella volvió la cara para mirarme directamente y dijo algo. Yo creo que no

hizo ningún ruido; o, si lo hizo, yo no oí nada a través de la ventanilla porque estaba subida casi hasta arriba, pero ella movió marcadamente los labios y yo pude adivinar lo que me decía. Me dijo: «¡Socorro. Busca un policía!» Eso mismo me dijo.

Pete marcó las palabras con sus labios, exagerando un poco, sin producir ningún ruido. Wolfe movió la cabeza apreciativamente. Se volvió hacia mí.

—Archie. Dibuja la boca de Pete cuando hace esa pantomima.

—Más tarde —respondí complacientemente—. Después que te hayas ido a dormir.

—Fue todo lo claro que podía ser —

prosiguió Pete—. «¡Socorro, busca un policía!» Me impresionó, seguro que sí. Intenté conservar la cara impassible, yo sabía que debía hacerlo así; pero supongo que no pude, porque el hombre me estaba mirando y él...

—¿Dónde estaba el hombre?

—En el asiento, con la mujer. En el coche estaban los dos solos. Supongo que él vio por mi cara que algo me había impresionado, porque apretó más la pistola contra ella, la mujer giró bruscamente la cabeza...

—¿Tú viste la pistola?

—No, pero no soy idiota, vamos. ¿Qué otra cosa podía ser para que ella quisiera un policía y después volviera la

cabeza de aquella manera? ¿Qué cree usted que sería, un lápiz?

—Me quedo con la pistola. ¿Y luego?

—Yo me eché un poco atrás. Todo lo que yo tenía era un trapo, y él tenía una pistola del seis. Ahora, esto... no me entienda mal. A mí no me gusta la bofia. Pienso de ellos lo mismo que usted. Pero sucedió tan rápidamente que ni me di cuenta de lo que hacía, y admito que miré a mi alrededor buscando un policía. No vi ninguno, de modo que salté a la acera para buscar a la vuelta de la esquina, y cuando miré otra vez a mi alrededor la luz había cambiado y el coche se iba. Intenté parar otro coche

para que lo siguiera, pero nadie quiso parar. Pensé que podría pillarlo en la Octava Avenida y corrí tan aprisa como pude por la Treinta y Ocho, pero cogió la luz verde en la Octava y siguió adelante cuando yo estaba a medio camino. Pero tengo el número de la matrícula.

Se metió la mano en el bolsillo de sus pantalones, sacó un pedacito de papel, y leyó:

—Connecticut, Y, Y, nueve, cuatro, tres, dos.

—Excelente. —Wolfe colocó la taza vacía en el platito—. ¿Le has contado eso a la Policía?

—¿Yo? —Pete se mostró

despreciativo—. ¿A la bofia? Vaya, ¿es que estoy tarumba? Voy a la Comisaría, y lo digo a un pies planos, o a lo mejor, hasta a un sargento, ¿y qué? Primero, no me creen, y después me persiguen y quedo marcado. A usted no puede *hacerle daño* quedar marcado, porque usted es un detective particular con una licencia y tiene influencia sobre muchos inspectores.

—¿Influencia? ¿Qué clase de influencia?

—A mí no me pregunte. Todo el mundo sabe que está cargado de conocimientos con los que se quemarían algunos peces gordos; ya que, de no ser así, hace tiempo que lo habrían

eliminado. Pero un chico como yo no puede arriesgarse a quedar marcado, aunque sea un buen chico. Tengo tirria a los policías, y no es necesario ser un granuja para tenerles tirria. Siempre le digo a mi madre que yo no soy un granuja, y no lo soy, pero puedo decirle a usted que para esto se necesita tener mucho coraje. ¿Qué piensa usted del caso que tengo entre manos?

Wolfe reflexionó.

—Parece algo... hum... vago.

—Claro, por eso he venido a verle a usted. Me fui a un lugar adonde voy cuando quiero pensar, y lo pensé muy bien. Me di cuenta de que era un caso precioso si lo llevaba bien. El coche era



un «Caddy», un «Caddy» del cincuenta y dos, gris oscuro. El hombre era un tipejo de mal aspecto, pero de dinero; a lo mejor tiene dos o tres «Caddies» más. También la mujer parecía rica. No era tan vieja como mi madre, pero supongo que no puedo fiarme de eso, porque mi madre ha trabajado mucho en su vida, y apuesto algo a que esa señora nunca ha hecho nada. Tenía un arañazo en la cara, en la mejilla izquierda, y torcía mucho la cara cuando me decía «¡Socorro, busca un policía!»; pero pensándolo bien, he decidido que la señora no estaba mal. Llevaba unos pendientes grandes de oro en forma de araña, arañas con las patas estiradas. Oro puro.

Wolfe gruñó.

—De acuerdo —admitió Pete—, parecían de oro. No eran de latón. De cualquier manera, todo el conjunto olía a dinero y lo que he estado pensando es esto: he conseguido un caso con gente de dinero, ¿cómo voy a manejarlo de manera que yo pueda conseguir un poco? Hasta podría conseguir cincuenta dólares si lo manejo con habilidad. Si él la mata, yo puedo identificar al tipo y conseguir la recompensa. Puedo atestiguar lo que ella me dijo y cómo él la apretaba con la pistola...

—Tú no viste ninguna pistola.

—Eso es un detalle. Si él no la ha matado, si únicamente la ha obligado a

hacer algo, o decirle algo, o darle alguna cosa, yo voy y puedo decírselo a la cara; entonces, o me entrega los cincuenta pavos, incluso cien, o yo le denuncio.

—Eso sería chantaje.

—Bueno —Pete se frotó los dedos sobre la bandeja para limpiarse de las migajas de galleta—. Por eso, después de pensarlo, he decidido que debía verle a usted. Vi que yo solo no podía manejar el caso, y tendría que darle a usted una parte, pero usted debe entender bien que éste es mi caso. A lo mejor cree usted que yo he sido imbécil al decirle el número de esa matrícula antes de cerrar el trato, pero yo no lo veo así. Si usted

se le acerca y lo aprieta y trata de traicionarme a mí y quedarse con todo, aún queda que yo identifique a ese tío, de modo que el caso es todavía mío. Si no hay que hacer chantaje, piense usted alguna manera para que no sea chantaje. ¿Qué me dice usted, vamos a medias?

—Voy a aclararte algo, Pete —Wolfe echó hacia atrás su silla acomodando su voluminosa persona en una posición más confortable—. Si hemos de trabajar juntos, creo que debería decirte algunas cosas sobre la ciencia y el arte de la detención. Naturalmente, Mr. Goodwin tomará notas; y, cuando las pase a máquina, sacará una copia para ti. Pero primero tendrá que hacer una llamada

telefónica. Archie, tienes ya ese número de matrícula Llama a la oficina de míster Cramer y dales ese número. Diles que tienes información de que ese coche y su propietario o conductor, pueden estar involucrados en una violación de la ley en esta ciudad durante las dos horas últimas, y les sugieres una comprobación rutinaria. No seas más explícito. Diles que nuestra información no está comprobada y la investigación ha de ser discreta.

—¡Eh! —exigió Pete—, ¿y quién es Mr. Cramer? ¿Un poli?

—Un inspector de Policía —le rectificó Wolfe—. Tú mismo has sugerido la posibilidad de un asesinato.

Si ha habido un asesinato, existe un cadáver. Si existe un cadáver, ha de ser encontrado. A menos que se encuentre, ¿dónde está tu caso? Nosotros no tenemos ni idea de dónde encontrarlo, de modo que utilizaremos a la Policía para que busque por nosotros. Yo los utilizo a menudo de esa manera. Archie: naturalmente, no menciones el nombre de Pete, ya que Pete no quiere quedar involucrado.

Mientras cruzaba la oficina, hacia mi despacho, y marcaba el número de la Brigada de Homicidios de Manhattan Oeste, estaba pensando que, entre el millar de técnicas de Wolfe para hacerse detestable, la peor era aquella en que se

hacía el gracioso. Cuando terminé de hablar con el sargento Purley Stebbins y colgué el aparato, me sentí tentado, simplemente, de irme de allí a contemplar cómo Mosconi y Watrous manejaban sus tacos de billar; sin embargo, eso sería tanto como admitir que Wolfe me había fastidiado bien; entonces, él se limitaría a deshacerse de Pete y repantigarse con un libro y una mueca de satisfacción.

De modo que regresé al comedor, me senté, cogí la pluma y dije alegremente:

—De acuerdo, ya están avisados. Comienza la conferencia sobre detección. No olvides nada.

Wolfe se inclinó hacia atrás, puso los codos en los brazos de la butaca, y juntó las puntas de los dedos.

—Debes comprender, Pete, que me limitaré a los problemas y métodos del detective privado que trabaja en su profesión para ganarse la vida.

—Claro —Pete tenía una nueva botella de «Coca—Cola»—. Eso es lo que yo quiero, cómo meter mano en la pasta.

—Ya he observado esa tendencia en ti. Pero no debes permitir que eso te haga olvidar otras consideraciones. Es deseable que te ganes unos honorarios, pero lo esencial es que tú sientas que los has ganado, y eso depende parcialmente



de tu ego. Si tu ego está sano y es fuerte, como es el mío, raramente tendrás dificultad...

—¿Qué es mi ego?

—Existen diversas definiciones, filosóficas, metafísicas, psicológicas, y ahora psicoanalíticas. Pero según uso yo el término, significa la habilidad de afianzarse en todo aquello que eleve la opinión sobre ti mismo, y disminuir todo aquello que la rebaje. ¿Está claro?

—Supongo que sí. —Pete estaba frunciendo el entrecejo, muy pensativo —. Usted quiere decir que a uno le guste o no le guste uno mismo.

—No es eso precisamente, pero por ahí andamos. Con un ego robusto, tu

sentimiento...

—¿Qué es robusto?

Wolfe hizo una mueca.

—Intentaré utilizar palabras que ya conozcas; pero, cuando no lo haga, cuando no entiendas una palabra, por favor, no interrumpas. Si eres lo suficientemente listo para ser un buen detective, también lo serás para adivinar el significado preciso de una palabra nueva en razón del contexto —que significa las otras palabras que yo uso con aquélla—. Además, suele haber una pista. Hace un momento yo estaba hablando de un ego sano y fuerte, y después, cuando me has interrumpido, he hablado de un ego robusto en el mismo

sentido. De modo que, obviamente, «robusto» significa sano y fuerte, y si tú posees la madera de un buen detective, deberías haberte dado cuenta. ¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—En este caso, debería ser indulgente, y lo soy. Continuando: con un ego robusto, tu sentimiento sobre la ganancia de tus honorarios puede quedar muy bien a cargo de tu inteligencia y sentido común. Nunca pidas ni aceptes unos honorarios que tú no creas haberte ganado; si lo haces, tu integridad se derrumba y tu ego se carcomerá con gusanos. Teniendo eso en cuenta, consigue tanto como puedas. Ya que no

debes aceptar lo que tú no creas haber ganado, debes conseguir lo que creas haberte ganado. Ni tan siquiera discutas un caso con un presunto cliente hasta que sepas de sus posibilidades de pago. Hay tanto...

—Entonces, ¿por qué...? —soltó Pete, y se detuvo.

—¿Por qué, qué?

—Nada. No entiendo por qué está usted hablando conmigo, con un simple chico.

—Éste es un caso especial. Mr. Goodwin te ha hecho pasar para que yo te escuchara, y míster Goodwin es mi ayudante, en quien confío y a quien estimo altamente. Él se sentiría

sumamente defraudado si yo no dedicara toda la atención posible a tu asunto dejándole tomar notas que después pasará a máquina —Wolfe me favoreció con una mirada hipócrita y se volvió hacia Pete—. Acabamos con la cuestión del ego y los honorarios. En cuanto a tus métodos, naturalmente deben ser adecuados para tu campo de acción. Omito, por supuesto, los campos como el espionaje industrial y las evidencias de divorcio y otros parecidos cotilleos repugnantes, ya que el ego de cualquier hombre que se comprometa en esas cosas ya está infestado de gusanos, de modo que eso a ti no te concierne. Pero fíjate por ejemplo en el robo. Pongamos

por ejemplo un caso en que el joyero de una mujer haya sido saqueado, y ella no quiere ir a la Policía porque sospecha...

—Hablemos del asesinato. Yo preferiría comenzar con un asesinato.

—Como quieras —Wolfe se sentía amable—. Estás anotando todo eso, ¿verdad, Archie?

—Puedes apostar algo. Con la lengua fuera.

Bien. Generalmente en el robo o el asesinato, no importa cuál de los dos, has de comprender minuciosamente que, en principio, estás practicando un arte, no una ciencia. El papel de la Ciencia en la detección del crimen es valioso, honorable y efectivo, pero tiene una

intervención muy pequeña en las actividades de un detective privado que aspira llegar alto. Cualquiera con una mínima capacidad puede convertirse en un adepto con un calibrador, una cámara, un microscopio, un espectrógrafo o un centrífugo, pero será simplemente un sirviente de la detección. La Ciencia en la detección puede ser distinguida, incluso brillante, pero nunca puede sustituir la marcha inexorable de una inteligencia fina a través de una selva de mentiras y temores hasta el claro de la verdad, o el relámpago de percepción a lo largo de un nervio sensitivo vibrante por el tono de una voz o el parpadeo de un ojo.

—Excúseme—interrumpí yo—.

¿Has dicho «el tono de voz» o «el tono de una voz»?

—Ninguna de las dos cosas — mintió Wolfe—. He dicho «un tono de alguna voz». —Se dirigió de nuevo a Pete—. El arte de la detección tiene muchas caras y muchos niveles. Tomemos uno. Seguir a un hombre por Nueva York, sin perderle, es una tarea extremadamente difícil. Cuando la Policía la emprende seriamente suele utilizar tres hombres, e incluso así, son a menudo burlados. Hay un hombre que trabaja frecuentemente para mí, Saúl Panzer, que es un genio en eso, trabajando solo. Yo lo he discutido con



él y he sacado la conclusión de que ni él mismo sabe el secreto de su extraordinaria habilidad. No es una operación consciente y controlada por su cerebro, aunque el hombre tiene un buen cerebro; es algo que lleva oculto en su sistema nervioso —posiblemente, claro está, en su cráneo—. Panzer me cuenta que de alguna manera parece que sabe, y en la mínima fracción de tiempo, lo que va a hacer el hombre que está siguiendo: no lo que ha hecho o lo que está haciendo, sino lo que va a hacer. Por eso Mr. Pan—zar podría enseñarte todo lo que sabe, y tú nunca conseguirías igualarle. Pero eso no quiere decir que no debas aprender todo lo que puedas.

Aprender no te hará ningún daño. Únicamente el hombre que sabe demasiado poco, sabe demasiado. Únicamente cuando tratas de utilizar lo que has aprendido, descubres si puedes transformar tus conocimientos en habilidades prácticas.

Wolfe dirigió su pulgar hacia mí.

—Fíjate en Mr. Goodwin. A mí me resultaría difícil funcionar eficientemente sin su persona. Es insustituible. Sin embargo, sus acciones están gobernadas en buena parte por el impulso y el capricho; y eso, naturalmente, lo incapacitaría para desarrollar cualquier tarea importante si no fuese porque dentro de él lleva algo

oculto, posiblemente está en su cerebro, aunque lo dudo, un controlador poderoso y sutil. Por ejemplo, al ver a una joven bonita se provoca en él una reacción abrumadora de apreciación y aprobación, y, correlativamente, su instinto adquisitivo, y sin embargo no se ha casado. ¿Por qué no? Porque él sabe que si tuviera una esposa, su reacción ante las jóvenes bonitas, ahora pura, honesta y libre, no solamente sería intolerablemente adulterada, sino que además estaría bajo vigilancia y sujeta a la restricción por la autoridad. De modo que el controlador siempre le detiene a poca distancia del desastre; no hay duda que, en algunas ocasiones, justo al borde

del precipicio. Ese controlador trabaja de un modo parecido con todos sus impulsos y caprichos, pero de vez en cuando falla su intervención a tiempo, y entonces surge el accidente, como ha sucedido esta noche cuando Archie se ha sentido impulsado a importunarme cuando se le ha ofrecido la oportunidad. Esto ya le ha costado... ¿qué hora es, Archie?

Yo le miré.

—Las nueve menos dieciocho.

—¡Eh! —Pete dio un salto en su asiento—. ¡Tengo que irme! Mi madre... ¡He de estar en casa a menos cuarto! ¡Ya los veré mañana!

Ya estaba en camino. Cuando me

hube levantado y llegado al vestíbulo, Pete ya se hallaba en la puerta de entrada y la abría, desapareciendo. Yo crucé el umbral del comedor y le dije a Wolfe:

—Maldita sea, yo confiaba en que el chico estaría aquí hasta medianoche para que tú pudieras acabar. Después de todo eso, una partida de billar será muy aburrida, pero quizá sea mejor que vaya.

Y fui.

# CAPÍTULO II

Al día siguiente, miércoles, estuve bastante atareado. Un fabricante de quincallería de Youngstown, Ohio, había venido a Nueva York para intentar localizar a un hijo que había interrumpido su contacto; el fabricante cablegrafió a Wolfe, pidiéndole ayuda, y teníamos a Saúl Panzer, Fred Durkin y Orrie Cather investigando por ahí. Eso me tenía sujeto a mi escritorio y al teléfono, a los informes y a dar instrucciones.

Por la tarde, algo después de las

cuatro, Pete Drossos apareció y pidió ver a Wolfe. Su actitud demostraba que, aunque sabía que yo también poseía un permiso de detective privado y él no tenía nada especial contra mí, prefería de todos modos tener tratos con el jefe. Yo le expliqué que Nero Wolfe pasaba cuatro horas diarias —de las nueve a las once, por la mañana, y de las cuatro a las seis, por las tardes— en los invernaderos de la terraza, con sus diez mil orquídeas, dando órdenes a Theodore Horstmann en vez de dármelas a mí, y que durante esas horas no estaba disponible. Pete me hizo saber que él opinaba que ésa era una manera endiablada de pasar el tiempo para un

detective privado, y yo no le discutí la opinión. Cuando finalmente conseguí convencerle para que cruzara la puerta, y yo pude cerrarla, yo mismo estaba dispuesto a admitir que quizá mi controlador necesitaba un poco de aceite. Pete iba a ser una condenada molestia, no había ninguna duda. Hubiera debido ahogar mi impulso de invitarle a entrar como compañero de juegos de Wolfe. Cada vez que me descubro en falta, me ayuda un poco el tomarme un trago, de modo que fui a la cocina para tomarme un vaso de leche. Al volver a la oficina, el teléfono estaba sonando. Orrie Cather informaba.

Aquella noche, durante la cena, ni



Wolfe ni Fritz dieron la más ligera señal de que entre ambos se hubieran interpuesto los estorninos. Cuando Wolf se sirvió por segunda vez del plato principal, que consistía en torta danesa de cerdo, dijo, con toda claridad:

—Muy satisfactorio. —Siendo que, para Wolfe, ese comentario era decididamente pródigo, Fritz lo aceptó como se le ofrecía, asintió dignamente y murmuró:

—Ciertamente, señor.

De modo que no centelleaban chispas cuando terminamos el café, y Wolfe estaba tan amable que confesó que le gustaría ver por sí mismo el espectacular juego de Mosconi del que

yo le había hablado, si es que estaba dispuesto a descender al sótano con él.

Pero no llegué a hacer esa demostración. Cuando sonó el timbre de la puerta, mientras salíamos del comedor, supuse naturalmente que se trataría de Pete, pero no lo era. La figura visible a través del panel de cristal era el doble de grande que Pete, y mucho más familiar el sargento Purley Stebbins de la brigada de homicidios de la Comisaría de Manhattan Oeste. Wolfe entró en la oficina y yo me acerqué a la puerta, que abrí.

—Se fueron por allí —dije yo, señalando.

—Bobadas. Quiero ver a Wolfe. Y a

ti.

—Yo estoy aquí. Dispara.

—¿Y Wolfe?

—Está digiriendo el cerdo. Espera.

—Coloqué la cadena para que la puerta no se abriera más de cinco centímetros y me dirigí a la oficina. Le dije a Wolfe que Stebbins quería una audiencia y esperé pacientemente de pie mientras Wolfe hacía muecas. Recibí instrucciones de hacer entrar al visitante, y regresé a la puerta de entrada obedeciendo tales órdenes.

Con los años ha quedado establecida una rutina al sentarse el sargento Stebbins en nuestra oficina. Cuando venía con el inspector Cramer, éste,

naturalmente, se sentaba en el butacón de cuero rojo junto al extremo del escritorio de Wolfe, y Purley en uno de los amarillos, que eran más pequeños. Siempre que vino solo, yo intenté acompañarle hasta el butacón rojo, pero nunca lo conseguí. Él siempre desvió el paso y se acomodó en una butaca amarilla. No era que él sintiese que un sargento no debía sentarse en donde había visto sentarse a un inspector, no era eso. Es posible que no le guste estar de cara a una ventana, o a lo mejor es que no le gustan los asientos de color rojo. Algún día se lo preguntaré.

Aquel día, Stebbins acomodó como de costumbre su carne y sus músculos,

que posee en abundancia, en la butaca amarilla. Como de costumbre, miró durante unos momentos a Wolfe y torció después el cuello para mirarme a mí.

—Ayer informasteis acerca de un coche, un «Cadillac» del cincuenta y dos, gris oscuro, permiso de Connecticut YY nueve—cuatro—tres— dos. ¿Por qué?

Yo alcé los hombros y los dejé caer.

—Ya te lo dije. Teníamos información, no comprobada, de que el coche, o su propietario o conductor, estaba envuelto en algo, o podría estarlo. Sugerí una investigación de rutina.

—Ya sé que lo hiciste. Exactamente,

¿cuál era vuestra información y dónde la obtuvisteis?

Yo sacudí la cabeza.

—Ayer me preguntaste eso mismo, y yo lo pasé por alto. Sigo haciéndolo. Nuestro informante no desea que se le moleste.

—Bueno, pues va a ser molestado. ¿Quién era y qué os dijo?

—No hay nada que hacer. —Hice un gesto con la mano—. Sabes perfectamente que es una mala costumbre tuya. Si ha sucedido algo que te hace pensar que yo tengo que decirte quién y qué, dime lo que ha sucedido y veamos si estoy de acuerdo contigo. Ya sabes que soy muy razonable.

—Sí, seguro que sí. —Purley apretó la mandíbula y después se relajó—. A las seis y cuarenta minutos de esta tarde, hace dos horas, un coche se detuvo en un semáforo, en la esquina de la Calle 35 y la Quinta Avenida. Un chico con un trapo se acercó y comenzó a limpiar una ventanilla. Acabó ese lado y empezó en el otro, y cuando estaba dando la vuelta por delante del coche, el vehículo se puso en marcha súbitamente y lo atropelló, y siguió a toda velocidad, por la Avenida y por la Calle 35. El chico murió poco después que la ambulancia le dejara en el hospital. El conductor era un hombre y estaba solo. Con la excitación, la gente nunca observa

demasiado, pero dos personas, una mujer y un muchacho, están de acuerdo en el número de la matrícula. Connecticut YY nueve—cuatro—tres—dos, y el chico dice que era un «Cadillac» gris oscuro. ¿Y bien?

—¿Cómo se llamaba el chico? El que fue atropellado.

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto?

—No lo sé. Por eso lo pregunto.

—Se llamaba Drossos. Pete Drossos.

Tragué saliva.

—Vaya que oportuno. Hijo de perra.

—¿Quién, el chico?

—No. —Me volví hacia Wolfe—.



¿Lo cuentas tú o lo hago yo?

Wolfe había cerrado los ojos. Los abrió para indicar «Tú», y los cerró nuevamente.

No creí necesario contarle a Stebbins la crisis doméstica que me había provocado el impulso de permitir que Pete viese a Wolfe, pero le conté todo lo que era relevante, incluyendo la segunda visita de Pete aquella misma tarde. Aunque, por una vez en su vida, el sargento quedó satisfecho por saber algo de primera mano en aquella oficina, hizo muchas preguntas, y al final creyó oportuno contribuir con un comentario poco amistoso al efecto de que unos ciudadanos dignos como Nero Wolfe y

Archie Goodwin hubieran debido mostrar un poco más de interés en una mujer con una pistola apoyada contra sus costillas y que pedía un policía.

Mis ánimos no estaban precisamente por las nubes, y eso me pinchó.

—Los especímenes como tú — repliqué— no son los que han hecho grande esta nación. El chico podía haber inventado toda la historia. Admitió que no había visto la pistola. O la mujer podía estar tomándole el pelo. Si yo te hubiese contado ayer lo que me habían estado contando, y quién, tú te hubieras creído que yo me había vuelto memo gastándome un céntimo en esa llamada telefónica. Y yo te di el número de la

matrícula. ¿La comprobaste?

—Sí. Era un «flotador». Fue sacada de un «Plymouth» que fue robado en Hartford hace dos meses.

—¿Ninguna pista?

—Ninguna hasta el momento. Ahora pediremos a Connecticut que investigue. No sé cuántas matrículas flotadoras habrá ahora mismo en Nueva York, pero sé que hay muchísimas.

—¿Has conseguido una buena descripción del conductor?

—Tenemos cuatro descripciones, y no hay dos que coincidan. Tres de ellas no valen un pito y la otra puede ser... de un hombre que acababa de salir de la tienda y por casualidad se fijó en el

chico que iba hacia el coche con su trapo. Dice que el conductor era un hombre de unos cuarenta años, traje marrón oscuro, compleción ligera, rasgos regulares, y un sombrero de fieltro bien encasquetado casi hasta las orejas. Cree poder identificarlo. — Purley se levantó—. Me voy. Admito que estoy desilusionado. Esperaba realmente que podríais darme una pista, o que descubriría que estabas encubriendo a un cliente.

Wolfe abrió los ojos.

—Le deseo suerte, Mr. Stebbins. Ese chico comió ayer en mi mesa.

—Sí —gruñó Purley—, eso lo pone feo. La gente no tiene ningún derecho a

atropellar a los chicos que han comido en la mesa de uno.

Con esas palabras sociables, el sargento se fue, y yo le acompañé al vestíbulo. Mientras ponía mi mano en el pomo de la puerta, se hizo visible una figura fuera, que subía los escalones hasta el rellano, y cuando abrí la puerta allí estaba: una mujer pequeña y flaca, vestida pulcramente de azul marino, sin chaqueta ni sombrero, con los ojos enrojecidos e hinchados, y la boca tan apretada que no se le veían los labios. Stebbins estaba a mi espalda cuando yo me dirigí a la mujer.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora?

Ella soltó las palabras con

dificultad.

—¿Vive aquí Mr. Nero Wolfe?

Le dije que sí.

—¿Cree usted que me recibiría? No le ocuparé mucho rato. Soy Mrs. Anthea Drossos.

Había estado llorando y parecía como si pudiera proseguir en cualquier instante, y una mujer llorosa es una de las cosas que Wolfe ni tan siquiera intenta soportar. De modo que le dije que Wolfe estaba ocupado, y que yo era su ayudante confidencial, que podría contarme el asunto a mí.

Ella alzó la cabeza para mirarme fijamente a los ojos.

—Mi chico Pete me dijo que viese a

Mr. Nero Wolfe —dijo—, y voy a esperar aquí hasta que pueda verle. — Se apoyó en la barandilla del rellano.

Yo retrocedí y cerré la puerta. Stebbins estaba a mis talones cuando yo entré en la oficina y hablé con Wolfe.

—Mrs. Anthea Drossos quiere verte. Dice que su chico le pidió que lo hiciera. Yo no le valgo. Acampará toda la noche en el rellano si es preciso. Podría echarse a llorar en tu presencia. ¿Qué hago, sacarle un colchón ahí fuera?

Esto le hizo reaccionar al momento.

—Maldita sea. ¿Qué puedo hacer yo por esa mujer?

—Nada. Tampoco yo. Pero ella no quiere saber nada conmigo.

—En ese caso, qué demonios...  
¡Uff! Hazla entrar. Ese espectáculo tuyo  
de anoche... Hazla entrar.

Salí a buscarla. Cuando la acompañé  
a la oficina, Purley estaba arrellanado  
otra vez en su sillón. Con mi mano en su  
codo, ya que la mujer parecía insegura  
en su caminar, la acompañé hasta el  
butacón de color rojo, en donde  
hubieran cabido tres como ella. Ella se  
sentó en el borde, con sus ojos negros  
—más negros supongo, a causa del  
contraste con sus párpados inflamados  
— dirigidos a Wolfe.

Habló con voz baja y algo  
temblorosa, pero decidida.

—¿Es usted Mr. Nero Wolfe?



Él afirmó. Ella desvió su mirada hacia mí, después a Stebbins, y de nuevo miró a Wolfe.

—¿Estos caballeros? —preguntó.

—Mr. Goodwin, mi ayudante, y Mr. Stebbins, un policía que está investigando la muerte de su hijo.

Ella asintió.

—Ya me parecía que tenía aspecto de policía. Mi hijo Pete no querría que yo le contase esto a la poli.

Por su tono y expresión parecía obvio que ella no tenía intención de hacer nada que a su hijo Pete no le pareciera bien; por consiguiente, teníamos un problema. Con Purley sospechando que Wolfe, por no

mencionarme a mí, prefería ser pillado muerto que sin una carta en la manga, era seguro que el policía no estaría dispuesto a esfumarse. Pero se levantó sin dudarle y dijo:

—Me iré a la cocina —y se encaminó hacia la puerta.

Mi sorpresa duró únicamente medio segundo, hasta que me di cuenta de adonde iba. En la alcoba, al fondo del vestíbulo, al otro lado de la cocina, había un orificio en la pared que separaba la alcoba de la oficina. En el lado de la oficina, el agujero estaba cubierto con un cuadro, y desde el lado de la alcoba, haciendo correr un panel, se podía controlar el interior de la

oficina. Purley lo sabía perfectamente.

Al desaparecer Purley, pensé que sería adecuado avisar a Wolfe.

—El cuadro.

—Ciertamente —confirmó Wolfe displicentemente. Miró a Mrs. Drossos —: ¿Y bien, señora?

La dama no se fiaba ni un pelo. Se levantó y se dirigió a la puerta abierta para mirar a ambos lados del vestíbulo. Luego, la cerró y se sentó nuevamente.

—Usted ya sabe que han matado a Pete.

—Sí, lo sé.

—Cuando me lo dijeron, corrí calle abajo, y allí estaba él. Estaba inconsciente, pero no muerto. Me

dejaron que le acompañase en la ambulancia. Fue entonces cuando me lo dijo. Abrió...

Se detuvo. Yo temía que ella estallara; y, efectivamente, estaba a punto de hacerlo, pero después de quedar quieta durante un momento sin mover un músculo, se dominó y pudo proseguir.

—Pete abrió los ojos y me vio; yo acerqué mi cabeza a su boca. Me pidió... creo que puedo decirle exactamente lo que me pidió: «Di a Nero Wolfe que me ha pillado. No se lo digas a nadie que no sea él. Dale el dinero que tengo en mi hucha.»

La mujer calló y se quedó

nuevamente inmóvil. Después de esperar un minuto, Wolfe requirió su atención.

—¿Señora?

Ella abrió su bolso de cuero negro —bastante usado, pero aún en condiciones de prestar servicio—, buscó algo dentro, y extrajo un pequeño paquete envuelto en papel que alzó para colocar en el escritorio de Wolfe.

—Hay cuatro dólares y treinta centavos —se puso de pie—. Es dinero que Pete ganó, es su dinero. Lo guardaba en un bote de tabaco. Eso fue lo último que me pidió: que le diera a usted el dinero que tenía en el bote; después de eso, quedó otra vez inconsciente, y murió antes de que en el hospital

pudieran hacer nada. Yo volví a casa para coger el dinero de Pete y venir a contárselo. Ahora me iré a mi casa. — Se volvió, dio un par de pasos, y se dio la vuelta—. ¿Ha entendido usted lo que le he dicho?

—Sí, he comprendido.

—¿Puedo hacer yo algo más?

—No, creo que no. ¿Archie?

Yo ya estaba al lado de la mujer. Ahora parecía algo más firme sobre sus pies que al entrar, pero yo la sostuve por el brazo igualmente hasta el rellano, y por los siete escalones hasta la acera. Ella no me dio las gracias; pero, como era posible que ella ni tan siquiera se diera cuenta de que yo estaba a su lado,

no se lo tuve en cuenta.

Purley estaba en el vestíbulo cuando yo entré en la casa, y se había puesto el sombrero. Yo le pregunté:

—¿Cerró usted el panel?

—Que le robaseis el caramelo a un chico era de esperar —observó ofensivamente—. Pero robárselo a un chico muerto. ¡Por Dios!

Se marchaba, y yo di un paso al lado para cerrarle el camino.

—Zoquete. Y eso va por ti. Si hubiéramos insistido en que ella se quedara con ese dinero, hubiera...

Me interrumpí ante su mueca de triunfo.

—¡Esta vez les he atrapado! —

graznó. Pasó rozándome y se marchó.

Por eso, cuando entré en la oficina yo me mordía una uña. No suele ser normal que Purley Stebbins pueda conmigo, pero aquel día me cogió desprevenido porque yo estaba sentimentalmente interferido en el asunto. Naturalmente, reaccioné intentando pasarle el muerto a Wolfe. Me acerqué a su escritorio y cogí el paquetito; desenvolví el papel y ordené su contenido cuidadosamente frente a Wolfe: dos billetes de dos dólares, cuatro monedas de veinticinco centavos, nueve de diez y ocho de cinco.

—Exacto —anuncié—. Cuatro dólares y treinta centavos. Mis sinceras



felicitaciones. Deduciendo el impuesto, diez centavos para gastos, la llamada telefónica de ayer a Stebbins, quedará lo suficiente para...

—¡Cállate! —rugió—. ¿Se lo devolverás mañana?

—No, no lo haré. Ni ningún otro día. Sabes muy bien que eso es imposible.

—Entrégalo a la Cruz Roja.

—Dáselo tú. —Me mostré firme—. Quizás ella no vuelva nunca, pero si viene y me pregunta qué es lo que hemos hecho con el dinero de Pete, no estoy dispuesto a hablarle de la Cruz Roja, y tampoco a mentirle.

Wolfe alejó de él el dinero, hasta el otro extremo del escritorio, hacia mí.

—Tú lo trajiste a esta casa.

—Es *tu* casa, y *tú* le invitaste a galletas.

Esto dejó las cosas empatadas. Wolfe cogió el libro que estaba leyendo del otro lado del escritorio, lo abrió en su punto, giró y arrellanó regaladamente sus ciento treinta kilos en el asiento, tras lo cual comenzó a leer. Yo me fui a mi escritorio y me senté, haciendo ver que repasaba los informes del día anterior enviados por Saúl, Fred y Orrie, mientras me dedicaba a reflexionar acerca de la situación. Algo más tarde, me acerqué la máquina de escribir, coloqué papel y golpeé las teclas. El primer borrador tenía algunos fallos,

que corregí, y lo mecanografié nuevamente en otra hoja de papel. Esta vez creí que estaba bien. Me volví para encararme con Wolfe y anuncié:

—Tengo una sugerencia

Wolfe terminó su párrafo, que debía de ser largo, antes de echarme una ojeada.

—¿Sí?

—Estamos atrapados por ese dinero y hemos de hacer algo al respecto. Recordarás que tú le dijiste a Pete que la cuestión no es tanto el ganarse unos honorarios como saber que se han ganado. Creo que tú pensarías que te has ganado este dinero si lo dieras a conocer por un anuncio en el periódico.

Algo así:

«Mujer con pendientes forma araña y rasguño en la mejilla que el martes, mientras conducía un coche, pidió a un muchacho en la Calle 35 y Novena Avenida que buscase un policía. Sírvase comunicar con Nero Wolfe, cuya dirección encontrará en la guía telefónica.»

Le acerqué el papel a través del escritorio.

—En el *Times* quizá no te baste con este dinero para pagarlo del todo, pero con gusto yo añadiré uno o dos pavos. Lo considero una idea brillante. Se gastará el dinero de Pete en Pete. Cramer y Steb— bins se morderán la

lengua, y éste se lo merece. Y, dado que no existe una posibilidad entre un millón de que este anuncio tenga respuesta, no te expondrás al riesgo de ningún trabajo o compromiso. Finalmente, pero no por ello menos importante, tu nombre saldrá en el periódico. ¿Qué me dices a eso?

Wolfe cogió la hoja de papel y le dio una ojeada, manteniéndose muy erguido.

—Muy bien —rezongó admitiéndolo—. Espero que esto te haya servido de lección.

# CAPÍTULO III

El hijo del fabricante de quincallería fue localizado finalmente, y acorralado al día siguiente, jueves por la tarde. Puesto que se trataba de una operación discreta por más de un motivo — demostrativo de tal discreción era que ni se trataba de un fabricante de quincallería ni era de Youngstown—, no puedo dar detalles. Pero sí haré ver una cosa. Si Wolfe creyó que se había ganado el dinero arrancado a ese pájaro, jamás un ego pasó una prueba más difícil.

De modo que el jueves resultó algo atareado, sin tiempo libre para tomar en consideración el interrogante de si, en caso de haber tomado nosotros otra actitud en el caso que Pete vino a compartir con nosotros, Pete respiraría todavía. En el negocio detectivesco existen sobradas ocasiones para ese tipo de consideraciones, y mientras el porcentaje no llegue a una cifra que deprima, no hace ningún daño tomarse un poco de tiempo de vez en cuando para alguna reflexión.

Ya era demasiado tarde para poder incluir el mismo miércoles el anuncio en el periódico del jueves. El viernes por la mañana tuve que sonreír

maliciosamente para mí, un par de veces. Cuando bajé los dos tramos de escalera desde mi habitación y entré en la cocina, lo primero que hice después de saludar a Fritz fue buscar los anuncios del *Times* para echar una ojeada al nuestro. Se merecía una sonrisa. No significaba nada, ni personal ni profesionalmente, puesto que la posibilidad de que alguien respondiera era más remota que mi proporción estimativa de una entre un millón. La segunda sonrisa maliciosa surgió después mientras estaba ocupándome de los panecillos de maíz y las salchichas —Fritz había llevado la bandeja con el desayuno de Wolfe a su habitación, de



acuerdo con el programa — con el *Times* frente a mí en el bastidor, y el teléfono sonó. Casi tumbé la silla al alzarme apresuradamente para cogerlo. No guardaba relación con el anuncio. Un tipo de Long Island quería saber si podíamos facilitarle tres plantas en floración de *Vanda caerulea*. Le respondí que nosotros no vendíamos plantas, y, de todos modos, las vandas no solían florecer en mayo.

Pero el caso de Pete fue traído ante nosotros antes del mediodía, aunque no por medio del anuncio. Wolfe acababa de bajar al despacho procedente del invernadero, y se había acomodado en su butaca para echar una ojeada al

correo de la mañana, cuando sonó el timbre de la puerta. Al dirigirme al vestíbulo y ver el visitante a través del panel supe quién era y qué deseaba aun sin abrir la puerta. Ese parroquiano siempre quería ver a Wolfe; y su llegada a la puerta a las once de la mañana en punto confirmaba mi apreciación.

Me volví y le dije a Wolfe:

—El inspector Cramer.

Me dirigió una mueca gruñona.

—¿Qué es lo que desea? —

Nuevamente infantil.

—¿Quieres que se lo pregunte?

—Sí. No. Muy bien.

Fui a la puerta y le dejé pasar. Por la manera en que gruñó un saludo, si podía

llamársele así, y por la expresión de su rostro, era evidente que el hombre no había venido para conceder una medalla a Wolfe. La gruesa y rojiza cara de Cramer y su burda figura nunca inspiran un sentimiento de camaradería. El hombre tiene sus horas altas y bajas, y aquella mañana, Cramer no estaba en las altas. Me precedió hacia el despacho, concedió a Wolfe un gruñido, gemelo al del saludo que me había dirigido, se dejó caer en la butaca de cuero rojo, y lanzó a Wolfe una mirada fría. Este se la devolvió.

—¿Por qué pusieron ese anuncio en el periódico? —exigió Cramer.

Wolfe dejó de mirarle y manoseó

entre el pequeño montón de cartas recién extraídas del sobre que había sobre su escritorio.

—Archie —comentó—, esta carta de Jordán es una farsa. Él sabe muy bien que yo no uso *Brassavolas* en cruces tri—genéricos. No merece una respuesta, pero la tendrá. Coge tu bloc. «Querido Mr. Jordán. Sé que ha tenido usted poco éxito con...»

—Ahórrese eso —expresó Cramer con estridencia—. De acuerdo. Poner un anuncio en un periódico no es delito, pero yo le he preguntado con educación.

—No —dijo Wolf con firmeza—. ¿Educación?

—Lo dejo entonces a su discreción.

Usted sabe lo que yo deseo averiguar. ¿Cómo quiere usted que se lo pregunte?

—Primero, debería decirme por qué quiere usted saberlo.

—Porque creo que usted está encubriendo algo o a alguien relacionado con un homicidio. Cosa que ya ha sucedido anteriormente. Por lo que le dije ayer a Stebbins, no tiene usted el menor interés en la muerte de ese muchacho, y no trabaja, por tanto, en el caso. En este supuesto, usted no se gastaría ni un centavo doblado en el caso. No, no usted; y con toda seguridad, no iniciaría una investigación que podría obligarle a utilizar sus energías. Yo podría haberle preguntado directamente,

sin tapujos, quién es su cliente. Pero no, me limito a preguntarle por el anuncio en el periódico. Si eso no es educación, añádale usted la que haga falta, y después respóndame.

Wolfe suspiró profundamente.

—Archie. Díselo, por favor.

Yo obedecí. No me ocupó mucho rato, puesto que Cramer ya tenía el informe de Purley, y yo me limité a explicarle por qué habíamos decidido desembolsar el dinero de Pete, al que yo había añadido un dólar ochenta y cinco de mi bolsillo. Mientras yo hablaba, los ojos grises de Cramer estaban fijos en mí. Con mucha frecuencia había tenido yo que enfrentarme con esos ojos y

mantenerme firme, buscar cubierto o esquivarlos, de modo que no me molestó en absoluto en aquel caso, puesto que me estaba limitando a contarle la verdad.

Después que hubo hecho un par de preguntas, que fueron respondidas, Cramer desvió la mirada hacia Wolfe, y preguntó bruscamente:

—¿Ha oído usted hablar alguna vez o ha visto a un hombre llamado Matthew Birch?

—Sí —respondió Wolfe al instante.

—Vaya. Le conoce. —En sus ojos acerados brilló un destello durante una fracción de segundo. Si no los hubiera conocido tan bien no me habría dado

cuenta—. Trato de ser cortés y educado. ¿Le importaría decirme cuándo y dónde?

—No. En la *Gazette*, anteayer, miércoles. Como usted ya sabe, yo nunca salgo de esta casa por ningún asunto de trabajo, y salgo tan poco como puedo para cualquier otra cosa, así que dependo de los periódicos y de la radio para mantenerme informado de las preocupaciones y actividades de mi prójimo. Según se informaba, el cuerpo de un hombre llamado Matthew Birch fue hallado a última hora de la noche del martes, o, mejor dicho, el miércoles, alrededor de las tres de la madrugada, en una callejuela adoquinada junto al muelle de la Calle Sur. Parecía que un



automóvil lo había atropellado.

—Sí. Intentaré formular mi pregunta con propiedad. Excepto por el periódico o por las noticias radiofónicas relacionadas con esta muerte, ¿ha oído o ha visto usted alguna vez a ese hombre?

—No con ese nombre.

—¡Maldita sea! ¿Y con otro nombre?

—No que yo sepa.

—¿Tiene usted algún motivo para suponer o sospechar que el hombre hallado muerto en aquella callejuela era alguien que usted hubiese visto o del que tuviera noticia en relación a algún asunto?

—Eso ya es más apropiado —

admitió Wolfe con aprobación—. Eso cierra el asunto. La respuesta es no. ¿Puedo hacer yo una pregunta? ¿Tiene usted algún motivo para suponer o sospechar que la respuesta debía ser afirmativa?

Cramer no respondió. Incluyó la cabeza hasta que la barbilla le tocaba el nudo de la corbata; apretó los labios, me miró largamente, y volvió a encararse con Wolfe. Le dijo:

—He venido por este motivo. Por el mensaje que el muchacho le envió por medio de su madre, y la manera en que el coche le atropelló después de haber estado parado, y salió corriendo tras el hecho, esa muerte no parecía un

accidente. Y ahora hay complicaciones cuando descubro que entre unos complicados problemas y usted existe una relación, aunque sea remota, y quiero saber exactamente cuándo y cómo la inició usted... y en qué punto queda fuera.

—Yo le pregunto sobre motivos, no sobre intenciones.

—No hay intenciones. Ahí está la complicación. El coche que mató a ese muchacho fue hallado ayer por la mañana con esa matrícula flotante de Connecticut todavía sujeta, estacionado en las Calles 100 y 86. Los del laboratorio han estado trabajando en él todo el día. Han confirmado que mató al

chico. Pero hay algo más. Debajo del coche, encajado donde el eje se junta con la barra, encontraron un pedazo de trapo del tamaño de la mano de un hombre. Esa pieza de trapo pertenecía a la chaqueta que vestía el cuerpo de Matthew Birch cuando fue hallado. El laboratorio está buscando más evidencias que demuestren que fue ese coche el que mató a Birch, pero yo no soy tan egoísta y no las necesito. ¿Y usted?

Wolfe se mostraba paciente.

—Como hipótesis de trabajo, y en el supuesto de que yo estuviera trabajando en ello, no.

—Esa es la cuestión. Usted *está*

trabajando en ello. Usted puso ese anuncio.

La cabeza de Wolfe se movió lentamente de un lado a otro para puntualizar su civilizado comportamiento.

—Concretaré —admitió— que soy capaz de tales fullерías. Que en algunas ocasiones le he engañado con paparruchas, pero usted sabe que yo admito la crudeza de una mentira concreta. Puedo decirle que los hechos que hemos dado a conocer en este asunto son auténticos y completos, que yo no tengo ningún cliente relacionado con el asunto bajo ningún aspecto, y que no estoy comprometido en el caso ni tengo

intención de comprometerme.  
Ciertamente, estoy de acuerdo...

El sonido del teléfono le interrumpió. Yo lo cogí en mi escritorio.

—Oficina de Nero Wolfe. Archie Goodwin al habla.

—¿Podría hablar con Mr. Wolfe, por favor? —Era una voz suave, nerviosa, femenina.

—Veré si puede ponerse. ¿Su nombre?

—Mr. Wolfe no conoce mi nombre. Quiero verle... es sobre el anuncio en el *Times* de esta mañana. Quiero concertar una entrevista con Mr. Wolfe.

Yo mantuve el tono normal.

—Yo me ocupo de sus entrevistas.

¿Puede usted decirme su nombre, por favor?

—Preferiría... cuando venga

¿Podría venir a las doce en punto?

—Espere un momento. —Consulté la agenda de mi escritorio pasando a una página de la siguiente semana—. Sí, de acuerdo si es usted puntual. ¿Tiene usted la dirección?

Ella respondió afirmativamente. Yo colgué el auricular y me volví para informar a Wolfe.

—Un tipo que probablemente quiera ver tus orquídeas. Lo trataré como de costumbre.

Wolfe reanudó su conversación con Cramer.

—Estoy de acuerdo en que la evidencia de que el muchacho y Matthew Birch fueron asesinados con el mismo automóvil es una complicación digna de tener en cuenta, pero yo lo presentaría de modo que fuese más sencillo para usted. Aunque la matrícula del coche no sirve de nada, usted podría seguramente dar con la pista del propio coche.

La expresión de Cramer había vuelto a la mirada fría con que había comenzado.

—Nunca había notado —declaró — que fuese usted tan mentiroso. Yo nunca lo había advertido. Se levantó. — En presencia de Wolfe siempre tiene



buen cuidado en incorporarse de su asiento impulsándose únicamente con los músculos de sus piernas, porque Wolfe utilizaba manos y brazos—. No —añadió—, tan mentiroso, no. Se volvió y marchó.

Yo fui al vestíbulo para ver cómo la puerta se cerraba detrás de él y regresé a la oficina y a mi escritorio.

—La carta para Mr. Jordán —me recordó Wolfe.

—Sí, señor. —Cogí mi bloc—. Pero antes una cosa: mantengo que había una probabilidad entre un millón, pero esta probabilidad ha surgido esta vez. La llamada era de una mujer con relación al anuncio. No dio nombre, y no quise

insistir con la compañía que teníamos. Concertó una entrevista para hoy a las doce.

—¿Con quién?

—Contigo.

Apretó los labios. Los relajó.

—Archie. Esto es intolerable.

—Maldita sea si no sé qué lo es. Sin embargo, considerando que Cramer no se portó muy cortésmente, pensé que sería satisfactorio sostener una pequeña charla con la dama antes de llamar a Cramer para que viniera. —Miré el reloj de pared—. Dentro de veinte minutos estará aquí... si es que viene.

—Querido Mr. Jordán... —gruño Wolfe.



# CAPÍTULO IV

La dama vino. Resultaba mucho más decorativa en la butaca de cuero rojo que el inspector Cramer, o, para ser exactos, que la mayoría de los millares de personas que yo había visto allí acomodadas, pero era inevitable que estaba nerviosa. En la puerta, después que yo la abrí y la invité a entrar, creí por un momento que ella iba a dar la vuelta y echar a correr, y así comenzó a hacerlo, pero finalmente obligó a sus piernas a cruzar el umbral y dejó que la condujeran hasta la oficina.

La señal en su mejilla izquierda, bien fuera producto de un arañazo o perteneciente a su fisonomía, era débil, pero apreciable sobre su fina piel clara, y no era de extrañar que Pete, mirándola directamente a la cara, hubiera advertido los pendientes como arañas. Estuve de acuerdo con el chico en que eran de oro, y en que eran tan evidentes como el arañazo. A pesar de éste, y de los pendientes, y del espasmódico nerviosismo de la mujer, el botacón de cuero rojo le sentaba bien. Tendría aproximadamente mi edad, lo que no era ideal. De todos modos, yo no tengo nada contra la madurez si no está muy recargada.

Cuando Wolfe le preguntó, no demasiado ásperamente, en qué podía ayudarla, ella abrió su bolso y extrajo dos fragmentos de papel. El bolso era de fina piel de antílope, color verde, al igual que la chaqueta que llevaba sobre un vestido de lana verde oscuro, y el descarado sombrerito parecido a una tortita inclinada a un lado de su cabeza, lira un conjunto, de eso no había duda.

—Esto —indicó ella— es un recorte de su anuncio. —Lo volvió al bolso—. Esto es un cheque extendido a su nombre por 500 dólares.

—¿Puedo verlo, por favor?

—Yo no... todavía no. Mi nombre está en el cheque.

—Así lo supongo.

—Quiero preguntarle... algunas cosas antes de decirle a usted mi nombre.

—¿Qué cosas?

—Bueno... sobre el chico. El chico a quien yo pedí que buscara un policía.

—Su voz no hubiera estado nada mal, de hecho hubiera podido gustarme, si no hubiese sonado tan nerviosa. Se intranquilizaba cada vez más en lugar de calmarse—. Quiero verle. ¿Podrá usted arreglarlo? O podría ser... si usted me diese solamente su nombre y dirección... Creo que eso sería suficiente para los quinientos dólares... ya sé que usted es caro. O yo podría

necesitar... pero, primero, respóndame a eso.

Wolfe, invariablemente, mantenía sus ojos —cuando los tenía abiertos— dirigidos directamente a la persona con quien estaba hablando, pero a mí me pareció que estaba dedicando una inspección especialmente minuciosa a esta visitante. Se volvió hacia mí.

—Archie, por favor, examina de cerca el arañazo de su mejilla.

Yo me levanté para obedecerle. Ella tenía varias alternativas: permanecer sentada y dejarme que la examinara, cubrir su cara con las manos, o levantarse y largarse; pero, antes de que tuviera tiempo de escoger, yo ya estaba



allí, inclinándome hacia ella, con mis ojos a escasos milímetros de su cara.

Ella comenzó a decir algo, pero se contuvo mientras yo me incorporaba y le decía a Wolfe:

—Hecho con algo afilado. Pudo ser una aguja, pero es más probable que fueran unas tijeras con la punta fina.

—¿Cuándo?

—Probablemente hoy; pero también hubiera podido ser ayer, supongo. No, posiblemente tres días atrás. —Me quedé al lado de ella.

—¡Esto es una desfachatez! —exclamó ella. Se alzó de la butaca—. ¡Menos mal que no le he dicho mi nombre! —No podía marcharse

precipitadamente sin pasar por encima de mí.

—Bobadas. —Wolfe habló secamente—. Usted no tenía ninguna posibilidad de engañarme, incluso sin la evidencia del arañazo, a menos que hubiera estado superlativamente preparada. Describa al chito. Describa a los otros ocupantes del coche. ¿A qué hora ocurrió? ¿Qué dijo el chico? Exactamente, ¿qué es lo que hizo el chico? Y todo

lo demás. En cuanto a su nombre, eso ya no depende de usted. Mr. Goodwin cogerá su bolso, a la fuerza si es necesario, y examinará su contenido. Y si usted se queja, estamos dos a uno.

Siéntese, señora.

—¡Eso es despreciable!

—No. Es nuestra reacción justificable a su intento de engañarnos. Sin ninguna coacción, pero si usted se marcha dejará aquí su nombre. Siéntese y lo discutiremos; pero, en primer lugar, quiero saber su nombre.

La mujer debía de ser superoptimista si creyó que podía entrar como una tromba en el despacho de Nero Wolfe y engañarle, pero ella no era tonta. Se levantó, meditando sobre la situación, sin mostrar ya ninguna señal de nerviosismo, y llegó a una conclusión; abrió su bolso y sacó un objeto, que mostró a Wolfe.

—Mi permiso de conducir.

Wolfe lo cogió y le echó una ojeada, devolviéndoselo. Ella se sentó.

—Soy Laura Fromm —dijo ella—. Señora de Damon Fromm. Viuda. Mi residencia en Nueva York está en el setecientos cuarenta y tres de la Calle 68 Este. El martes pasado, mientras conducía un coche en la Calle 35 le dije a un muchacho que buscara a un policía. Por su anuncio he deducido que usted puede ponerme en contacto con el chico, y yo estoy dispuesta a pagarle por ello.

—De modo que usted no admite que esto sea una impostura.

—¡Claro que no!

—¿A qué hora sucedió el hecho?

—Eso no importa.

—¿Qué estaba haciendo ese muchacho cuando usted le habló?

—Tampoco importa.

—¿A qué distancia estaba ese chico cuando usted le habló, y qué tono de voz empleó usted?

Ella sacudió la cabeza.

—No estoy dispuesta a responder ninguna pregunta sobre el asunto. ¿Por qué debería hacerlo?

—No obstante, usted mantiene que estaba conduciendo un coche y le pidió al muchacho que fuese en busca de un policía.

—Sí.

—En ese caso está usted en un buen

aprieto. La Policía quiere interrogarla acerca de un asesinato. El miércoles pasado un coche atropelló al muchacho y le mató. Intencionadamente.

Ella abrió atónita la boca.

—¿Qué?

—Era el mismo coche. El que usted conducía el martes cuando le habló al chico.

Ella abrió la boca, y la cerró. Finalmente, consiguió balbucear;

—No puedo creerlo.

—Lo creerá usted. La Policía le explicará cómo han sabido que se trata del mismo coche. No hay ninguna duda de eso, Mrs. Fromm.

—Me refiero a todo el asunto... está

usted inventándolo. Eso es... mucho peor que despreciable.

Wolfe movió la cabeza.

Archie, trae el *Times* de ayer.

Yo fui a buscarlo al estante en donde se guardan los periódicos hasta que ha transcurrido una semana. Abriéndolo por la página ocho y plegándolo, crucé el despacho y se lo entregué a Laura fromm. La mano le temblaba ligeramente cuando lo cogió, y, para afirmarla mientras leía, se ayudaba con la otra mano.

Tardó mucho rato en leerlo. Al alzar ella los ojos, Wolfe le dijo: —Aquí no hay nada que indique que Pete Drossos fuese el muchacho que estuvo cerca de

usted el martes, pero no necesita usted que yo le dé mi palabra al respecto. La Policía se lo aclarará perfectamente.

Los ojos de la mujer iban de un lado a otro, de Wolfe a mi, hasta que finalmente se quedaron en mi persona.

—Yo quisiera... ¿Podría beber un poco de ginebra?

Dejó que el periódico cayera al suelo. Lo recogí y le pregunté:

—¿Sola?

—Sí, me irá bien. O mejor, un Gibson.

—¿Cebolla?

—No. No, gracias. Pero que sea doble.

Fui a la cocina para buscar los



ingredientes y el hielo. Mientras lo agitaba, estaba pensando que si esa mujer esperaba alguna colaboración por parte de Wolfe se había equivocado al pedir ginebra, ya que, en el manual de Wolfe, todos los bebedores de ginebra son unos bárbaros. Sería probablemente por eso por lo que, cuando yo entré con la bandeja y la coloqué en la mesita junto a la butaca de ella, Wolfe estaba inclinado hacia atrás con los ojos cerrados. Le serví la bebida. Primero bebió un buen trago, después bebió a pequeños sorbitos, y finalmente tragó una buena cantidad otra vez. Entretanto, mantuvo los ojos bajos, probablemente para que yo no pudiera adivinar en ellos

lo que ocurría en su mente.

Finalmente vació la copa una segunda vez, la puso en la bandeja y habló.

—Un hombre conducía el coche cuando atropelló al chico.

Wolfe abrió los ojos.

—La bandeja, Archie.

El olor de la ginebra, especialmente a media hora del *lunch*, resultaba naturalmente repulsivo. Yo cogí el vil objeto, que llevé a la cocina, y regresé.

—... pero aunque eso no sea concluyente —estaba diciendo Wolfe—, puesto que vestida de hombre podría usted pasar por tal si quería evitar una posterior identificación, admito que es

relevante. De todos modos, no estoy suponiendo que usted matase al chico. Le digo simplemente que, al venir hasta mí por el anuncio, guarnecida con esos pendientes y ese falso araño, ha metido usted la pata, y si sigue insistiendo en que era usted quien conducía ese coche el martes, creo que se la podría perfectamente calificar como un asno débil mental.

—No conducía yo.

—Esto está mejor. ¿Dónde estaba usted la tarde del martes entre las seis y media y las siete?

—Estaba en una reunión del Comité Ejecutivo de la Asociación para Ayuda de Personas Desplazadas. Duró hasta las

siete. Era una de las causas en que mi difunto marido estaba interesado, y yo voy a continuar su labor.

—¿Dónde estaba usted el miércoles por la tarde entre las seis y media y las siete?

—¿Y eso qué tiene que...? ¡Oh! El chico fue... claro. Eso fue anteayer. — Hizo una pequeña pausa—. Estaba tomándome un cóctel en el «Churchill» con un amigo.

—El nombre del amigo, por favor.

—Esto es ridículo.

—Ya sé que lo es. Casi tan ridículo como ese arañazo en su mejilla.

—Su nombre es Dennis Horan. Abogado.

Wolfe asintió.

—A pesar de todo le esperan a usted momentos desagradables. Dudo que esté usted voluntariamente implicada en el asesinato. Tengo alguna experiencia observando los rostros, y no creo que su sorpresa al oír hablar de la muerte del muchacho fuese fingida; pero es mejor que ponga sus pensamientos en orden. Va usted a necesitarlo.

Y no por mi culpa. Yo no voy a preguntarle por qué se metió usted en esta mascarada, porque a mí no me concierne, pero la Policía va a insistir un poco en ello. No voy a intentar retenerla aquí hasta que vengan; puede usted marcharse. Ya tendrá noticias de

ellos.

Sus ojos eran más brillantes y su barbilla estaba más elevada. La ginebra no necesita de mucho rato para echar una mano.

—No tengo por qué saber de la Policía —replicó ella con firmeza—. ¿Por qué tendría que ser así?

—Porque ellos querrán saber el motivo que la ha hecho venir a verme.

—Me refiero a por qué tiene usted que contar mi visita a la Policía.

—Porque yo sólo oculto información concerniente a un crimen, cuando conviene a mis intereses.

—Yo no he cometido ningún delito.

—Eso es precisamente lo que la

Policía querrá que usted aclare, pero no satisfará su curiosidad.

La mujer me miró, y yo le devolví la mirada. Quizá yo no sea un Nero Wolfe leyendo rostros, pero también tengo alguna experiencia, y juro que la mujer me estaba evaluando, intentando decidir si habría algún modo de ponerme de su lado en caso que ella dijera a Wolfe que podía ir con viento fresco. Yo se lo facilité, con mi aspecto viril, firme y virtuoso, y en ese momento nada hostil. Lo leí en su cara cuando ella renunció a mí. Dejándome como un caso perdido, ella abrió su bolso de antílope verde, sacó un librito de piel y una pluma, que abrió en la mesita, y se inclinó para

escribir. Después de hacerlo, arrancó un pequeño rectángulo de papel azul del librito y se alzó de la butaca para colocarlo frente a Wolfe, sobre el escritorio del detective.

—Es un cheque por diez mil dólares —explicó ella.

—Ya lo veo.

—Es a cuenta de sus honorarios.

—Honorarios, ¿por qué?

—Oh, no crea que estoy intentando sobornarle. —Sonrió. Era la primera vez que la mujer había mostrado cualquier reacción parecida a una sonrisa, y yo le concedí un punto en alza —. Tengo la impresión que voy a necesitar el consejo de algún experto, y



es posible que también la ayuda de algún experto. Usted ya está enterado del asunto y a mí no me gustaría... no quiero tener que consultar con mi abogado, por lo menos de momento.

—Tonterías.                    Está usted ofreciéndome una cantidad de dinero para que yo no cuente su visita a la Policía.

—No, no estoy haciendo eso. —Le brillaban los ojos, pero no suavemente —. De acuerdo, estoy haciéndolo, pero no de un modo reprobable. Soy Mrs. Laura Fromm. Mi esposo me legó una gran fortuna, incluyendo importantes inmuebles en Nueva York. Tengo posición y responsabilidades. Si usted

informa de esto a la Policía yo tendría que buscar una entrevista con el comisario, y no creo que me apretasen mucho, pero prefiero que no lo hagan. Si usted quiere venir a mi casa mañana al mediodía, yo sabré lo que...

—Yo no voy a casa de nadie.

—Oh, sí, claro, usted no va nunca.

—Frunció el entrecejo, pero solamente un instante—. Entonces yo vendré aquí.

—¿Mañana al mediodía?

—No, si ha de ser aquí sería mejor a las once y media, porque tengo una cita a la una. Hasta entonces no informe usted de mi visita de hoy a su despacho. Yo quiero... tengo que ver a alguien. He de intentar descubrir algo. Mañana se lo

contaré a usted todo... no, no quería decir eso. Si mañana no se lo cuento todo, puede usted informar a la Policía si lo cree necesario. Si se lo cuento necesitaré su consejo y, probablemente también su ayuda. Este dinero es a cuenta de sus posibles honorarios.

Wolfe gruñó. Giró la cabeza.

—Archie. ¿Es Mrs. Laura Fromm?

—Yo diría que sí, pero no podría la mano en el fuego.

Wolfe se dirigió a ella.

—Señora, trató usted de presentarse con falsa apariencia y sólo se descubrió al presionarla; esto podría ser otra impostura. Míster Goodwin irá a la oficina del periódico y buscará las

fotografías de Mrs. Laura Fromm, y me llamará desde allí por teléfono. Con media hora bastará. Mientras, usted permanecerá aquí conmigo.

Ella sonrió de nuevo.

—Esto *es* ridículo.

—Sin duda alguna. Sin embargo, vistas las circunstancias, no es irrazonable. ¿Rehúsa usted?

—Naturalmente que no. Supongo que me lo merezco.

—¿No se opone?

—No.

—En este caso no es necesario. Usted es Mrs. Fromm. Antes de que se vaya, una aclaración y una pregunta. La aclaración; mi decisión en cuanto a

aceptar esos honorarios y el trabajar para usted será tomada mañana; usted, ahora, no es todavía mi cliente. La pregunta: ¿Conoce usted a la mujer que conducía aquel coche el martes y que habló con el chico?

Ella sacudió la cabeza.

—Decídale mañana, eso está muy bien. Pero, ¿esperará usted hasta entonces para informar de mi visita?

—No. Eso queda entendido. ¿La pregunta?

—No voy a responderla ahora porque no puedo. Realmente no la conozco. Espero poder responder mañana.

Pero, ¿cree usted que la conoce? —

insistió Wolfe.

—No pienso responderle.

Wolfe le frunció el ceño.

—Mrs. Fromm. Debo advertirle.

¿Ha oído usted hablar o ha visto usted alguna vez a un hombre llamado Matthew Birch?

Ella le frunció el ceño a su vez.

—No. ¿Birch? No. ¿Por qué?

—Un hombre que se llamaba así fue atropellado y muerto por un coche el martes por la noche, y el coche era el mismo que mató a Pete Drossos el miércoles. Ya que el automóvil no puede ser por sí mismo despiadado y maligno, alguien que está relacionado con ese vehículo debe de serlo. Estoy

avisándole para que no sea temeraria o imprudente. Usted no me ha contado casi nada, de modo que yo desconozco la catástrofe inminente y mortal a la que usted pueda estar expuesta, pero le advierto: ¡cuidado!

—¿El mismo coche? ¿Mató a un hombre el martes?

—Sí. Pero ya que usted no le conocía, no debe preocuparse; pero la conmino a que sea discreta.

Ella se sentó preocupada.

—Yo soy discreta, Mr. Wolfe.

—No lo ha sido hoy, con esa estúpida comedia.

—Oh, ¡se equivoca usted! ¡Yo *estaba* siendo discreta! O tratando de

serlo. —Cogió el librito de piel y la pluma de la mesa, los volvió a su bolso y lo cerró. Se levantó—. Le agradezco la ginebra, pero me gustaría no haberla pedido. No debí haberlo hecho. —Le ofreció una mano.

Wolfe no suele alzarse cuando una mujer entra o sale del despacho. Pero esta vez lo hizo, aunque no se trataba de un tributo especial para Laura Fromm o para el cheque que ella había puesto encima de su escritorio. Era la hora del *lunch* y de todos modos hubiera tenido que elevar su mole al cabo de un minuto. De modo que se puso en pie para estrecharle la mano. Naturalmente yo ya estaba derecho, dispuesto a



acompañarla hasta la puerta, y pensé que era realmente muy gentil por parte de la dama ofrecerme también la mano, después del modo en que yo la había rechazado con mi incorruptible aspecto. Casi choqué con ella cuando, precediéndome camino de la puerta, se detuvo y giró súbitamente para decir a Wolfe:

—Una cosa más. Ese chico, Pete Drossos, ¿era una persona desplazada?

Wolfe respondió que lo ignoraba.

—¿Podría usted enterarse? ¿Y decírmelo mañana?

Wolfe afirmó.

No había ningún vehículo esperándola frente a la casa.

Aparentemente, el problema de aparcamiento había obligado incluso a Mrs. Laura Fromm a recurrir a los taxis. Cuando volví a la oficina, Wolfe no estaba allí. Le encontré en la cocina, alzando la tapadera de una cacerola humeante que contenía chuletas de cordero con jamón y tomates. Olía suficientemente bien para ser comido.

—Hay una cosa que admito —observé yo generosamente—. Tienes una vista condenadamente buena. Pero, naturalmente, las caras de las mujeres bonitas son tan irresistibles que tú te rebelaste contra el arañazo, de modo que tu atención quedó concentrada allí.

Wolfe me ignoró.

—¿Vas a ir al Banco después del *lunch* para depositar el cheque de Mr. Corliss?

—Sabes que lo haré.

—Ve también al Banco de Mrs. Fromm y haz que certifiquen tu cheque. Eso comprobará su firma. Fritz, esto es todavía mejor que la última vez. Satisfactorio.

# CAPÍTULO V

Antes de las doce del día siguiente, sábado, yo tenía gran cantidad de datos sobre nuestra posible cliente. Para empezar, cinco minutos pasados en el archivo de la *Gazette* por cortesía de mi amigo Lon Cohen, dejaron establecido que ella era Mrs. Laura Fromm. Se evaluaba entre los cinco y los veinte millones; y, siendo muy improbable que nosotros alguna vez le pasáramos factura por más de uno o dos millones, no indagué más a fondo sobre el particular. Su marido, Damon Fromm, que le

doblaba la edad, había muerto dos años atrás de un ataque al corazón, dejándole una buena herencia. No había hijos. Ella había nacido como Laura Atherton, de una familia de sólidos ciudadanos de Filadelfia, y llevaba casada siete años con Fromm cuando él murió.

Fromm había heredado un montoncito que había convertido en una montaña, principalmente en la industria química. Sus contribuciones a diversas organizaciones dieron como resultado que, al enterarse de su muerte, un buen puñado de presidentes, presidentas y secretarías ejecutivas se hubieran interesado profunda y decentemente por los términos de su testamento; sin

embargo, con excepción de unos pocos legados, todo había ido a parar a su viuda. A pesar de todo, ella había continuado con las contribuciones, y había sido generosa también con su tiempo y energías, dedicando atención especial a *Assadip*, que era el código cablegráfico para denominar la Asociación para Ayuda de las Personas Desplazadas, y la manera con que solían referirse a ella las personas que eran ahorrativas con su respiración.

Si doy la impresión de haber pasado muchas horas en un minucioso trabajo de pesquisa, debería hacer una corrección. Un cuarto de hora con Lon Cohen, después de consultar la esquila de la

*Gazette*, me proporcionó toda la información anterior excepto un punto, que obtuve en nuestro Banco. No había ningún peligro de que Lon fuese divulgando por ahí que Nero Wolfe estaba recogiendo información sobre Mrs. Laura Fromm, ya que nosotros le habíamos dado por lo menos tantas informaciones sobre historias como él nos había dado sobre datos fundamentales.

A las doce menos cuarto de la mañana del sábado, Wolfe estaba en su escritorio, y yo de pie a su lado, revisando con él la cuenta de gastos del trabajo para Corliss (no es su nombre), el fabricante de quincallería (no es su

oficio). Wolfe creía haber hallado un error de veinticinco dólares en esa cuenta, y a mí me correspondía demostrarle que se había equivocado. Resultó que empatamos. Yo había cargado veinte dólares contra Orrie Cather cuando le correspondía el cargo a Saúl Panzer, lo que me hizo bajar un tanto, pero eso no dio ninguna gran diferencia en el total, lo que nos puso a la par. Mientras yo recogía las hojas y me dirigía al archivador eché una ojeada a mi reloj. Faltaba un minuto para las doce.

—Pasan veintinueve minutos de las once y media —hice observar—. ¿Quieres que la llame por teléfono?



Wolfe murmuró un no, y yo me dirigí a la caja fuerte para recoger el talonario con objeto de atender algunas facturas domésticas, mientras Wolfe hacía girar el interruptor de la radio que tenía en su escritorio para escuchar las noticias de las doce. Sentado, mientras rellenaba las matrices, mis oídos oyeron y yo escuché a medias:

«La próxima conferencia en Bermudas de los líderes de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, cuya celebración parecía insegura por la caída del Primer Ministro Mayer, seguirá probablemente el curso previsto. Se cree que el sucesor de Mayer estará en su puesto a tiempo para ocupar el

tercer lugar en la mesa.»

«Se especula en Tokio respecto a que los tres días de pausa en las negociaciones de tregua en Corea, concedidas por solicitud del Alto Mando de las Naciones Unidas, se pidieron con ánimo de proseguir las consultas entre los representantes de las potencias de las Naciones Unidas en los Estados Unidos de América y en el Cuartel General de Tokio del general Mark W. Clark, comandante de las Naciones Unidas.»

«El cuerpo de Mrs. Laura Fromm, rica y filantrópica figura perteneciente a la alta sociedad neoyorquina, fue hallado esta madrugada en un pasaje

entre las columnas de la autopista elevada del Lado Este, actualmente en construcción. Según la Policía, la dama había sido atropellada por un coche, y no se cree que haya sido un accidente.»

«Se estima que un millón y cuarto de neoyorquinos recibieron una impresionante demostración de poder de las fuerzas armadas norteamericanas...»

Wolfe no la desconectó. Hasta donde yo podía suponer a juzgar por su expresión, estaba escuchando. Pero, cuando hubieron transcurrido cinco minutos, su rostro se iba enfurruñando, y después de girar el interruptor quedó con semblante ceñudo sin ningún disimulo.

—Así que —dije yo.

Existían una docena de comentarios que hubieran podido expresarse, pero ninguno de ellos hubiera ayudado en nada. No era ciertamente necesario que se le recordara a Wolfe que él ya la había advertido que no fuese temeraria o imprudente. Su semblante ceñudo tampoco animaba a proferir ningún comentario. Tras unos momentos, Wolfe colocó las palmas de sus manos en los brazos de su sillón y, lentamente, las movió avanzando y retrocediendo, frotando la tapicería áspera con un ruido susurrante. Continuó un rato haciendo eso; entonces, dobló los brazos y se sentó erguido.

—Archie.

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo necesitarás para mecanografiar un informe de nuestra conversación con Mrs. Fromm? No al pie de la letra. Con tu prodigiosa memoria llegarías casi a conseguirlo, pero no es necesario. Resúmelo adecuadamente, tal como me informarías a mí.

—Podrías dictarla.

—No estoy de suficiente humor para dictados.

—¿Hay algo que quieres que no ponga?

—Incluye únicamente lo que sea significativo. No hagas mención de que

yo le dije que el mismo coche que mató a Pete Drossos mató también a Matthew Birch, ya que eso no ha sido publicado.

—Veinte minutos.

—Escríbelo en forma de declaración para ser firmada por ti y por mí. Dos copias carbón. Ponle la fecha del mediodía de hoy. Llevarás inmediatamente el original a la oficina de Mr. Cramer.

—Media hora. Para una declaración firmada necesitare ser más cuidadoso.

—Muy bien.

Me excedí en mi estimación por menos de cinco minutos. Cubrió tres páginas, y Wolfe leyó cada una de ellas a medida que las terminaba. No hizo

correcciones, ni siquiera hizo comentarios, lo que evidenciaba mucho más firmemente su estado de ánimo que su rechazo a dictar. Ambos la firmamos y yo la metí dentro de un sobre.

—Cramer no estará allí —hice ver a Wolfe—. Ni tampoco Stebbins. No estarán allí con este asunto entre manos.

Wolfe repuso que cualquiera podía hacerse cargo del documento,

V yo fui a la Comisaría.

No soy ningún extraño en el distrito décimo de la Calle 20 Oeste, lo que incluye el Cuartel General de la Brigada de Homicidios de Manhattan Oeste, pero aquel día no vi ningún rostro familiar hasta que subí al segundo piso y me

acerqué a uno, sentado junto a un escritorio, con quien yo tenía cierta relación. Yo estaba en lo cierto: no se hallaban allí ni Cramer ni Stebbins. El teniente Rowcliff estaba al cargo, y el hombre del despacho avisó por teléfono que yo estaba allí y quería verle.

Si fuésemos una veintena, incluyendo a Rowcliff, muriéndonos de hambre en una isla, y votásemos para escoger quién sería trinchado para una barbacoa, yo nunca votaría por Rowcliff, porque sé que no conseguiría tragarlo; y, si comparamos su opinión hacia mí, la mía de él resulta simpática. De modo que no me sorprendí cuando, en vez de hacerme entrar, salió dando



zancadas, y se me acercó y me rugió;

—¿Qué es lo que quiere usted?

Saqué el sobre de mi bolsillo.

—Esto —le indiqué— no es mi solicitud para ingresar en el Cuerpo y prestar así servicio bajo sus órdenes.

—Por Dios, que si lo fuese... —Él hablaba de aquella manera.

—Tampoco es una citación...

Me arrebató el sobre de la mano y sacó su contenido; echó una ojeada al encabezamiento, paró en la página tercera, y echó otra ojeada a las firmas.

—Una declaración suya y de Wolfe. Una obra maestra, sin duda alguna. ¿Quiere usted un recibo?

—No es necesario. Se la leeré si

usted desea que lo haga.

—Todo lo que deseo de usted es tener la visión de su espalda mientras usted se aleja de aquí.

Pero, sin esperar a que se cumpliera su deseo, dio la vuelta y se alejó a zancadas. Yo le dije al del escritorio:

—Anote, por favor, que yo entregué ese sobre a ese macaco a la una y seis minutos de hoy —y me alejé.

De vuelta a casa, Wolfe acababa de comenzar el almuerzo, y yo me uní a él en la operación con una tortilla de anchoas. Wolfe no permite que se hable de negocios durante las comidas, y las interrupciones están fuera de toda consideración, de modo que fue una

evidencia adicional de su estado de ánimo cuando, mientras se afanaba con una torta de higos y cerezas, el teléfono me llevó a la oficina y, al regresar, le dije:

—Al aparato un hombre llamado Dennis Horan. Quizá recuerdas...

—Sí. ¿Qué es lo que quiere?

—A ti.

—Lo llamaremos dentro de diez minutos.

—Va a salir para algunos recados y no le encontraremos.

Ni tan siquiera maldijo. Ni tan siquiera refunfuñó, sino que fue al teléfono. Yo también lo hice, y llegué antes al aparato sobre mi escritorio que

Wolfe al suyo. Se sentó y llevó el auricular a la oreja.

—Nero Wolfe al habla.

—Soy Dennis Horan, Mr. Wolfe, abogado asesor. Ha ocurrido una terrible desgracia. Mrs. Laura Fromm está muerta. Atropellada por un coche.

——Ciertamente. ¿Cuándo?

—El cuerpo fue hallado a las cinco de la madrugada. —Tenía la voz fina de tenor y parecía en trance de soltar un chillido, pero eso podía ser por la impresión de la tragedia—. Yo era amigo de ella y llevaba algunos asuntos de Mrs. Fromm, y le llamo por lo del cheque que ella le dio ayer por valor de diez mil dólares. ¿Ha sido ingresado?

—No.

—Bien, menos mal. Ya que ella ha muerto, naturalmente el cheque no se abonará. ¿Desea usted enviarlo por correo a la dirección de la señora, o prefiere mandármelo a mí?

—Ninguna de las dos cosas. Voy a ingresarlo.

—¡Pero si no será atendido! Los cheques importantes firmados por una persona difunta no son...

—Lo sé. Está certificado. Lo certifiqué en su Banco ayer por la tarde.

—Vaya. —Una pausa bastante larga—. Pero, ya que ella está muerta y no puede utilizar los servicios de usted, ya que usted no puede hacer nada por ella,

no entiendo cómo usted puede reclamar... quiero decir, ¿no sería más correcto y ético por su parte devolver ese cheque?

—Usted no es mi mentor ni en corrección ni en ética, Mr. Horan.

—Yo no digo que lo sea. Pero, sin ninguna animosidad ni perjuicio, ¿cómo cree usted que bajo las circunstancias presentes puede usted justificarse conservando ese dinero?

—Ganándomelo.

—¿Cómo piensa hacerlo?

—Eso es asunto mío. Si es usted representante acreditado de los bienes de Mrs. Fromm, estoy dispuesto a discutirlo con usted, pero no en este

momento ni por teléfono. Estaré disponible aquí en mi oficina desde ahora hasta las cuatro, o de las seis a las siete, o desde las nueve de la noche hasta medianoche.

—No sé... no creo... ya veremos.

Colgó el teléfono. Nosotros hicimos lo mismo. De vuelta al comedor, Wolfe acabó su pastel y su café en silencio. Yo esperé hasta que hubo regresado a la oficina y estaba acomodándose en su sillón, para comentar

—La ganancia sería interesante, pero la cuestión principal es saber que te la has merecido. Sin animosidad, dudo que esa declaración a Rowcliff sea suficiente. Mi ego me da comezón.

—Ingresa el cheque —murmuró Wolfe.

—Sí, señor.

—Necesitamos información.

—Sí, señor.

—Ve a Mr. Cohen y pídelas.

—¿Información sobre qué?

—Sobre todo. Incluye a Matthew Birch; bien entendido que la información al respecto no será divulgada a menos que la Policía la dé a conocer o que él la obtenga de alguna otra fuente. No le digas nada. Puede ser publicado que estoy comprometido en el caso, pero no la fuente de mi interés.

—¿Le puedo contar que Pete vino a verme?



—No.

—Cohen apreciaría eso. Sería una historia exclusiva para él con un interés humano. Además, demostraría que tu reputación...

Su puño golpeó contra el escritorio, lo que para él era una convulsión.

—¡No! —rugió—. ¿Reputación? ¿Debo suscitar el comentario de que es un destino mortal el buscar mi ayuda? El martes ese muchacho. El viernes aquella mujer. Ambos están muertos. ¡No quiero ver mi oficina convertida en una antesala del depósito!

—Claro. Se me ocurrió algo así.

—Estuviste en lo cierto al no dar publicidad a eso. No sería aconsejable

obligar a nuestro hombre a hacer algo. Necesitaremos a Saúl, Fred y Orrie, pero yo me cuidaré de eso. Ve ahora.

Así lo hice. Tomé un taxi hasta la oficina de la *Gazette*. La recepcionista del tercer piso, que no sólo me había recibido anteriormente sino que también había estado, durante dos o tres años, en la lista de aquellas personas que recibían una caja de orquídeas de los invernaderos de Wolfe un par de veces al año, habló con Lon por el intercomunicador y me hizo una señal con la mano para que entrase.

Cuando entré estaba con dos colegas, pero pronto terminaron y se fueron. Mientras nos estrechábamos las

manos, Lon me dijo:

—Sigue de pie. Sólo puedes disponer de dos minutos.

—Y un rábano. Con una hora me basta.

—Hoy no puede ser. Le estamos dando vueltas al asesinato de Fromm. La única razón por la que te he dejado entrar es porque quiero que me expliques por qué Nero Wolfe estaba ayer indagando acerca de Mrs. Fromm...

—Yo no creo... —Dejé la frase en el aire mientras me acercaba una silla y me sentaba—. No, es mejor que no. Pero sí puedo decirte que está trabajando en el asunto.

—¿Quién le ha contratado?

Sacudí la cabeza.

—Llegó por paloma mensajera, y él no quiere contármelo.

—Sácate los zapatos y los calcetines mientras enciendo un cigarrillo. Unas cuantas aplicaciones a tu carne tierna bastarán. Quiero el nombre del cliente.

—J. Edgar Hoover.

Lon hizo un ruidito poco grato.

—Un susurro nada más. Hazlo por mí.

—No.

—Pero, ¿es público que Wolfe está trabajando en el asesinato de Fromm?

—Sí. Sólo eso.

—¿Y el muchacho, Pete Drossos? ¿Y

Matthew Birch? ¿También ellos?

Yo le lancé una ojeada.

—¿Por qué esos?

—¡Oh, por el amor de Dios! El anuncio de Wolfe en el *Times* pidiendo una entrevista con una mujer que llevaba pendientes de araña y que había pedido a un chico en la Novena avenida y la Calle 35 que buscase a un policía. En cuanto a Birch, el *modus operandi*. Su cuerpo fue hallado en un lugar aislado, aplastado por un coche, como el de Mrs. Fromm. Repito la pregunta.

—Yo la respondo. Nero Wolfe está investigando la muerte de Mrs. Fromm con su acostumbrado vigor, destreza y pereza. No descansará hasta que pesque

a ese bastardo o hasta la hora de dormir, lo que llegue antes. Cualquier mención que hagas de otros asesinatos deberían estar en otra página.

—¿No hay relación entre ellos?

—No porque Wolfe o yo la establezcamos. Si yo pidiese información sobre Birch, sería porque tú mismo lo has introducido en escena.

—Muy bien, guárdatelo todo. Quiero llegar a tiempo al matutino.

Salió de la habitación. Yo me senté e intenté discutir con Wolfe para que permitiera que Lon se enterase de la sabrosa noticia sobre el fragmento de tela del bolsillo de Matthew Birch encontrado en el coche que había

matado a Pete, pero, estando Wolfe ausente, no conseguí nada. Lon no tardó en regresar, y después de cruzar la habitación hasta su escritorio y meter debajo de la mesa sus grandes pies, le repetí:

—Sigo necesitando una hora.

—Ya veremos. Esa migaja no tiene mucho alimento.

No fue necesario una hora entera, pero sí una buena porción de ella. Lon me concedió casi todo lo que yo pedía sin consultar ningún documento y solamente con un par de llamadas telefónicas a compañeros.

Mrs. Fromm había almorzado el viernes en el «Churchill» con Miss

Angela Wright, Secretaria Ejecutiva de *Assadip*: la Asociación para Ayuda de Personas Desplazadas. Era de suponer que iría al «Churchill» al abandonar la oficina de Wolfe, pero no entré en detalles al respecto con Lon. Después del almuerzo, a las dos y media aproximadamente, las dos mujeres fueron juntas a la oficina de *Assadip*, en donde Mrs. Fromm firmó algunos documentos e hizo algunas llamadas telefónicas. La *Gazette* desconocía sus movimientos desde aproximadamente las tres y cuarto hasta las cinco, cuando Mrs. Fromm regresó a su casa en la Calle 68 y pasó más o menos una hora trabajando con su secretaria personal,



Miss Jean Estey. Según Lon, Angela Wright honraba a su sexo, ya que estaba dispuesta a hablar con los periodistas, y Jean Estey no lo hacía, porque rehuía los comentarios.

Un poco antes de las siete, Mrs. Fromm había salido de su casa, para ir a cenar, conduciendo uno de sus automóviles, un «Cadillac» descapotable. La cena se celebraba en el apartamento de Mr. y Mrs. Dennis Horan, en Gramercy Park. No se sabía dónde había estacionado Mrs. Fromm el coche, pero, en esa vecindad, siempre hay algún hueco por la noche. A la cena habían asistido seis personas:

Dennis Horan, el anfitrión.

Claire Horan, su esposa.

Laura Fromm.

Angela Wright.

Paul Kuffner, experto en relaciones públicas.

Vincent Lipscomb, editor de revistas.

La fiesta había terminado poco después de las once, y los invitados habían seguido separadamente por su camino. Mrs. Fromm había sido la última en salir. La *Gazette* creía que Horan había bajado para acompañarla hasta el coche, pero la Policía no lo había mencionado, y eso no podía comprobarse. Eso era todo sobre Laura Fromm hasta las cinco de la madrugada

del sábado, cuando un hombre que iba a su trabajo en un puesto de pescado, al pasar por el solar de la construcción, entre los pilares, había encontrado el cadáver.

Pocos minutos antes de que yo llegara a las oficinas de la *Gazette*, el Fiscal del Distrito había anunciado que Mrs. Fromm había sido atropellada por su propio coche. El descapotable se había localizado aparcado en la Calle 16, entre la Sexta y la Séptima Avenida, solamente a un minuto de camino andando desde la Décima Comisaría, y presentaba clara evidencia de aquel hecho y, además, se halló dentro del coche una pesada llave inglesa para

neumáticos que había sido utilizada para golpear la parte posterior de la cabeza de Mrs. Fromm. Ya fuese que el criminal hubiera estado oculto dentro del coche debajo de una manta, detrás del asiento delantero, cuando Mrs. Fromm bajó del edificio y entró en el vehículo, o bien que ella le hubiera dejado entrar al bajar del apartamento de los Horan ó más tarde, era lógico dar por sentado que el asesino había escogido el momento oportuno para golpearla con la herramienta, ocupar el lugar de ella al volante, conducir hasta un sitio adecuado y solitario y descargar a la mujer y atropellarla. Hubiera sido interesante e instructivo ir a Centre

Street y contemplar a los científicos trabajando en el coche, pero no me hubieran permitido acercarme ni a un kilómetro de distancia, y, de todos modos, yo estaba ocupado con Lon.

Hasta donde sabía la *Gazette*, el campo estaba en aquellos momentos absolutamente abierto, sin ningún sospechoso preferente ni por parte de la Policía ni por parte de algún talento exterior. Naturalmente, todos los que habían estado presentes en la cena eran candidatos, pero hubiera podido ser cualquier persona que supiese el paradero de Mrs. Fromm, o, incluso, posiblemente, alguien que lo ignorara. Lon no tenía ninguna sugerencia, aunque

comentó que una mujer de la *Gazette* estaba interesada en saber la actitud de Mrs. Horan frente a la creciente amistad entre su marido y Mrs. Fromm.

Yo hice una objeción.

—Si uno quiere incluir en el caso a Pete Drossos v a Matthew Birch, esto pierde el sentido. A menos que haya algo que lo corrobore. ¿Quién era Matthew Birch?

Lon resopló.

—Al salir compra una *Gazette* del viernes.

—Tengo una en casa y la he leído. Pero eso era hace tres días.

—No ha cambiado nada. Era un agente especial del Servicio de

Inmigración y Naturalización; lo había sido durante veinte años, y tenía esposa y tres hijos. Sólo disponía de veintitrés piezas dentales, tenía el aspecto de un hombre de estado con muchos problemas y vestía por encima de su condición social. No era demasiado popular en su ambiente, y apostaba en las carreras a través de Danny Pincus.

—Tú dijiste que incluías en el asunto a Birch por el *modus operandi*. ¿No habría alguna otra razón?

—No.

—Sé franco con tu viejo y sincero amigo Goodwin. ¿Ningún otro motivo?

—No.

—En ese caso voy a hacerte un

favor, esperando que me lo devuelvas con intereses cuando antes mejor. Clasificado por triplicado. La Policía ha deducido que el coche que mató a Pete Drossos era el mismo que mató a Birch.

Se le agrandaron los ojos.

—¡No!

—Sí.

—¿Cómo lo han deducido?

—Lo siento, lo he olvidado. Pero es absolutamente seguro.

—¡Que me aspen! —Lon se frotó las manos—. Esto es bueno, Archie. Muy bueno. Pete y Mrs. Fromm, los pendientes. Pete y Birch, el coche. Eso relaciona a Birch y a mistress Fromm. Comprenderás que la *Gazette* tendrá



ahora un gran presentimiento en cuanto a la relación entre los tres asesinatos y procederá de acuerdo con ello.

—Bueno, mientras sea un presentimiento, de acuerdo.

—Bien. En cuanto al coche... como ya sabes, la matrícula era «flotante»; el coche fue robado en Baltimore hace cuatro meses. Ha sido repintado dos veces.

—Eso no se ha publicado.

—Lo publicaron al mediodía. —Lon se inclinó hacia mí—. Oye, tengo una idea ¿Cómo puedes estar totalmente seguro de que puedes confiar en mí a menos que me pongas a prueba? Aquí tienes una oportunidad. Dime cómo han

sabido que el mismo coche mató a Birch y al chico. Después lo olvidaré.

—Yo lo he olvidado antes que tú. —  
Me levanté y tiré de las perneras de mi pantalón hacia abajo—. Dios mío, ¡qué glotón eres! Los perros tienen que ser alimentados una sola vez al día, y tú ya has recibido tu ración.

# CAPÍTULO VI

Cuando regresé a la Calle 35, ya eran más de las cuatro y la oficina estaba vacía. Me dirigí a la cocina para preguntar a Fritz si había venido algún visitante, y él me respondió que sí: el inspector Cramer.

Yo alcé las cejas.

—¿Ha corrido sangre?

—Fritz respondió negativamente, pero dijo que la entrevista había sido muy ruidosa. Me obsequié con un gran vaso de agua, volví a la oficina y pulsé el botón del invernadero en el

intercomunicador. Cuando Wolfe me respondió, le dije:

—Estoy en casa de nuevo. Recuerdos de Lon Cohen. ¿He de mecanografiar el informe?

—No. Sube a contármelo.

Eso no significó saltarse una norma, como lo había sido la interrupción durante el almuerzo, pero sí era algo excepcional. A mí me iba bien, puesto que, mientras estuviera dolido creyendo que alguien se había burlado de él, tendría probablemente el cerebro en marcha. Subí los tres tramos, cruzando la puerta de aluminio que llevaba al vestíbulo y la puerta hasta la caliente habitación donde la *Miltonia roezli* y la

*Phalaenopsis aphrodita* estaban en plena floración. En la siguiente habitación, la intermedia, únicamente algunas de las grandes exhibicionistas, las *Catileyas* y las *Laelias*, tenían flores, lo que me pareció perfecto, ya que de todas maneras, el mayor exhibicionista allí, llamado Wolfe, estaba presente, ayudando a Theodore a ajustar los visillos de muselina. Al aparecer yo, Wolfe me llevó hasta el fondo, cruzando el frío cuarto hasta el de la plantación en tiestos, en donde se acomodó en la única silla que había y me apremió:

Me senté en un taburete y comencé. Wolfe estaba sentado con los ojos

cerrados y moviendo la nariz de vez en cuando para subrayar los puntos. Cuando le doy un informe, uno de mis objetivos es cubrir tan bien todos los aspectos mientras lo expongo que, al final, Wolfe no tenga ni una sola pregunta por hacer, y aquella vez lo conseguí. Cuando hube terminado, mantuvo su posición durante un rato, abrió después los ojos y me informó:

—Mr. Cramer ha estado aquí.

Yo afirmé con la cabeza.

—Me lo ha dicho Fritz. También me ha dicho que estuvo muy ruidoso.

—Sí. Se mostró anormalmente ofensivo. Naturalmente está muy inquieto, pero también lo estoy yo.

Insinuó que si yo le hubiese contado ayer la visita de Mrs. Fromm ella no estaría muerta, lo que es una necedad. Además me amenazó. Me dijo que si obstruía de algún modo la investigación de la Policía, sería citado. ¡Uff! ¿Sigue todavía ahí abajo?

—No, a menos que esté escondido en el baño. Fritz me ha dicho que ya se ha marchado.

—Le dejé y subí aquí. He llamado por teléfono a Paul, a Fred y a Orrie. ¿Qué hora es?

Wolfe hubiera tenido que girar la cabeza para ver el reloj, de modo que le dije la hora.

—Las cinco menos diez.

—Estarán aquí a las seis o poco después. No ha habido noticias de Mr. Horan. ¿Qué edad tiene Jean Estey?

—Lon no lo concretó, pero me dijo que era joven, de modo que supongo que no rebasará la treintena. ¿Por qué?

—¿Es bien parecida?

—No hay datos.

—Deberías saberlo. De todos modos, es joven. Saúl, Fred u Orrie pueden encontrar algún resquicio para nosotros, pero no quiero estar paseándome por esta jaula mientras ellos lo intentan. Quiero saber lo que hizo Mrs. Fromm desde las tres y cuarto hasta las cinco de ayer por la tarde, y en qué y con quién estaba su mente durante



la hora que pasó con Miss Estey. Miss Estey me puede informar... con seguridad, de lo segundo, y probablemente de lo primero. Ve y tráela.

No hay que malinterpretar a Wolfe. Él sabía que aquello era utópico. No tenía ni la más ligera esperanza de que, bajo esas circunstancias, yo pudiera llegar hasta la secretaria personal de Mrs. Fromm para tener una charla privada, y mucho menos para traerla a esta oficina para que él pudiera hacerla hablar. Pero intentarlo sólo le costaría algunas carreras de taxi, de modo que, ¡qué demonios! ¿Por qué no dejar que yo me pillara los dedos habiendo la más

pequeña posibilidad de sacar algo de ello?

Así que le dije simplemente que avisaría a Fritz para que pusiera un cubierto extra en la mesa, para el caso de que Miss Estey tuviera apetito. Dejé a Wolfe, bajé un piso hasta mi habitación y me quedé de pie junto a la ventana reflexionando sobre el problema. Al cabo de diez minutos ya había forjado, y rechazado, cuatro planes distintos. El quinto me pareció más asequible; por lo menos había una mínima posibilidad de obtener resultados, y me decidí por éste. No había nada en mi guardarropa que sirviera para vestirme apropiadamente,

de modo que fui al armario en donde guardo un surtido de artículos para emergencias profesionales, tales como la presente, y saqué una levita negra y un chaleco, pantalones a rayas, una camisa blanca con cuello almidonado, un sombrero Homburg negro, y una corbata con nudo deslizable. Entre mis pertenencias contaba con zapatos y calcetines adecuados. Cuando me hube afeitado y metido en el traje, me miré en el espejo grande y quedé impresionado. Todo lo que necesitaba era una novia o un coche funerario.

Abajo, en la oficina, cogí un pequeño «Marley 22» de entre la colección que tenía en un cajón de mi

escritorio; lo cargué y lo metí en la funda de la cadera. Era un compromiso. Una pistolera de sobaco con un 32 hubiera estropeado mis contornos dentro de aquel atavío, pero hacía mucho tiempo, después de un par de tristes experiencias, en una de las cuales fue necesario extraer una bala de mi pecho, que yo había prometido, a Wolfe y a mí mismo, que jamás volvería a acudir sin armas para tratar con nadie que estuviera involucrado en un asesinato, aunque fuese remotamente. Zanjada esa cuestión, fui a la cocina para regalar a Fritz con mi presencia.

—Me han nombrado —le informé— embajador de Texas. *Adieu.*

Fritz me pidió que me desabotonara la camisa para mostrarle mi faja.

Eran las cinco y treinta y ocho minutos cuando pagaba al taxista frente a la dirección de la Calle 68 Este. Al otro lado de la calle había un pequeño grupo de mirones, pero en este lado, un policía uniformado no permitía que los ciudadanos se detuvieran. La casa era de granito, firmemente asentada un par de metros, con unas rejas de hierro más altas que mi cabeza que protegían los espacios a ambos lados de la entrada. Al dirigirme hacia allí, el policía vino a mi encuentro, pero no para impedirme el paso. Los policías prefieren no interponerse en el camino de los

personajes vestidos como yo iba.

Me detuve y le miré tristemente.

Indiqué;

—Disposiciones.

Si me hubiese acompañado hasta la puerta, la cosa hubiera podido ponerse difícil, pero tres turistas femeninas vinieron en mi ayuda al convergir en aquel momento en la barandilla de hierro. Cuando el policía las hubo persuadido de proseguir su camino yo ya había entrado en el vestíbulo, apretado el botón, y estaba hablando con un sujeto de nariz aristocrática que había abierto la puerta. Su vestuario, en cuanto a colorido, era igual que el mío, pero yo le había vencido en estilo.

—Ha surgido —expliqué tristemente, pero con firmeza— cierta confusión en las direcciones para las flores, y debe aclararse el asunto. Tendré que ver a Miss Estey.

Puesto que no hubiera encajado en el papel deslizar un pie cruzando el umbral para mantener la puerta abierta, tuve que reprimir el impulso; pero, cuando la abrió lo suficiente para que pudiera pasar mi persona, no perdí ni un instante en penetrar deslizándome por su lado. Cuando el tipo cerraba la puerta, le hice observar

—La mórbida curiosidad del público en semejantes trances es turbadora. ¿Quiere usted decirle a Miss

Estey que Mr. Goodwin quisiera consultarle sobre las flores?

—Por aquí, haga el favor.

Me acompañó cinco pasos por el vestíbulo hasta una puerta abierta, me indicó que entrase y me dijo que esperara. La habitación no era la que yo hubiera esperado ver en la residencia de ciudad de Mrs. Laura Fromm. Era más pequeña que mi dormitorio, y, además de dos escritorios, dos mesitas para máquina de escribir y un surtido de sillas, estaba abarrotada con archivadores y objetos diversos. Las paredes estaban cubiertas con carteles y fotografías en abundancia, algunas enmarcadas, y otras no. Después de un



vistazo general, enfoqué mi atención en una de ellas y después en otra. Estaba examinando la que llevaba la inscripción AMERICAN HEALTH COUNCIL, 1947, cuando oí pasos; me incorporé y me volví.

Ella entró, se detuvo y fijó en mí sus ojos verde—castaños.

—¿Qué es eso de las flores? —preguntó secamente.

Los ojos no tenían aspecto de haber sido regados por un gran torrente de lágrimas; pero, ciertamente, no exhibían ninguna alegría. Posiblemente la hubiera colocado por debajo de la treintena en circunstancias más favorables, pero no según se me presentó en aquel momento.

Era bien parecida. No llevaba pendientes. No había ningún rasguño en su mejilla, pero habían pasado ya cuatro días desde que Pete había visto a la mujer, y aquél no había dado detalles en cuanto a la profundidad o perfil. Así que no había demasiadas esperanzas de descubrir ninguna señal de aquel arañazo en Jean Estey o en quien quiera que fuese.

—¿Es usted Miss Jean Estey? —le pregunté.

—Sí. ¿Qué es lo que pasa con las flores?

—Eso es lo que he venido a decirle. Habrá oído hablar usted de Nero Wolfe.

—¿El detective?

—Sí.

—Ciertamente.

—Bien. Nero Wolfe me envía. Me llamo Archie Goodwin y trabajo para Wolfe. Desea enviar flores al funeral de Mrs. Fromm, y le gustaría saber si habría alguna objeción a que enviase orquídeas, puesto que dispone de la *Miltonia roezli alba*, flor de una blancura nivea y muy bella.

Ella estuvo mirándome un momento, y de pronto rompió a reír. No era un risa musical. Agitaba los hombros al reír; caminó a medias y casi tropezó con una silla y se sentó, inclinando la cabeza y apretándose las sienes con las palmas de las manos. El mayordomo se acercó al

umbral de la puerta abierta para echar una mirada, y yo me acerqué a él y le dije, comprensivamente, que ya había tenido anteriores experiencias con crisis semejantes, cosa que era cierta, y que sería mejor que cerrase la puerta. El hombre asintió y la cerró. Entonces, durante un rato pensé que quizá sí tendría que sacarla de su estado, pero al cabo de poco rato comenzó a tranquilizarse y yo me acerqué a una silla, en donde me acomodé. Muy pronto ella se irguió y se secó los ojos con un pañuelo.

—Lo que me sorprendió —dijo— ha sido cómo va usted vestido. Es grotesco... vestirse de ese modo para

venir a preguntarme si tengo algo contra las orquídeas. —Tuvo que detenerse un momento para recuperar el aliento—. No habrá flores. Ahora ya puede usted irse.

—El traje ha sido simplemente para poder entrar.

—Entiendo. Bajo falsos pretextos. ¿Para qué?

—Para verla. Mire, Miss Estey. Siento que mi vestimenta haya provocado ese efecto en usted, pero ahora, podría usted permanecer sentada unos momentos mientras sus nervios se calman y permitirme que me explique. Supongo que usted va sabe que Mrs. Fromm vino a ver ayer a Mr. Wolfe y le

dio un cheque por valor de diez mil dólares.

—Sí. Yo manejo su cuenta corriente personal.

—¿Le dijo a usted Mrs. Fromm por qué extendió el talón?

—No. Todo lo que escribió en la matriz fue la palabra «a cuenta».

—Bueno, no puedo decirle a usted el motivo, pero ella tenía que venir hoy a ver otra vez a Mr. Wolfe. El cheque fue certificado ayer y se ingresará el lunes. Mr. Wolfe se siente responsable hacia Mrs. Fromm y considera que está obligado a investigar sobre su muerte.

Ella ya respiraba mejor.

—La Policía está investigando.

Hace sólo media hora que dos de ellos salieron de aquí.

—Claro. Bueno, si lo resuelven, estupendo. Pero si no lo resuelven, Mr. Wolfe lo hará, ¿o no quiere usted que se haga cargo?

—Lo que yo quiera no tiene importancia, ¿no le parece?

—Tiene importancia para Mr. Wolfe. La Policía puede coaccionar a cualquier persona involucrada para que hable, pero Mr. Wolfe no. Quisiera que usted hablase con él y me ha enviado para que la lleve a su oficina, y yo solamente puedo hacer que venga por uno de estos tres métodos. Podría amenazarla si tuviera a mano algo con que hacerlo,

pero no lo tengo. Podría sobornarla si supiera qué usar como cebo, pero no lo sé. Todo lo que puedo hacer es comunicarle que Mrs. Fromm vino a ver a míster Wolfe y que le dio ese cheque, y que míster Wolfe tiene motivos para creer que su muerte está relacionada con el asunto por el que le contrató y, por consiguiente, él se siente obligado a investigar y desea comenzar hablando con usted. La cuestión está en si usted querrá ayudar. Naturalmente, preferiría que usted lo deseara sin necesidad de amenazas ni sobornos, aun en el caso que me fuera posible hacérselos. Nuestra oficina está en la Calle 35. El policía que está ahí fuera llamará un taxi



para nosotros; podemos llegar allí en quince minutos.

—¿Quiere usted decir que vayamos ahora?

—Claro.

Ella sacudió la cabeza.

—No podría. Tengo que... no podría. —Estaba totalmente bajo control, desaparecidos todos los signos del ataque—. Dice usted que la cuestión está en si yo deseo ayudar, pero lo principal no es eso, sino cómo puedo ayudar. —Vaciló, estudiándome—. Creo que voy a decirle algo.

—Se lo agradecería mucho.

—Ya le he dicho que dos policías, detectives, han salido de aquí hace una

media hora.

—Sí.

—Bueno; mientras estaban aquí, no mucho antes de salir, hubo una llamada telefónica para uno de ellos. Después de colgar, él me dijo que probablemente yo recibiría noticias de Nero Wolfe, seguramente por medio de su ayudante Archie Goodwin, y probablemente se me pediría que fuese a visitar a Nero Wolfe. Me dijo que, en ese caso, esperaba que yo colaborase con ellos yendo a verle y contando exactamente a la Policía qué es lo que Wolfe me había dicho.

—Eso es interesante. ¿Estuvo usted de acuerdo en colaborar?

—No. No me comprometí. —Se levantó y se dirigió a un escritorio, cogiendo un paquete de cigarrillos de un cajón, encendió uno, y aspiró dos largas bocanadas. Estaba de pie, mirándome—. Se lo he contado por razones puramente egoístas. Lo que sucede es que yo creo que Nero Wolfe es más listo que cualquier policía, pero, lo sea o no, Mrs. Fromm fue ayer a consultarle y le dio ese cheque, y yo no sé el porqué. Puesto que soy su secretaria, naturalmente estoy involucrada en ello. No puedo evitarlo, pero no voy a dar ningún otro paso que pueda comprometerme más; y, ciertamente, sería un compromiso ir a ver a Mr.

Wolfe. Si no le contase a la Policía lo que Wolfe me dijera, ellos no me lo perdonarían nunca, y si se lo contara... ¿qué sucedería si Wolfe me preguntase sobre algo que Mrs. Fromm le hubiera dicho confidencialmente y que no hubiera querido que la Policía supiese?

Dio otra chupada al cigarrillo, se acercó a uno de los escritorios y lo aplastó contra un cenicero, regresando.

—Por eso se lo he dicho. Soy únicamente una dulce e inocente chica de una pequeña ciudad de Nebraska. Yo no pienso. Si después de años de vida independiente en Nueva York, uno no ha aprendido a evitar los choques en el denso tráfico, nada podrá enseñarle.

Ahora estoy metida en este lío, pero no voy a decir ni a hacer nada que pueda complicarlo más todavía... para mí. Voy a tener que conseguir un empleo. Yo no le debo nada a Mrs. Laura Fromm... trabajé para ella, y ella me pagó, y nada del otro mundo, además.

Yo tenía la cabeza inclinada hacia atrás para contemplarla, mostrándole en mi cara, si seguía mis instrucciones, honestidad y simpatía. El cuello almidonado se me estaba clavando en el cogote.

—No voy a discutir con usted, Miss Estey —le aseguré—. Yo he estado más de diez años en Nueva York. Dice usted que la Policía quería que usted les

contase lo que Wolfe pudiera decir; pero, ¿qué le dijeron de Archie Goodwin? ¿Le pidieron también que les contase lo que yo dijera?

—Creo que no. No.

—Bien. No es que yo tenga nada especial que decir, pero me gustaría hacerle algunas preguntas si usted se sienta.

—He estado sentada respondiendo a preguntas durante toda la tarde.

—Apuesto algo a que sí. Por ejemplo: ¿dónde estaba usted la noche pasada, entre las diez de la noche y las dos de la madrugada?

Ella me miró fijamente.

—¿Está usted preguntándome eso?

—No. Sólo estoy dándole un ejemplo del tipo de preguntas que ha estado usted respondiendo durante toda la tarde.

—Bueno, pues aquí está un ejemplo del tipo de respuestas que yo he dado; ayer, entre las cinco y las seis de la tarde, Mrs. Fromm estuvo dictándome una docena de cartas. Algo después de las seis fue a cambiarse, y yo comencé a hacer algunas llamadas siguiendo sus órdenes. Algo después de las siete, después que ella se hubo marchado, cené sola, y después de cenar mecanografié las cartas que ella había dictado y fui a echarlas al buzón que hay en la esquina. Eso sería

aproximadamente a las diez de la noche. Volví directamente y le dije .1 Peckham, el mayordomo, que estaba cansada y que me iba a la cama, y subí a mi habitación, sintonicé la WQXR para escuchar música, y me fui a la cama.

—Perfecto. Entonces, ¿vive usted aquí?

—Sí.

—Otro ejemplo: ¿dónde estaba usted el martes por la tarde entre las seis y las siete?

Ella se sentó y torció la cabeza, mirándome.

—Tiene usted razón, también me preguntaron eso. ¿Por qué?

Yo me encogí de hombros.



—Solamente estoy demostrándole que conozco el tipo de preguntas que hacen los policías.

—Pero usted no es uno de ellos. ¿Qué sucede con la tarde del martes?

En primer lugar, ¿respondió usted a esa pregunta?

Tuve que pensarlo para recordar. Ese día, Mrs. Fromm asistió a una reunión del Comité Ejecutivo de *Assadip* —la Asociación para la Ayuda de Personas Desplazadas—. Me permitió que usara su coche, el descapotable, y pasé la tarde y la noche recorriendo la ciudad intentando encontrar un par de refugiados a los que *Assadip* quería ayudar. No los encontré,

y llegué a casa después de medianoche. Me ha sido muy difícil dar cuenta de todos los minutos de aquella tarde y noche, y no intento volver a hacerlo. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Qué es lo que sucedió el martes entre las seis y las siete?

Yo la miré.

—¿Qué le parece si hacemos un trato? Usted me cuenta dónde estuvo Mrs. Fromm ayer por la tarde, desde las tres y cuarto hasta las cinco, y qué cartas dictó de las cinco a las seis y las llamadas telefónicas que hizo, y yo le diré lo que sucedió el martes.

—¿Son eso más ejemplos de cómo actúa la Policía?

—Naturalmente. Pero éstos me gustan.

—Mrs. Fromm no hizo ninguna llamada telefónica, pero me ordenó que yo hiciera algunas después, para pedir a algunas personas que comprasen entradas para una función teatral a beneficio de la Milestone School. Había veintitrés nombres en la lista, y la Policía la tiene. Las cartas que me dictó eran variadas, sólo asuntos rutinarios. Mr. Kuffner y Mr. Horan me indicaron que dejara que la Policía sacara copias, de modo que así lo hice. Si usted quiere, intentaré recordarlas, creo...

—No importa. ¿Qué hizo Mrs. Fromm desde que salió de la oficina de

*Assadip* hasta el momento en que llegó a casa?

—Sé que hizo dos cosas. Fue a una tienda de la Avenida Madison y compró guantes —los trajo a casa con ella— y estuvo en la oficina de Paul Kuffner. No sé si hizo algo más. ¿Qué sucedió el martes?

—Un coche se detuvo en un semáforo en la esquina de la Novena Avenida y la Calle 35, y la mujer que conducía le pidió a un chico que buscase un policía.

Miss Estey frunció el entrecejo.

—¿Qué?

—Ya se lo he dicho.

—Pero, ¿qué tiene que ver esto con

el asunto?

Yo sacudí la cabeza.

—Eso no está en el trato. Yo le he dicho que le contaría lo que había sucedido. Éste es un asunto muy complicado, Miss Estey; es posible que usted decida llamar a la Policía para contarles lo que Archie Goodwin ha dicho, y a ellos les gustaría que yo fuese por ahí contando exactamente a los sospechosos cómo todo el...

—¡Yo no soy sospechosa!

—Le pido que me perdone. Yo creía que lo era. De todos modos, yo no soy...

—¿Por qué debería ser yo sospechosa?

—Si no existe alguna otra razón,

simplemente porque estuvo usted cerca de Mrs. Fromm y sabía dónde estuvo ella la noche pasada, y que su coche estaría aparcado cerca de allí. Pero, aunque no lo fuese, tampoco se lo explicaría. Es posible que Mr. Wolfe pensara de otro modo. Si usted cambia de parecer y viene a verle esta noche, después de la cena, o mañana por la mañana... digamos, a las once, cuando mister Wolfe esté libre... a lo mejor él se siente inclinado a contárselo todo. Wolfe es un genio, y nunca se sabe. Si usted...

La puerta se abrió con brusquedad y yo me callé. Un hombre entró precipitadamente. Comenzó a decir algo

a Miss Estey, pero, dándose cuenta de que la mujer tenía compañía, se interrumpió, se detuvo y procedió a examinarme.

Cuando parecía que ni ella tenía intención de presentarnos ni el hombre preguntaba nombres de extraños, yo rompí el hielo.

—Me llamo Archie Goodwin. Trabajo para Nero Wolfe. —Viendo como el hombre seguía examinándome, añadí—: Estoy disfrazado.

Se acercó, tendiéndome la mano, y yo me levanté y la estreché.

—Soy Paul Kuffner.

En el tamaño le habían estafado, pues la parte superior de su cabeza

estaba al nivel de la punta de mi nariz. Con su bigotito castaño, recortado de manera que no era totalmente paralelo con los gruesos labios de su ancha boca, yo no le juzgué muy bien dotado para dar la impresión propia de un sujeto dedicado a relaciones públicas, pero admito tener prejuicios contra los bigotes que se disfrazan de ceja depilada.

El hombre me sonrió para demostrarme que yo le caía bien, que él estaba de acuerdo con cualquier cosa que yo hubiera dicho o hecho, y que comprendía perfectamente todos mis problemas.

—Lamento                      —dijo—                      haber



irrupido de esta manera y llevarme a Miss Estey, pero tenemos algunos asuntos urgentes. Por favor, ¿quiere usted acompañarme, Miss Estey?

Fue sumamente delicado. En lugar de eso podía haber dicho:

—Váyase de esta casa y deme una oportunidad para preguntarle a Miss Estey qué demonios está usted intentando colgarle —ya que era eso lo que significaba en realidad—. Pero no señor, yo le caía demasiado bien para que dijese nada que pudiera, de algún modo, herir mis sentimientos.

Cuando Miss Estey se hubo levantado, cruzando la habitación hasta la puerta y atravesando el umbral,

adonde él la había seguido, el hombre se volvió para decirme:

He tenido mucho gusto en conocerle, míster Goodwin. He oído hablar mucho de usted, y, naturalmente, también de Mr. Wolfe. Lamento que nuestro encuentro haya tenido lugar en un momento tan difícil. —Desapareció de mi vista, pero hasta mí llegó su voz:

—¡Oye, Peckham...! Mr. Goodwin se marcha. Pregúntale si desea que le llames un taxi.

Un trabajo fino, rápido y directo. Por lo visto también iba disfrazado, con ese bigotito.

# CAPÍTULO VII

Volví a casa a tiempo para escuchar el resumen. Paul y Orrie ya estaban allí, sentados y esperando, pero Fred no había llegado todavía. Después de saludarlos, informé a Wolfe, que estaba en su escritorio.

—La he visto y he tenido una charla con ella, pero...

—¿Por qué demonios vas ataviado de esa manera?

—Soy de la funeraria.

Wolfe hizo una mueca.

—Esa abominable palabra.

Cuéntame.

Yo le obedecí, informándole con todo detalle, pero esta vez sí hizo preguntas. Ninguna de ellas le aclaró nada, ya que yo ya le había dado a conocer todos los hechos, y la impresión que me habían causado Jean Estey y Paul Kuffner no sirvió de mucho, ni tan siquiera a mí, y mucho menos a Wolfe. Cuando Saúl acudió a la llamada del timbre e hizo entrar a Fred, Wolfe me olvidó al instante y dispuso que se acercaran butacas y se alinearan frente a su escritorio.

Aquel trío no era digno de ser contemplado. Saúl Panzer, con su narizota dominando su cara estrecha y su

traje marrón, que debía de haber sido planchado después de haberse empapado bajo la lluvia, podía muy bien ser un cochero o un barrendero, pero no lo era. Era el elemento operativo más listo de la zona metropolitana, y su talento para seguir a un sujeto, talento que Wolfe había elogiado ante Pete Drossos, era únicamente una pequeña parte de él. Cualquier agencia de la ciudad le hubiera pagado el triple de las tarifas corrientes en el mercado.

En volumen, Fred Durkin hubiera alcanzado casi dos Sauls, pero no en habilidad. Sabía seguir a un sujeto, ciertamente, y se podía contar con él para cualquier tarea ordinaria, pero si

algo atractivo surgía en su camino, podía torcerse fácilmente. Se podía confiar en mandarlo al infierno y decirle que regresara.

En cuanto a Orrie Cather, cuando él te clavaba sus oscuros ojos confiados, y una sonrisa satisfecha se dibujaba en sus contorneados labios, no te quedaba ninguna duda de que la inquietud principal de ese hombre estaba en si tú te dabas cuenta de lo guapo que era. Naturalmente eso irritaba a cualquier persona a quien él se acercara, pero también daba la impresión de que no era necesario andar con tiento, lo que podía resultar peligroso, ya que su inquietud principal radicaba en su reputación de

investigador.

Wolfe se reclinó y apoyó los antebrazos en los brazos de su butaca; aspiró profundamente y soltó ruidosamente:

—Caballeros, estoy metido en un cenagal hasta las caderas. Normalmente, cuando contrato sus servicios, basta con definirles las tareas que les corresponden, pero esta vez eso no sirve. Esta vez tendré que informarles de la situación en su totalidad, con todas sus complejidades; pero, en primer lugar, unas palabras sobre el dinero. Hace menos de doce horas, después que una cliente me dio un cheque por diez mil dólares, ésta fue asesinada. Puesto

que no parece haber ningún heredero como cliente, esto es todo lo que tengo. Si no se puede evitar estoy dispuesto, por razones personales, a gastar una buena parte, incluso el total de esa cifra, en los gastos de la investigación, pero sin pasar de ahí. No estoy pidiéndoles que sean tacaños con sus gastos, pero debo prohibirles cualquier prodigalidad. Éste es el caso.

Comenzando con mi introducción de Pete Drossos en el comedor, en la noche del martes, y terminando con el informe de mi conversación con Jean Estey, que Fred no había oído, Wolfe relató todo el asunto sin omitir detalle. Los detectives allí sentados se empaparon de la charla,



cada cual a su manera: Saúl, caído y relajado; Fred, erguido y muy tieso, con los ojos clavados en Wolfe, como si escuchara también con la mirada; Orrie, con la sien apoyada en las puntas de los dedos como si estuviera posando para un retrato. En cuanto a mí, estaba intentando atrapar a Wolfe olvidando algún detalle, para tener el placer de añadirlo cuando él hubiese terminado, pero no hubo nada que hacer. Ni yo mismo hubiera podido hacer un trabajo mejor.

Wolfe alzó la mirada hacia el reloj.

—Son las siete y veinte minutos, y la cena está lista. Tenemos pollo frito con salsa de crema y potaje. No

discutiremos el asunto en la mesa, pero me gustaría que estuviese ya en vuestros cerebros.

Eran casi las nueve cuando regresamos a la oficina, después de habernos dedicado con sumo ahínco al debate de los cinco pollos con su guarnición, que ya había quedado zanjado definitivamente. Después de acomodarse en su butacón, Wolfe nos miró ceñudo, primero .1 mí y después a los otros tres.

—No parecéis muy despiertos — comentó de mal humor.

Los demás no le prestaron demasiada atención. Aunque ninguno de ellos lo había soportado tanto como yo,

todos sabían que Wolfe odiaba trabajar en la primera hora después de la cena, y lo que le irritaba no era que ellos no estuviesen despiertos, sino que él no deseaba estarlo.

—Podríamos ir abajo —sugerí— y jugar un poco al billar mientras haces la digestión.

Soltó un bufido.

—Mi estómago —me aseguró— es muy capaz de espabilarse en sus menesteres sin mimos. Caballeros, ¿alguno de ustedes tiene alguna pregunta urgente que hacer antes de que yo prosiga?

—Quizá después —sugirió Saúl.

—Muy bien. Es un caso, como

pueden ustedes apreciar, sin esperanza. Es excesivamente complejo, y no disponemos de fuentes de información. Archie puede intentar con otras personas como hizo con Miss Estey, pero no tiene dónde apoyarse. La Policía no me dirá nada. En otras ocasiones, en el pasado, he dispuesto de herramientas que me han permitido extraerles algunas cosas, pero esta vez no las tengo. Y, puesto que yo no sé nada que ellos ya no sepan, no tengo nada que me permita hacer tratos. Naturalmente nosotros sabemos, creo suponer, lo que ellos hacen. Están intentando descubrir si cualquier mujer, de entre las conocidas de Mrs. Fromm, tenía un arañazo en su mejilla el martes

por la noche o el miércoles. Si la encuentran, el asunto pudiera quedar zanjado; pero es posible que no la hallen, ya que lo que aquel chico llamó arañazo podía haber sido, de la manera como la vio, cualquier ligera marca que ella podría disimular perfectamente a la primera oportunidad. La Policía está también tratando de descubrir a alguna mujer, entre las conocidas de Mrs. Fromm, que llevase pendientes en forma de araña, y repito, si la encuentran, el asunto podría cerrarse.

Wolfe giró una palma hacia arriba.

—Están intentando también seguir la pista del coche que mató al chico y a Matthew Birch. El coche de Mrs.

Fromm está siendo examinado milímetro a milímetro. Están revisando una y otra vez los movimientos de Birch y sus relaciones y asociados. Están reconstruyendo, minuto a minuto, todo lo que hizo Mrs. Fromm y todo lo que dijo después de salir ayer de su oficina. Están interrogando, no solamente a aquellos que estaban con Mrs. Fromm la noche pasada, sino a todo aquel que pudiera saber algo sobre algún hecho concerniente. Están revisando las actitudes de todos los posibles culpables: por el martes por la noche, cuando una mujer le pidió a Pete Drossos que buscara un policía; por la noche del miércoles, cuando el chico fue

atropellado y muerto, y por anoche, cuando mataron a Mrs. Fromm. Están investigando quién tenía razones para temer u odiar a Mrs. Fromm, o quién sacará algún beneficio con su muerte. Dedicán un centenar de hombres a tales pesquisas, o un millar. Hombres todos ellos bien entrenados, y algunos de ellos competentes.

Apretó los labios y sacudió la cabeza.

—No pueden permitirse fallar en este asunto, y no perderán tiempo. Mientras nosotros estamos aquí sentados, ellos quizá ya han marcado su presa y están dispuestos a cazarla. Pero, hasta que lo hagan, propongo que

utilicemos el dinero de Mrs. Fromm, o parte de él, en una empresa que ella, seguramente, hubiera ratificado. Con toda su ventaja, es probable que la Policía se nos adelante, pero yo intento buscar una justificación de que obro bien al quedarme con ese dinero; y además, me ofende la suposición de que personas que han acudido a mí en busca de ayuda puedan ser asesinadas impunemente. Ésta es mi razón personal.

—¡Pillaremos al bastardo! —estalló Fred Durkin.

—Lo dudo, Fred. Ahora comprenderéis por qué os he llamado en conferencia, y os he contado todo el asunto en vez de asignaros simplemente



algunas tareas, como suelo hacer. Quería que conocierais lo desesperado de la situación y también quería consultaros. Existen docenas de posibles planteamientos del problema, y únicamente sois tres. Saúl, ¿por dónde crees que podríamos comenzar?

Saúl vaciló. Se rascó la nariz.

—Me gustaría comenzar por dos lugares a la vez. *Assadip* y los pendientes.

—¿Por qué *Assadip*?

—Porque ellos están interesados en personas desplazadas, y Birch estaba en el Servicio de Inmigración y Naturalización. Ésa es la única relación que yo veo entre Birch y mistress

Fromm. Naturalmente, la Policía ya está en ello, pero en ese tipo de trabajo de ir buscando por ahí cualquiera puede tener un golpe de suerte.

—Ya que Angela Wright, secretaria ejecutiva de *Assadip*, participaba también de la cena de la pasada noche, es de suponer que no hay posibilidad de acercarse a ella.

—Pero no para una persona desplazada.

—Vaya —Wolfe estuvo reflexionando—. Sí, se podría intentar.

—Y, de todos modos, si la mujer está demasiado ocupada con los policías y demás, habrá seguramente un par de taquígrafas o alguien que responda al

teléfono. Voy a necesitar mucho consuelo.

Wolfe asintió.

—Muy bien. Por la mañana. Toma doscientos dólares, pero una persona desplazada no debe ser muy espléndida. ¿Qué hay de los pendientes?

—No podría hacer ambas cosas.

—No, pero, ¿qué hay de los pendientes?

—Bueno, miraré un poco por ahí y mantendré los ojos abiertos, pero nunca he visto unos pendientes de araña, ni puestos ni en un escaparate. Usted dijo que Pete había dicho: «grandes arañas de oro con las patas estiradas». La gente notaría algo así. Si ella los llevaba antes

del martes, o los llevó después, la Policía ya la habrá descubierto, o pronto la descubrirá, y usted tiene, probablemente, toda la razón; para nosotros es desesperanzador. Pero existe una posibilidad de que no los llevara, y ¿eran los mismos que llevaba ayer Mrs. Fromm? Podría dar resultado encontrar una tienda que alguna vez hubiera vendido pendientes de ese tipo. La Policía está tan obsesionada en verlo desde el otro ángulo que a lo mejor no han empezado esta investigación. ¿Estoy equivocado?

—No. Usted raramente se equivoca. Si encontramos antes a esa mujer...

—Yo me encargo de ello —intervino

Orrie—. Tampoco he visto nunca unos pendientes en forma de araña. ¿Cómo eran de grandes?

—Los que ayer llevaba Mrs. Fromm eran del tamaño de la uña de su pulgar; es decir, la circunferencia que describían las puntas de las palas estiradas. ¿Archie?

—Yo diría que algo mayores — respondí.

—¿Eran de oro?

—No lo sé. ¿Archie?

—Creo que sí, pero podría equivocarme.

—¿Bien trabajados?

—Sí.

—De acuerdo, yo me encargo de

eso.

Wolfe le miraba frunciendo el ceño.

—Podría ocuparte todo un mes.

—No de la manera que yo trabajo, Mr. Wolfe. En una ocasión hice un favor a un tipo, un vendedor en «Boudet's». Empezaré por ahí. De esta manera podré comenzar mañana, aunque sea domingo; sé dónde vive ese tipo. Hay algo que quizá me haya pasado por alto: ¿hay algún indicio de que los pendientes que ayer llevaba Mrs. Fromm sean los mismos que los que llevaba la mujer del coche el pasado martes?

—No.

—En ese caso, ¿puede haber dos pares diferentes?

—Sí.

—Bien. Entendido. El último en cruzar es un huevo podrido.

—¿Tendrá usted que darle «algo» a su amigo, el vendedor de «Boudet's»?

—¡Demonios, no! Me debe un favor.

—En ese caso, tome cien dólares. Si descubre algo prometedor evite cualquier comentario que la Policía le pueda agradecer. Nosotros mismos podemos encontrarnos en situación de aspirar a la gratitud oficial. Al menor signo de alguna pista, llámeme. —Fred se volvió a Durkin—: Fred, ¿por dónde empezará usted?

La ancha y gruesa cara de Fred se sonrojó. Había hecho trabajos para

Wolfe, a menudo, durante casi veinte años, pero ser consultado sobre estrategia de alto nivel era algo nuevo para él. Apretó la mandíbula, tragó saliva, y dijo, en un tono de voz mucho más alto del necesario:

—Los pendientes.

—Orrie se encarga de los pendientes.

—Ya sé que él se encarga. Centenares de personas deben de haberlos visto en la mujer. Ascensoristas, doncellas, camareros...

—No. —Wolfe fue seco—. En esa área, la Policía nos lleva tanta ventaja que nunca los alcanzaríamos. Ya he explicado eso. Hemos de poner todo



nuestro empeño en encontrar una pista que todavía no se haya explorado. ¿Alguien tiene una sugerencia para Fred?

Intercambiaron miradas. Nadie dijo nada.

Wolfe movió la cabeza.

—Ciertamente es difícil. Una manera de evitar estar pisándoles los talones a los detectives de la Policía, con el aire contaminado por el polvo que levantan, es hacer una suposición que ellos no hayan hecho todavía, y explorarla. Intentemos una. Supongamos que el martes por la tarde, cuando el coche se detuvo en la esquina y la mujer que conducía le pidió al chico que

buscase un guardia, el hombre que iba con ella en el coche fuese Matthew Birch.

Saúl frunció el entrecejo.

—No consigo entender, Mr. Wolfe.

—Perfecto. Es posible que tampoco se le haya ocurrido a la Policía. Admito que es extremadamente frágil. Pero, más tarde, aquella misma noche, ese mismo coche atropelló a Birch y lo mató, en un lugar y de una manera que indican que el automóvil lo había conducido a aquel lugar. Por lo tanto, ya que él estaba a horas avanzadas en el coche, ¿por qué no suponer que ya estaba dentro de ese vehículo por la tarde? Yo escojo esta suposición.

Saúl seguía manteniendo el ceño fruncido.

—Pero, tal como van las cosas, ¿no debería concretarse la suposición en que el hombre que atropelló al chico el miércoles era el mismo que estaba con la mujer el martes? ¿Quizá porque sabía que el chico podía identificarle? Y el miércoles, Birch estaba muerto.

—Ésa es probablemente la suposición de la Policía —admitió Wolfe—. Su valía es obvia, de modo que no la rechazo; simplemente la ignoro y la sustituyo por mi suposición. Incluso una falsa suposición puede servir a un propósito. Colón supuso que no había nada, sino agua, entre él y los tesoros de

Oriente, y chocó contra un continente. —  
Movi6 los ojos—. Yo no espero que  
usted choque contra un continente, Fred,  
pero deber6 proceder siguiendo mi  
suposici6n de que Birch estaba en el  
coche con la mujer. Trate de confirmarlo  
o de refutarlo. Ll6vese cien d6lares. No,  
coja trescientos, usted nunca malgasta  
dinero. Archie le dar6 una fotograf6a de  
Birch. —Se volvi6 hacia m6—. Todos  
deber6an tener fotograf6as de las  
personas involucradas. ¿Podr6s  
conseguirlas de Mr. Cohen?

—Esta noche, no. Por la ma1ana.

—Hazlo.

Revis6 sus escasas fuerzas, de  
izquierda a derecha y a la inversa.

—Caballeros, confío no haber empañado su ardor insistiendo en lo desesperanzado! de esta empresa. Quería que ustedes comprendiesen bien que la situación es de tal naturaleza que cualquier migaja será un banquete. Otras veces he esperado mucho de ustedes; esta vi—/, no espero nada. Es probable que...

Sonó el timbre de la puerta.

Al levantarme y cruzar la habitación miré mi reloj de pulsera Eran las nueve y cincuenta y cinco. En el vestíbulo, girando el interruptor de la luz y mientras me acercaba a la puerta de entrada, vi que eran dos hombres, ambos desconocidos. Abrí la puerta y les di las

buenas noches.

—Deseamos ver a Mr. Nero Wolfe  
—habló el que estaba delante.

—Sus nombres, por favor...

—Yo soy Horan, Dennis Horan. He  
llamado esta mañana por teléfono. Este  
señor es míster Maddox.

—Mr. Wolfe está ocupado. Veremos.  
Entren.

Entraron. Les llevé a la habitación  
de delante, y eché una ojeada a la puerta  
a prueba de ruidos que conducía a la  
oficina para comprobar que estuviera  
cerrada; les invité a sentarse y los dejé.  
Pasando por el vestíbulo, cerré aquella  
puerta, volví a la oficina y le dije a  
Wolfe:

—Dos migajas en la habitación de enfrente. Una se llama Horan, el que quería que tú le devolvieras los diez grandes, con un camarada llamado Maddox.

Wolfe procedió como era habitual en él. Me miró furioso. Habiendo terminado su conferencia, estaba totalmente dispuesto a relajarse con un libro, y aquí estaba yo trayéndole nuevo trabajo.

Si hubiésemos estado solos se hubiera permitido hacer un par de observaciones; pero, después de lo que había estado diciendo a los presentes sobre la desesperanza, tuvo que controlarse, y debo admitir que lo hizo

como un hombre.

—Muy bien. Primero acompaña a Saúl, Fred y Orrie después que les hayas entregado el dinero para gastos según he especificado.

Me dirigí a la caja fuerte para sacar la pasta.



# CAPÍTULO VIII

Por sus maneras y las miradas que se cruzaron mientras yo les hacía pasar a la oficina y les invitaba a sentarse, pude adivinar que mi suposición de que los visitantes eran camaradas había sido precipitada. Las miradas no eran afectuosas.

Dermis Horan era todo él un poco demasiado. Sus pestañas eran excesivamente largas; era excesivamente alto teniendo en cuenta su anchura, y excesivamente viejo para su atuendo universitario. Necesitaba unos expertos

retoques para rebajar un poco todo ello; sin embargo, siendo evidente que había pasado más de cuarenta años poniéndose a tono, era dudoso que aceptara ninguna oferta.

Maddox expuso claramente a Wolfe que su nombre era James Albert Maddox. Desde la cuna había estado sufriendo de úlceras, casi medio siglo —y si no era así, debería explicar por qué su cara tenía una expresión tan agria que hubiera puesto de mal humor a su propio perro sólo con que éste le hubiera mirado. Los acomodé en un par de las butacas amarillas que los chicos habían dejado vacías, no sabiendo cuál de ellos merecía la butaca de cuero rojo,

si es que alguno la merecía.

Horan comenzó. Indicó que aquella mañana, por teléfono, no había tenido intención de insinuar que Wolfe hiciera o fuera a hacer algo impropio o poco ético. Simplemente había procurado salvaguardar los intereses de su antigua cliente y amiga, Mrs. Laura Fromm, que había sido...

—No era su cliente —interrumpió Maddox, en un tono que casaba perfectamente con su cara.

—Yo la aconsejé —replicó Horan secamente.

—Mal —le correspondió en el mismo tono Maddox.

Se miraron el uno al otro. Nada de

camaraderías.

—Quizá sería conveniente — interrumpió Wolfe con brevedad— que cada uno de ustedes me dijera, sin interrupción, hasta qué punto y con qué autoridad representan ustedes a mistress Fromm. Entonces, las contradicciones podrán ser zanjadas o ignoradas, según sea deseable. ¿Mr. Horan?

Estaba controlándose. Su voz de tenor seguía siendo fina, pero no estaba tan cerca del chillido como había estado por teléfono.

—Admito que no fui el abogado activo de Mrs. Fromm en ningún asunto. Pero ella me consultó en muchos asuntos y me demostró que apreciaba mi

consejo, actuando de acuerdo con él con frecuencia. Como consejero de la Asociación para la Ayuda de las Personas Desplazadas, cargo que sigo ostentando, estaba estrechamente relacionado con ella. Si ella estuviera viva no creo que negara mi derecho a llamarme su amigo.

—¿Es usted su albacea testamentario?

—No.

—Gracias. ¿Mr. Maddox?

Le dolía, pero habló.

—Mi firma legal, Maddox y Welling, han sido asesores de Damon Fromm durante doce años. Desde su muerte hemos sido asesores de Mrs.

Laura Fromm. Yo soy su albacea testamentario. Interrumpí a Mr. Horan porque su aseveración sobre que Mrs. Fromm era su cliente no era cierta. Tengo algo que añadir.

—Adelante.

—Esta mañana... no, esta tarde... Mr. Horan llamó por teléfono y me habló del cheque que Mrs. Fromm le dio a usted ayer, y también de la conversación que sostuvo con usted. Llamarle a usted fue un acto gratuito e impertinente. Mi visita a usted en este momento, no lo es. Yo le pregunto formalmente, como asesor y albacea de Mrs. Fromm, ¿bajo qué condiciones y con qué propósito Mrs. Fromm le

extendió a usted un cheque por diez mil dólares? Si prefiere usted decírmelo confidencialmente, salgamos. Mr. Horan insistió en venir conmigo, pero ésta es la casa de usted y ese joven parece capaz de poder manejar a Mr. Horan.

Si su mirada era con intención de hacer un cumplido, no me gustaría enfrentarme a una mirada suya de odio.

Wolfe habló.

—No prefiero decírselo a usted en privado, Mr. Maddox. Prefiero no decírselo de ninguna manera.

Maddox no se agrió más en aspecto, porque eso no era posible.

—¿Conoce usted la ley, Mr. Wolfe?

—No.

—En este caso debería asesorarse. A menos que pueda usted establecer que Mrs. Fromm recibió algo a cambio de ese dinero, yo puedo obligarle a devolverlo. Le estoy dando una oportunidad para rectificar.

—No puedo. Ella no recibió nada. Como le dije a Mr. Horan por teléfono, intento ganarme ese dinero.

—¿Cómo?

—Asegurándome de que el asesino de mistress Fromm sea descubierto y castigado.

—¡Es ridículo! Eso es tarea de los servidores de la ley. La información que he obtenido hoy sobre usted, indicaba que usted no es un picapleitos, pero



habla como tal.

Wolfe rió por lo bajo.

—Usted sufre de prejuicios Mr. Maddox. El sentimiento de los abobados virtuosos hacia los picapleitos es igual al de las mujeres virtuosas hacia las prostitutas. Ciertamente censurable; pero, en algún lugar, un pequeño grano de envidia, que no ha de reconocerse, y mucho menos admitir. Pero no me envidie. Un picapleitos es un bobo o un fanático, y yo no soy nada de eso. Me gustaría hacerle una pregunta.

—Hágala.

—¿Sabía usted que Mrs. Fromm tenía intención de visitarme antes de que viniera?

—No.

—¿Supo usted que ella me había visitado después de haber venido?

—No.

Los ojos de Wolfe se trasladaron.

—¿Y usted, Mr. Horan? Las dos preguntas.

—No veo que... —Horan vaciló—. Pongo en duda su derecho a hacerme semejantes preguntas.

—Correspóndale, Horan. Usted insistió en venir. Usted ha declarado que Mrs. Fromm le consultó en asuntos importantes. Wolfe está tratando de establecer una base. Si puede establecer que ella le dijo a usted o a mí que pensaba venir a verle, o que había

venido sin explicar las razones, Wolfe adoptará el criterio de que ella no quería que nosotros lo supiéramos; y, por tanto, no puede traicionar la confianza. Respóndale.

Horan no se dejaba convencer.

—No estoy dispuesto —insistió— a someterme a un interrogatorio.

Maddox comenzó a argumentar, pero Wolfe le interrumpió.

—Sus razonamientos pueden ser muy sensatos, Mr. Maddox, pero no puede usted darse cuenta de las dificultades de Mr. Horan. Está perplejo. Si él responde que sí a mi segunda pregunta, usted tiene razón, yo tendré un arma y la usaré. Pero si dice que no, le preguntaré cómo se ha

enterado de que Mr. Fromm me había dado un cheque. Yo querré saberlo, y creo que también querrá saberlo usted.

—Yo ya lo sé. Por lo menos sé lo que él me contó. Esta mañana, cuando se enteró de la muerte de Mrs. Fromm, llamó a su casa y habló con Miss Estey, la secretaria de Mrs. Fromm, y ella le habló del cheque. Yo estaba pasando el fin de semana en el campo, y Horan me llamó allí. Vine a la ciudad inmediatamente.

—¿En qué lugar del campo?

La barbilla de Maddox se alzó.

—¡Eso es una insolencia!

Wolfe rechazó el comentario con un gesto de la mano.

—De todos modos, es inútil. Presento excusas, no por insolencia sino por estupidez. La fuerza de la costumbre me hizo formular esa pregunta. En este complicado laberinto debo dejar a un lado los procedimientos convencionales, tales como investigación de coartadas, para la Policía. Ya que no está usted perplejo, Mr. Horan, ¿querrá responder a mis preguntas?

—No. Por principio. Usted no tiene ningún derecho a hacerlas.

—Pero usted espera que yo responda a las suyas.

—No, no son las mías, porque yo tampoco tengo derecho a hacérselas. Pero Mr. Maddox, como albacea, sí lo

tiene. Usted responderá las preguntas de Mr. Maddox.

—Ya veremos. —Wolfe se mostraba juicioso. Se dirigió a Maddox—. Según yo entiendo, señor, usted no está exigiéndome que yo devuelva el dinero que Mrs. Fromm me entregó.

—Eso depende. Dígame en qué condiciones y para qué propósito se le pagó a usted, y yo consideraré el asunto. No permitiré que la muerte de un estimado cliente sea explotada y sensacionalizada por un detective privado, en su beneficio personal o profesional.

—Una actitud digna y valiosa —admitió Wolfe—. Yo podría hacerle

observar que tendría dificultades para dar al asunto mayor sensacionalismo del que ya tiene; pero, incluso así, su actitud es admirable. Pero hay una pega: no pienso decirle nada de la conversación que ayer sostuve con Mrs. Fromm.

—¡En ese caso oculta usted una evidencia!

—¡Pfff...! Ya he informado a la Policía. Por escrito y firmado.

—Entonces, ¿por qué no puede contármelo a mí?

—Porque no soy tonto. Tengo motivos para creer que esa conversación era uno de los eslabones en la cadena que conducía a la muerte de Mrs. Fromm; y si estoy en lo cierto, la

persona más ansiosa por saber lo que mistress Fromm me contó será, probablemente, el propio asesino.

—Yo no soy el asesino.

—Eso aún está por ver.

Por un instante creí que Maddox iba a ahogarse. Se le hinchó visiblemente la garganta Pero un abogado veterano tiene mucha práctica en controlar sus reacciones, y él lo hizo.

—Esto es peor que estupidez, es ñoñería.

—No estoy de acuerdo. ¿Ha hablado la Policía con usted?

—Claro.

—¿Con cuántos policías ha hablado usted?



—Con dos... no, tres.

—¿Le importaría decirme quiénes eran?

—Un tal capitán Bundy, y un sargento, y el comisario delegado Youmans. También con el fiscal del distrito, Mandelbaum.

—¿Alguno de ellos lo contó lo que mistress Fromm vino a consultarme ayer?

—No. No hablamos de eso.

—Le sugiero que vea usted a alguien de la oficina del fiscal, preferiblemente alguien que usted conozca bien, y le pida que se lo cuente. Si se lo cuenta a usted, ellos o cualquier otro agente, sin omitir nada in portante, yo le devolveré el

dinero que Mrs. Fromm me dio.

Maddox tenía el aspecto de alguien a quien se intentara cambiar lo de arriba abajo.

—Le aseguro —prosiguió Wolfe— que no soy lo suficiente imbécil para retener pruebas de un crimen capital, especialmente uno con el sensacionalismo del actual. Realmente, soy muy meticuloso al respecto. A menos que la Policía posea información sobre usted que yo desconozco, dudo que hasta este momento ellos le hayan considerado un probable sospechoso, pero es posible que ahora les crea usted unos pesos, cuando yo les informe de que, en su interés por saber lo que Mrs.

Fromm me dijo, se ha tomado usted tanta molestia. Ése, naturalmente, es mi deber. Y esta vez, además, lo cumpliré con sumo agrado.

—Es usted... —Estaba a punto de sofocarse nuevamente—. ¡Usted está amenazándome con informar de esta entrevista!

—No es una amenaza. Le estoy diciendo simplemente que lo haré tan pronto como usted se vaya.

—¡Que será ahora mismo! —Se levantó—. Recobraré esos diez mil dólares.

Dio la vuelta y se marchó. Yo le seguí para acompañarle y abrirle la puerta, pero él llegó antes que yo a

pesar de que tuvo que detenerse en el cuarto de delante para recoger su sombrero. Al regresar a la oficina, Horan estaba de pie mirando hacia abajo a Wolfe, pero no se hablaban. Wolfe me dijo:

—Llama a la oficina de Mr. Cramer, Archie.

—Espere un momento. —La voz de tenor de Horan sonaba ansiosa—. Está usted cometiendo un error, Wolfe. Si en verdad intenta investigar ese asesinato, ¿cómo lo piensa hacer? Ha tenido usted dos de las personas más próximas a Mrs. Fromm y sus asuntos, aquí, en su oficina, y ya ha conseguido ahuyentar a una de ellas. ¿Es eso sensato?

—Bobadas. —Wolfe estaba enfadado—. Ni tan siquiera quisieron decirme si Mrs. Fromm les dijo que pensaba venir a verme.

—El contexto de su pregunta era ofensivo.

—En ese caso, trataré de ser amable. ¿Querrá usted darme a conocer el extracto de lo que se dijo en la reunión de su casa en la pasada noche?

Las largas pestañas de Horan parpadearon.

—Dudo de que debiera hacerlo. Naturalmente, a la Policía se lo he contado todo, y ellos me han recomendado discreción.

—Naturalmente. Pero, ¿me lo

contará?

—No.

—¿Querrá usted describirme, minuciosa y francamente, la naturaleza de sus relaciones con Mrs. Fromm?

—Ciertamente no.

—Si yo envío a Mr. Goodwin a la oficina de la Asociación para la Ayuda de Personas Desplazadas, de la que usted es asesor, ¿dará usted instrucciones al personal para que respondan a sus preguntas plena y libremente?

—No.

—¡Vaya con la amabilidad! —Wolfe se volvió—. Llama a la oficina de Mr. Cramer, Archie.

Yo di media vuelta y marqué el WA 9—8241, obteniendo una rápida respuesta, pero entonces la cosa se complicó. Ninguno de nuestros queridos amigos estaba disponible; y finalmente, tuve que conformarme con un tal sargento Griffin, y así lo dije a Wolfe, que cogió el aparato y habló.

—¿Mr. Griffin? Al habla Nero Wolfe. Quiero dar una información a Mr. Cramer, de modo que le agradeceré le haga llegar el mensaje. Mr. James Albert Maddox y Mr. Dennis Horan, ambos abogados, me han visitado esta noche. ¿Ha apuntado usted correctamente los nombres? Sí, supongo que le son familiares. Ambos me han pedido que

les hablara de mi conversación con Mrs. Laura Fromm cuando ella vino ayer a mi oficina. Yo he rehusado, y ellos han insistido. No me atreveré a decir que Mr. Maddox haya intentado sobornarme, pero he tenido la impresión que, si yo le hubiera contado los detalles de la conversación, el hombre no me hubiera urgido a devolverle el dinero que Mrs. Fromm me pagó; de otro modo, lo quería. Mr. Horan estaba de acuerdo, por lo menos tácitamente. Cuando Mr. Maddox ha salido de aquí hecho una furia, Mr. Horan me ha dicho que yo estaba cometiendo un error. ¿Querrá usted asegurarse de que esto llegue hasta Mr. Cramer? No, eso es todo por ahora.



Si Mr. Cramer desea detalles, o una declaración firmada, con mucho gusto la haré.

Wolfe colgó el aparato y murmuró al abogado:

—¿Está usted aquí todavía?

Horan ya se marchaba, pero, en tres pasos, volvió para decirle:

—Es posible que no conozca usted la ley, pero sabe bien cómo ladear las orillas de la infamia. Después de esta representación me pregunto cómo pudo haber ganado su reputación.

Se marchó, y yo llegué al vestíbulo a tiempo para verle salir de la habitación de enfrente con su sombrero y marcharse. Después de pasar la cadena

a la puerta, volví a la oficina y comenté entusiásticamente:

—¡Vaya! ¡Ciertamente ha sabido usted hacerles hablar! Los ha ordeñado y los ha dejado en cueros. ¡Felicidades!

—Cierra la boca —replicó, y cogió un libro, pero no para arrojármelo.

# CAPÍTULO IX

Yo tenía programado salir el sábado por la tarde para una excursión de fin de semana a la cabaña de catorce habitaciones de Lily Rowan, en Westchester; sin embargo, mi proyecto había recibido un porrazo; o hablando con propiedad, había sido atropellado por un coche. Y mi domingo no fue tal en absoluto. Discurrió así:

El sargento Purley Stebbins vino, vivaracho y temprano, cuando Wolfe se hallaba todavía en su habitación con la bandeja del desayuno, para que se le

informara de la invasión de los abogados. Yo le complací. Cuando llegó estaba suspicaz, pero al marcharse, lo estaba más todavía. Aunque le expliqué que mi patrón era un genio y que el tiempo demostraría que la mano dura que les aplicó había sido un golpe brillante, Purley no quiso creer que Wolfe los hubiera tenido a ambos acorralados en su oficina sin hacer todo lo posible por sonsacarles. El sargento aceptó cinco o seis *croissants* y dos tazas de café, pero solamente porque no hay hombre que haya probado los *croissants* que Fritz prepara los domingos por la mañana y sea capaz de rechazarlos.

Wolfe y yo leímos minuciosamente las noticias de los periódicos de la mañana. No es que confiásemos en pescar alguna candente pista, pero por lo menos supimos lo que el fiscal y Cramer habían creído conveniente dar a conocer, y había algún pequeño fragmento para archivar como referencia. Angela Wright, la secretaria ejecutiva de *Assadip*, había trabajado antiguamente para Damon Fromm, y él era quien la había colocado en *Assadip*. Mrs. Fromm había colaborado en más de cuarenta beneficencias y cosas así, pero *Assadip* había sido su favorito. Vincent Lipscomb, el editor que había estado en la cena del apartamento de

Horan, había publicado una serie de artículos sobre personas desplazadas en su revista *Modern Thought*, y estaba planeando otra. Mrs. Laura Horan había sido en otros tiempos actriz de cine — bueno, había salido en las películas—. Paul Kuffner estaba al cuidado de las relaciones públicas de *Assadip*, haciendo un servicio in remuneración, pero también había estado contratado profesionalmente en los intereses personales de Mrs. Fromm. Dennis Horan era una autoridad en derecho internacional, pertenecía a cinco clubs y tenía reputación de *chef* aficionado.

No se mencionaba nada todavía sobre el pedazo del bolsillo de Matthew

Birch que había sido recogido en el chasis del coche que había atropellado a Pete Drossos. La Policía se reservaba ese detalle. Pero a causa de la semejanza en el *modus operandi* y las muertes, el asesinato de Birch también tenía su buena representación.

Wolfe llamó a su abogado, Henry Parker, para preguntar sobre el proceso de un auto de desembargo, y le dijo que se preparase para el caso de que Maddox mantuviera su promesa de intentar recuperar los diez mil. Tuve que localizar a Parker en un club de campo en Long Island.

Nada sobre Jean Estey.

Durante aquel día llamaron por

teléfono tres periodistas, y dos más se acercaron en persona hasta el rellano, pero no pasaron de ahí. No les gustaba que la *Gazette* tuviera una exclusiva sobre el desarrollo de la investigación de Nero Wolfe en el asesinato, y yo les comprendía.

Mi llamada telefónica a Lon Cohen, en la *Gazette*, fue prematura, y dejé recado para que él me llamase, cosa que hizo. Cuando fui allí por la tarde para recoger un juego de las mejores fotografías que se pudieran conseguir de la gente en quien estábamos interesados, le dije a Lon que nos sería muy útil conocer algunas docenas de íntimos y cruciales hechos, y él admitió que



también para él lo sería. Aseguró que había anotado todo lo que ellos sabían; aunque, naturalmente, tenía noticia de algunos chismes candentes que se contaban por ahí, como por ejemplo que la señora de Dennis Horan, en cierta ocasión, había arrojado una coctelera a Mrs. Fromm, y que cierto importador había convencido a Vincent Lipscomb para que publicase un artículo favoreciendo las bajas tarifas financiándole un viaje a Europa. Nada de eso me pareció que fuese apto para repetirlo en la Calle 35.

Sin embargo, tenía cosas que hacer. Para la distribución de las fotografías me encontré con Saúl Panzer en el

edificio del *Times*, donde estaba indagando para saber sobre personas desplazadas y sobre *Assadip*; con Orrie Cather en un bar—grill de la avenida Lexington, en donde me dijo que el hombre que le debía el favor estaba jugando al golf en el parque Van Cortland y le vería después; y con Fred Durkin, junto con su familia, en un restaurante en Broadway, donde la cena del domingo costaba un dólar ochenta y cinco para adultos, y un dólar quince para menores. Nueva York no es lugar para comenzar con una pista en un domingo de finales de mayo.

Hice un pequeño intento, por mi cuenta, antes de dirigirme a la Calle 35.

No recuerdo haber hecho nunca un favor a un vendedor de joyas, pero sí hice uno, y gordo, en cierta ocasión a cierto miembro de la Policía de Nueva York. Si yo hubiese cumplido con mi obligación de ciudadano y de detective colegiado, ese sujeto se la hubiera cargado de verdad y todavía estaría entre rejas, pero las circunstancias mandaban. Nadie sabe nada de ello, ni tan siquiera Wolfe. Él siempre me ha dado a entender que le gustaría aguantarme el abrigo y el sombrero si alguna vez me meto en líos; pero, hasta donde me ha sido posible, me he mantenido alejado de él. Pero aquel domingo yo pensé: «¡Qué demonios,

puedo darle al tipo una oportunidad para quedar en paz!» Así que le llamé y quedamos citados.

Le dije que le concedería cinco minutos para que me dijera quién había matado a mistress Fromm. Él me respondió que, por el camino que llevaban las cosas, necesitaría por lo menos cinco años y sin ninguna garantía de éxito. Yo le pregunté si se basaba en los últimos despachos y él me respondió que sí. Le dije que eso era todo lo que yo quería saber, y, por tanto, retiré mi oferta de los cinco minutos; pero, si hubiera oportunidad de hacerlo en cinco horas en lugar de cinco años, yo le agradecería mucho si él me lo

comunicaba.

Me preguntó:

—¿Comunicar? ¿El qué?

Yo se lo expliqué:

—Que la fruta está madura. Eso es todo. De modo que yo pueda avisar a Mr. Wolfe para que se busque un escondrijo.

—Está demasiado gordo para ocultarse.

—Yo no lo estoy.

—De acuerdo, trato hecho. ¿Estás seguro de que eso es todo?

—Absolutamente.

—Yo creía que a lo mejor querías pedirme la cabeza de Rowcliff con una manzana en la boca.

Me fui a casa y le dije a Wolfe:

—Tranquilo. La poli está jugando a pito, pito, colorito. Saben más que nosotros, pero no están más cerca de la solución.

—¿Cómo lo sabes?

—Un pajarito. Es auténtico, fresco y estrictamente confidencial. Vi a los muchachos y les di las fotos. ¿Quieres los detalles sin importancia?

—No.

—¿Alguna instrucción?

—No.

—¿No hay programa para mí para mañana?

—No.

Eso fue el domingo por la noche.

El lunes por la mañana me hizo un regalito.

Wolfe nunca aparece por los pisos de abajo hasta las once de la mañana. Después de desayunarse en su habitación coge el ascensor hasta el ático para pasar dos horas con las plantas antes de bajar a la oficina. Para comunicarse conmigo utiliza el teléfono interior, a menos que haya algo especial. Por lo visto, aquella mañana debía de ser especial, pues, cuando Fritz entró en la cocina después de haber subido el desayuno, anunció solemnemente.

—Audiencia para ti. *Levée*. —Lo escribo en francés porque así mismo lo pronunció él.

Yo había terminado con el periódico de la mañana, en donde no había nada que contradijera a mi pajarito; y, cuando acabé de vaciar mi taza de café, subí un piso, llamé y entré. En las mañanas lluviosas, o incluso en las mañanas grises, Wolfe se desayuna en la cama después de empujar el cobertor de seda negra hacia los pies de la cama, porque las manchas allí quedan horribles. Cuando hace buen tiempo, empero, Fritz coloca la bandeja en una mesa cerca de la ventana. Aquella mañana era brillante, y yo tuve mi regalito. Descalzo, con el cabello despeinado, y la hectárea de pijama amarillo reluciendo al sol, Wolfe estaba



sensacional.

Intercambiamos los buenos días, y él me indicó que me sentara. No quedaba nada en su plato, pero no había terminado con el café.

—Tengo instrucciones —me informó.

—De acuerdo. Pensaba estar en el Banco a las diez en punto para ingresar el cheque de Mrs. Fromm.

—Puedes hacerlo. Procederás desde allí. Probablemente estarás fuera todo el día. Dile a Fritz que responda al teléfono y tome las precauciones de costumbre con los visitantes. Infórmame por teléfono a intervalos.

—El funeral es a las dos de la tarde.

—Lo sé. Por tanto, puedes venir para el almuerzo. Ya veremos. Ahora las instrucciones.

Me las dio. Durante cuatro minutos. Al final me inquirió si yo tenía alguna pregunta que formular.

Yo estaba frunciendo el ceño.

—Una —le respondí—. Está bastante claro; pero, ¿detrás de qué voy yo?

—De nada.

—Entonces eso es, probablemente, lo que voy a conseguir.

Wolfe bebía el café a pequeños sorbos.

—No espero más. Estás inquietándoles, eso es todo. Has soltado

un tigre entre la multitud... o, por si esto te resulta demasiado fuerte, un ratón. ¿Cómo lo tomarán? ¿Lo dirá alguno de ellos a la Policía? Y, si lo hacen, ¿cuál o cuáles de ellos?

Yo asentí.

—Claro, ya veo las posibilidades, pero hubiera querido saber si hay algo especial que se supone yo deba conseguir.

—No. Nada. —Cogió la cafetera

Yo bajé a la oficina. En un cajón de mi escritorio hay un buen surtido de tarjetas de visita, de nueve o diez clases distintas, con diferentes textos para distintas necesidades y ocasiones. Cogí algunas de las grabadas con mi nombre

en el centro y «Representando a Nero Wolfe» grabado en una esquina, v. en seis de ellas escribí a tinta, debajo de mi nombre: «Para hablar de lo que Mrs. Fromm comunicó a Mr. Wolfe el viernes.» Con las tarjetas en mi cartera, y el cheque y el talonario en el bolsillo, y una pistola debajo del sobaco, tenía todo el equipaje, me puse el sombrero y salí pitando.

Fui caminando hasta el Banco; un paseo agradable de quince minutos en una agradable mañana de mayo, y desde allí tomé un taxi hasta la Calle 68. No sabía cómo sería la casa de un millonario difunto en el día de su funeral, que debía celebrarse en una

capilla de la avenida Madison, pero por fuera estaba más silenciosa que durante el sábado anterior. La única señal de algo anormal era un policía de uniforme en la acera, sin nada que hacer, y un crespón negro en la puerta. No era el mismo policía del sábado; éste me reconoció. Cuando yo me dirigía a la puerta, me detuvo.

—¿Quiere usted alguna cosa?

—Sí, oficial, así es.

—Usted es Archie Goodwin; ¿qué quiere usted?

—Quiero hacer sonar ese timbre, y entregar a Peckham mi tarjeta para que la lleve a Miss Estey, y entrar, y ser acompañado más adentro, y entrar en

conversación...

—Sí, claro, es usted Goodwin, no hay duda.

Eso no necesitaba ninguna respuesta; el hombre se quedó allí de pie, de modo que pasé por su lado, entré en el vestíbulo y pulsé el botón del timbre. Al cabo de un momento, Peckham abrió la puerta. Es posible que haya sido debidamente preparado, pero verme a mí resultó demasiado para él. En vez de mantener sus ojos en mi cara, como cualquier mayordomo merecedor de ese nombre hubiera hecho, dejó traslucir su asombro mientras examinaba mi camisa rayada de estambre, color marrón claro tropical, mi corbata marrón, y mis

zapatos marrones. Hay que decir en su favor que se trataba del día del funeral.

Le entregué una tarjeta.

—¿Miss Estey, por favor?

Él la cogió, pero en su rostro había una expresión particular. Probablemente creyó que yo estaba chiflado; ya que, a juzgar por los hechos tal como él los conocía, ésa era la explicación más apropiada. En lugar de hacerme entrar al *hall*, me dijo que esperase allí mismo, y se encaminó a la puerta de la oficina, por donde desapareció. Se oyeron voces, demasiado bajas para que yo pudiera entender las palabras, y después el hombre salió.

—Por aquí, Mr. Goodwin.

Se apartó a un lado cuando yo me acerqué y crucé el umbral de la puerta. Jean Estey estaba junto a su escritorio con mi tarjeta en la mano. Sin molestarse en saludarme, me preguntó bruscamente.

—¿Quiere usted cerrar la puerta, por favor?

Así lo hice y me volví hacia ella. Me dijo:

—Ya sabe usted lo que le dije el sábado, Mr. Goodwin.

Aquellos ojos verdegrisáceos estaban fijos en mí. Por debajo de ellos la piel estaba hinchada, ya por un sueño insuficiente o por demasiado sueño; y aunque la seguía calificando de bien



parecida, parecía por su aspecto que los dos días transcurridos desde que la había visto habían sido dos años.

Me encaminé a una silla junto al extremo de su escritorio y me senté.

—Se refiere usted a que la Policía le pidió que viera a Nero Wolfe y les comunicara lo hablado, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y qué?

—Nada, únicamente que... bueno... si míster Wolfe todavía tiene interés en verane, creo que accederé. No estoy muy segura... pero es muy probable que no le cuente a la Policía lo que él me diga. Creo que los agentes de Policía son sencillamente horribles. Ya han

pasado más de dos días desde que Mrs. Fromm fue asesinada, cincuenta y nueve horas, y no creo que hayan llegado todavía a ninguna parte.

Tuve que tomar una decisión aproximadamente en un segundo. Con el rumbo que ella estaba tomando, era casi un hecho que podría llevarla a la oficina; pero, ¿querría verla Wolfe? ¿Qué querría él que yo hiciera, llevarla a ella a la oficina o seguir sus instrucciones? No sé lo que hubiera decidido si hubiera tenido oportunidad de reflexionarlo un momento; pero tenía que ser una decisión inmediata, y me incliné por seguir las instrucciones.

Le dije:

—Le diré a Mr. Wolfe lo que usted siente, Miss Estey, y estoy seguro que a él le complacerá oírlo, pero debería explicarle que lo que se dice en esa tarjeta «representando a Nero Wolfe»... no es exactamente cierto. He venido por iniciativa propia.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Iniciativa propia? ¿No trabaja usted para Nero Wolfe?

—Claro que sí, pero también trabajo por mi cuenta cuando se me presenta una buena oportunidad. Traigo una oferta para usted.

Ella echó una mirada a la tarjeta.

—Aquí dice: «para discutir lo que mistress Fromm le dijo a Mr. Wolfe el

viernes».

—Así es, eso es lo que yo deseo discutir. Pero estrictamente entre usted y yo.

—No acabo de comprender.

—Pronto lo comprenderá. —Me incliné hacia ella y bajé la voz—. Sabe usted, yo estuve presente durante la charla que mantuvieron Mrs. Fromm y Mr. Wolfe. Todo el rato. Y tengo una memoria especialmente buena. Podría recitarle palabra por palabra la conversación, o casi.

—¿Y bien?

—Bueno, creo que a usted le interesaría oírlo. Tengo motivos para creer que así será. Usted quizá creerá

que yo estoy arriesgando el cuello, pero he sido el ayudante y confidente de míster Wolfe durante muchísimos años, y he hecho algunos buenos trabajos para él; he procurado que él confíe en mí, y si usted le llama cuando yo me marche de aquí, o va a verle y le cuenta lo que yo le he dicho, él creerá seguramente que está usted intentando engañarle. Y cuando me pregunte a mí y yo le diga que es usted una sucia embustera, él me creerá a mí. De modo que no se preocupe por mi cuello. Yo le contaré a usted los detalles de esa charla, todos los detalles, por cinco mil dólares al contado.

Miss Estey pronunció un «¡oh!», o

quizá fue un «¡uh!»». Simplemente fue un ruidito. Y se quedó fija mirándome.

—Naturalmente —añadí—, no espero que usted disponga de ese dinero ahora mismo, de modo que me basta con lo que tenga esta tarde, pero tendré que recibir el dinero por adelantado.

—Esto es increíble —me dijo—. ¿Por qué demonios habría de pagarle a usted ni cinco céntimos para que me contara esa conversación? Y mucho menos cinco mil dólares. ¿Por qué?

Yo sacudí la cabeza.

—Eso ya sería decírselo. Después de que usted me haya pagado y yo haya respondido, sabrá usted si ha recibido o no el valor de su dinero. Yo no doy

garantías de satisfacción, pero sería un tonto si hubiese venido aquí con semejante oferta con una bolsa de palomitas como único bagaje.

Desvió la mirada de mí. Abrió un cajón para coger un paquete de cigarrillos, sacó uno, golpeó con su extremidad algunas veces en un bloc de papel, y echó mano al encendedor del escritorio. Pero el cigarrillo no llegó a encenderse. Lo dejó caer y soltó también el encendedor.

—Supongo —dijo, volviendo a mirarme— que debería sentirme insultada e indignada, y supongo que así sucederá; pero, en este momento, estoy demasiado sorprendida. No sabía que

usted fuese un vulgar granuja. De haber tenido ese dinero para poder tirarlo, me hubiera gustado pagarle y oírle. Me gustaría escuchar qué clase de mentira está usted intentando venderme. Es mejor que se vaya. —Se levantó—. ¡Fuera de aquí!

—Miss Estey, creo...

—¡Fuera!

He visto muchos granujas en movimiento, granujas imperturbables y granujas con prisa, y no tienen ninguna dignidad. Yo sí la tenía. Cogiendo mi sombrero de una esquina del escritorio, salí. En el vestíbulo, Peckham demostró su alivio al librarse, sin incidentes lamentables, de un empleado de pompas



fúnebres lunático, haciéndome una inclinación al mismo tiempo que mantenía abierta la puerta. El policía que estaba en la acera pensó que debería decir algo. Pero decidió callar.

Al volver la esquina encontré una cabina telefónica en un *drugstore*, llamé a Wolfe y le informé ampliamente, como me había sido ordenado; después paré a un taxi que se dirigía al centro.

La dirección de mi segundo parroquiano, en Gramercy Park, resultó ser una vieja casa de apartamentos de ladrillos amarillentos, con un portero uniformado, un vestíbulo espacioso con viejas alfombras de calidad y un ascensor con un grave ataque de asma.

Finalmente nos llevó, a mí y al chófer, al piso octavo, después de que el portero hubo llamado por teléfono y me permitió pasar. Cuando pulsé el timbre en la puerta del 8B, ésta fue abierta por una sargento mayor vestida de doncella, que me hizo pasar, cogió mi sombrero, y me dirigió hacia un arco al final del pasillo.

Se trataba de una gran sala de estar de techo alto con mobiliario más que suficiente, siendo los colores dominantes de las cortinas, de la tapicería y de las alfombras el amarillo, el violeta, el verde claro y el castaño — por lo menos, ésa era la impresión que se obtenía a primera vista—. El vestido de la mujer que; salió a recibirme

cuando yo me acerqué proporcionaba un toque de negro. El negro le sentaba bien, con su cabello rubio ceniza recogido en un moño detrás de la cabeza, sus ojos azul claro y su piel pálida esmeradamente cuidada. No me tendió la mano, pero su expresión no era de hostilidad.

—¿Mrs. Horan? —pregunté.

Ella asintió.

—Mi esposo se pondrá furioso por recibirle a usted; pero, sencillamente, sentía demasiada curiosidad. Naturalmente debo asegurarme... ¿es usted el Archie Goodwin que trabaja con Nero Wolfe?

Saqué una tarjeta de mi cartera y se

la entregué. Ella la sostuvo en ángulo para verla mejor. Entonces, agrandó los ojos al mirarme:

—Pero, yo no... «Para discutir lo que mistress Fromm le dijo a Mr. Wolfe». ¿Conmigo? ¿Por qué?

—Porque es usted la señora de Dennis Horan.

—Sí, claro que lo soy. —Su tono daba a entender que ella no lo había visto desde esa perspectiva—. ¡Mi esposo se pondrá furioso!

Yo eché una ojeada por encima del hombro.

—¿Podríamos sentarnos junto a la ventana? Se trata de un asunto más bien privado.

—Claro. —Se volvió y encontró un camino entre las diversas piezas del mobiliario, y yo la seguí. Cogió una silla del final, cerca de una ventana, y yo acerqué una lo bastante para crear un ambiente confidencial.

—Sabe usted —me dijo—, es la cosa más terrible... La *más* terrible. Laura Fromm era una persona tan distinguida... —Hubiera podido usar el mismo tono para decirme que le gustaba el estilo de mi corte de pelo. Añadió—: ¿La conocía usted bien?

—No, solamente la vi una vez, el pasado viernes, cuando vino a consultar a Mr. Wolfe.

—Mr. Wolfe es detective, ¿verdad?

—Exactamente.

—Y usted, ¿también lo es?

—Sí. Yo trabajo para Mr. Wolfe.

—Es sencillamente fascinante.

Claro, han venido dos hombres haciendo preguntas... no, tres... y el sábado algunos más en la oficina del fiscal del Distrito, pero ellos sólo son policías. Es usted un detective de verdad. Yo nunca hubiera creído que un policía fuese tan... que vistiese tan bien. —Hizo un ligero gesto gracioso—. Pero aquí me tiene, charlando por los codos como de costumbre, y usted quiere hablar de algo, ¿no es así?

—Ésa era mi intención. Discutir de lo que Mrs. Fromm expuso a Mr. Wolfe.

—En ese caso, tendrá usted que contarme lo que ella dijo. Yo no puedo discutirlo hasta saber de qué se trata, ¿verdad?

—Claro —admití—, pero yo no puedo contárselo hasta saber si a usted le interesa oírlo.

—¡Oh! ¡Claro que quiero oírlo!

—Bien. Así lo creía. Sabe, Mrs. Horan, yo estuve en la habitación todo el rato, mientras Mrs. Fromm y Mr. Wolfe estuvieron hablando, y recuerdo cada una de las palabras que dijeron. Por eso pensé que sentiría usted una gran curiosidad por saberlo, y no me sorprende que así sea. El problema está en que yo no puedo satisfacer su

curiosidad gratis. Debería aclararle que no estoy aquí en representación de Nero Wolfe, y por tal razón le he dicho que el asunto es más bien privado. Estoy aquí representándome a mí mismo. Satisfaré su curiosidad si usted me presta cinco mil dólares a ser devueltos el día en que la lluvia caiga de abajo a arriba.

La única reacción visible fue que los ojos azules se ensancharon un poco.

—Ésa es una idea divertida —dijo—, llover hacia arriba en vez de hacia abajo... ¿Desde las nubes hacia arriba o desde el suelo hasta las nubes?

—Cualquiera de las dos posibilidades sirve.

—Yo preferiría que fuera desde el



suelo. —Una pausa—. ¿Qué dijo usted sobre prestarle algún dinero? Perdóneme, pero mi mente se perdió con eso de llover hacia arriba.

Estaba dispuesto a admitir que la señora era demasiado para mí, pero continué. Dejé lo de la lluvia.

—Si usted me da cinco mil dólares, le contaré lo que Mrs. Fromm le dijo a Mr. Wolfe. Al contado, por adelantado.

Abrió más los ojos.

—¿Qué es lo que ha dicho usted? Creo que no he entendido.

—Le eché un poco de fantasía hablando de la lluvia. Lo siento. Es mejor de esa manera, directamente.

Ella sacudió su linda cabeza.

—Para mí no es mejor, Mr. Goodwin. Me parece absolutamente demencial, a menos que... ¡oh, ya veo! ¡Quiere usted decir que ella le contó algo horrible sobre mí! Eso no me sorprende, pero, ¿qué fue?

—No he dicho que ella hablara nada sobre usted. Yo simplemente...

—¡Naturalmente que ella le contó algo! ¡Seguro que sí! ¿Qué le contó?

—No. —Me mostré enérgico—. Creo que no me he explicado con claridad. —Alcé un dedo—. Primero usted me da el dinero. —Otro dedo—. Segundo, yo le cuento los hechos. Estoy ofreciéndole algo, estoy vendiéndole algo, eso es todo.

Ella asintió con la cabeza tristemente:

—Ése es el problema principal.

—¿Cuál?

Pues que usted realmente no quiere decir eso. Si usted me lo ofreciera por veinte dólares, sería diferente; y, naturalmente, a mí me encantaría saber lo que ella dijo... pero, ¡cinco mil! ¿Sabe usted lo que creo, Mr. Goodwin?

—No.

—Creo que es usted una persona demasiado distinguida para utilizar ese tipo de táctica para incitar mi curiosidad, simplemente para que yo le hable. Cuando usted entró yo ni hubiera soñado que fuese usted así,

especialmente por sus ojos. Yo me guío por los ojos.

También yo me guío por los ojos hasta cierto punto, y los suyos no encajaban en la representación. Aunque no fuesen los más alertas e inteligentes que hubiera visto en mi vida, no eran los ojos de una tonta. Me hubiera gustado quedarme allí una hora o más para seguir pinchándola, pero mis instrucciones eran hacer descaradamente la proposición, observar la reacción, y proseguir; y además quería ver tantos como me fuera posible antes de la hora del funeral. De modo que me levanté para irme. Mrs. Horan sintió que me fuese; insinuó incluso que quizás

añadiría diez a su contraoferta de veinte pavos, pero yo le di a entender que su observación sobre mi táctica había herido mis sentimientos y que deseaba estar solo.

En la calle encontré una cabina telefónica para informar a Wolfe, y después cogí un taxi hasta la Calle 42.

Lon Cohen me había informado que no debería tomar en cuenta desfavorablemente para la Asociación para la Ayuda de personas Desplazadas, el hecho de que ocuparan una elegante y soleada oficina en el piso veintiséis de uno de los palacios comerciales más nuevos del centro de la ciudad, porque Mrs. Fromm era propietaria del edificio

y ellos no pagaban alquiler. A pesar de ello, había mucho lujo para ser un lugar dedicado al alivio del desgraciado y del oprimido. Allí mismo, en la reluciente sala de recepción, tenía un ejemplo ante mis propios ojos. En un extremo del sofá de cuero marrón, caído en su desesperanza y cansancio y vistiendo un viejo traje gris dos tallas mayores a la suya, había un espécimen típico. Cuando le eché una mirada me pregunté la impresión que le causaría, pero volví a mirar y dejé de preguntármelo. Era Saúl Panzer. Nuestras miradas se cruzaron, y él dejó caer la suya; yo me dirigí a la mujer que estaba en el escritorio, que tenía una larga y delgada nariz, y

barbilla a juego.

Ella me dijo que Miss Wright estaba ocupada y únicamente se la podía ver pidiendo una cita. Después de exhibir una tarjeta y persuadirla de que diera a conocer, no solamente mi nombre sino también el mensaje escrito debajo, se me dijo que sería recibido, pero a ella no le gustó nada. Dejó muy claro, con sus labios apretados y su mandíbula firme, que no quería tener tratos conmigo.

Me acompañaron a una gran habitación rinconera con ventanas en dos lados, que ofrecían una perspectiva del sur y el este de Manhattan. Había dos escritorios, pero únicamente uno de

ellos estaba ocupado por una mujer ejecutivo de cabello castaño que parecía tan desesperanzada como Saúl Panzer, pero que no se daba por vencida ni tenía intención de hacerlo.

Su saludo fue requisitorio:

—¿Puedo ver su tarjeta, por favor?

Se la habían leído por teléfono. Yo crucé la habitación y se la entregué. Ella la miró y después se fijó en mí.

—Tengo mucho trabajo. ¿Es urgente su asunto?

—No le robaré mucho tiempo, Miss Wright.

—¿De qué servirá que usted lo discuta conmigo?

—No lo sé. Si sirve o no sirve de



algo ya se verá. Hablo en representación mía, no en la de Nero Wolfe, y no hay...

—¿No fue Nero Wolfe quien le envió a usted aquí?

—No.

—¿Fue la Policía, entonces?

—No. Esto es idea mía. He tenido un poco de mala suerte y necesito algún dinero, y tengo algo para vender. Ya sé que éste es un mal día para usted, con el funeral de Mrs. Fromm esta tarde, pero esto no puede esperar... por lo menos eso creo yo... y yo necesito cinco mil dólares lo más rápidamente posible.

Ella sonrió con un lado de la boca.

—Me temo que no llevo encima tanto dinero, si es que se trata de un

atraco. ¿No es usted un detective con cierta reputación?

—Intento mantenerla. Como le he dicho, he tenido un poco de mala suerte. Todo lo que hago ahora es ofrecerle a usted algo que tengo para vender; usted puede tomarlo o dejarlo, como quiera. Depende del interés que tenga usted en saber lo que Mrs. Fromm le contó a Mr. Wolfe. Vale cinco mil dólares. Quizá sería para usted una ganga, o a lo mejor no. Puede usted juzgar eso mucho mejor que yo; pero, naturalmente, eso usted no lo sabrá hasta que lo haya oído.

Ella me miró fijamente.

—De modo que es eso —comentó.

—Eso es —asentí.

Sus ojos castaños eran más duros de afrontar que los de Jean Estey o los de Claire Horan.

Mi problema consistía en adquirir el aspecto de un hombre con una buena dosis de granjería; pero, al mismo tiempo, parecer alguien en quien podía confiarse y que proporcionaría fielmente lo que prometía. Su mirada dura y directa me hizo presentir que yo no vestía adecuadamente para ese papel, y yo daba órdenes urgentes a mi cara para que no me traicionara. La cara presintió que podría ser de ayuda el hacer algo, de modo que utilicé la boca.

—Comprenda, Miss Wright. Ésta es una oferta hecha con buena fe. Yo puedo,

y pienso, contarle todo lo que se dijo.

—Pero primero quiere usted el dinero. —Su voz era tan dura como sus ojos.

Yo volví una mano hacia arriba.

—Creo que ésa es la única manera posible de hacerlo. Podría usted decirme que me fuera a freír espárragos.

—Exactamente, eso podría hacer. —El cerebro le funcionaba—. Quizá podamos llegar a un compromiso. —Sacó un bloc de papel de un cajón y me acercó la pluma de su escritorio—. Acérquese una silla, o utilice el otro escritorio, y haga su oferta por escrito, brevemente. Redáctelo así: «Mediante el pago recibido de Angela Wright, de

cinco mil dólares al contado, me comprometo a darle a conocer, plena y prontamente, la conversación que tuvo lugar entre Laura Fromm y Nero Wolfe el pasado viernes por la tarde.» Le pone fecha y lo firma...

—¿Y se lo entrego a usted?

—Claro. Ya se lo devolveré tan pronto como haya cumplido con su parte del trato. ¿No es eso justo?

Yo le sonreí.

—Vamos, Miss Wright. Si yo fuera tan lelo como para hacer eso, ¿cuánto tiempo cree usted que hubiera durado con Nero Wolfe?

Ella sonrió nuevamente.

—¿Le gustaría saber lo que estoy

pensando?

—Claro.

—Creo que si fuese usted capaz de vender los secretos sabidos de la oficina de Wolfe, haría ya mucho tiempo que él lo sabría y le habría puesto de patitas en la calle.

—Ya le he dicho que he tenido algo de mala suerte.

—No tan mala. Yo tampoco soy estúpida. Naturalmente, usted tiene razón en algo... es decir, que Mr. Wolfe es... Me gustaría mucho saber por qué motivo consultó Mrs. Fromm a Mr. Wolfe. Naturalmente. Me pregunto qué es lo que sucedería si recogiera ese dinero y lo entregara...

—Existe un modo fácil de descubrirlo.

—A lo mejor hay otro todavía más fácil. Podría ir a ver a Mr. Wolfe y preguntárselo.

—Yo diría que usted miente.

Ella asintió.

—Sí. Supongo que usted lo haría. Mr. Wolfe nunca podría admitir realmente que él le había enviado a usted con semejante oferta.

—Especialmente si no lo hizo.

Los ojos castaños centellearon un momento, y después se endurecieron otra vez.

—¿Sabe usted qué es lo que más siento, Mr. Goodwin? Me molesta que

me tomen por una imbécil. Ahí está mi vanidad. Dígale eso a Mr. Wolfe. Dígale que no me importa que haya intentado esta pequeña treta conmigo, pero sí que me haya subestimado.

Yo le hice una mueca.

—Le gusta a usted esa idea, ¿verdad?

—Sí, me parece estupenda.

—Muy bien, siga con ella. Eso le saldrá gratis.

Me volví y me alejé. Al pasar por recepción y ver a Saúl, allí en el sofá, me hubiese gustado advertirle de que tendría que enfrentarse con una adivinadora del pensamiento; pero, naturalmente, tuve que pasarlo por alto.



Abajo, en el vestíbulo, encontré un teléfono público e informé a Wolfe; fui entonces a una máquina automática para sacar una «Coca—Cola», en parte porque estaba sediento, y en parte porque quería tomarme algún tiempo para un *post mortem*. ¿Había estropeado yo el asunto o es que ella era demasiado lista para mí? Al terminarme la «Coca—Cola» decidí que el único medio de conseguir que la intuición femenina no se infiltrara por alguna afortunada grieta ocasional era, sencillamente, mantenerme alejado de las mujeres, aunque eso no fuera práctico. De todos modos, Wolfe no le dio importancia, puesto que yo le había hecho la oferta y

ésa era la cuestión principal.

Di un corto paseo hasta la siguiente parada. Se trataba de un edificio de oficinas más viejo y deteriorado, en la Calle 43 al este de la Quinta Avenida. Después de subir en el ascensor hasta el cuarto piso, y entrar por una puerta en donde se anunciaba *Modern Thought*, tuve una agradable sorpresa. Al comprar el domingo un ejemplar de la revista que Vincent Lipscomb publicaba y examinar su contenido antes de pasarla a Wolfe, había supuesto que cualquier mujer con un empleo allí concentraría todos sus puntos de interés, si es que poseía alguno, dentro de su cerebro; pero allí había una mujercita sinuosa, de ojos

danzarines, sentada frente a un panel. Me dirigió una mirada alegre, y una sonrisa de bienvenida que indicaba que la única razón por la que había aceptado aquel empleo era porque sabía que yo aparecería algún día.

A mí me hubiera gustado colaborar preguntándole qué clase de orquídeas le gustaba, pero pronto serían las doce, de modo que me limité a devolverle la sonrisa, le dije que quería ver a Mr. Lipscomb, y le entregué una tarjeta.

—¿Una tarjeta? —inquirió apreciativamente—. Auténtico estilo, ¿eh? —Leyendo lo que decía la tarjeta, me dirigió una segunda mirada, amistosa todavía pero más reservada, insertó una

clavija con dedos vivarachos, apretó un botón, y, al cabo de un momento, habló al transmisor.

Sacó Ja clavija, me devolvió la tarjeta, y me indicó:

—Pase por allí, la tercera puerta a la izquierda.

No tuve que contar hasta tres porque, cuando comencé a recorrer el estrecho y oscuro pasillo, se abrió una puerta y apareció un hombre que me voceó como si hubiera estado al otro lado del río:

—¡Aquí! —Volvió a meterse dentro. Cuando yo entré el hombre estaba de pie, dando la espalda a una ventana y con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón. La habitación era

pequeña, y el escritorio y las dos sillas podían haber sido adquiridas en la Segunda Avenida por el precio de un par de zapatos «Warburton».

—¿Mr. Lipscomb?

—Sí.

—Ya sabe usted quién soy yo.

—Sí.

Su voz, aunque inferior al rugido, era cinco veces más alta en decibelios de lo necesario, quizá para hacer juego con su estatura, pues el hombre me aventajaba en cinco centímetros y poseía unos hombros también cinco centímetros más anchos, o hubiera podido ser para compensar su nariz, que era ancha y chata y hubiera estropeado cualquier

proyecto, fuese lo restante como fuese.

—Se trata de un asunto confidencial —le dije—. Privado.

—Sí.

—Y únicamente entre usted y yo. La proposición parte únicamente de mí y es sólo para usted.

—¿De qué se trata?

—Una oferta para intercambiar información por dinero. Ya que publica usted una revista, y ya sabe a lo que me refiero. Por cinco mil dólares le contaré la conversación que Mrs. Fromm sostuvo con Mr. Wolfe el pasado viernes. Auténtica y completa.

El hombre se sacó una mano del bolsillo para rascarse una mejilla, y la

volvió a meter. Al hablar, el tono de voz había descendido a un nivel razonable.

—Mi querido amigo, yo no soy Harry Luce. De todos modos, las revistas no suelen comprar de ese modo. El procedimiento es el siguiente: me cuenta usted confidencialmente lo que tiene, y entonces, si yo puedo usarlo, llegamos a un acuerdo sobre el precio. Si no nos ponemos de acuerdo, nadie ha perdido nada. —Alzó sus hombros amplios y los dejó caer—. No sé. Ciertamente, publicaré algo sobre Laura Fromm, un artículo considerado y provocativo; era una gran mujer y una gran señora; pero, de momento, no sé cómo encajaría su información en mi

artículo. ¿De qué trata?

—Yo no me refiero a que sirva para su revista, Mr. Lipscomb. Yo me refería a usted.

Frunció el entrecejo. Si no era honrado, al menos era bueno.

—Me parece que no le comprendo.

—Es muy sencillo. Yo oí esa charla, toda la conversación. Aquella noche Mrs. Fromm fue asesinada, y usted está involucrado, y yo tengo...

—Eso es absurdo. Yo no estoy involucrado. Las palabras son mi especialidad, Mr. Goodwin, y una de las dificultades con las palabras es que todo el mundo las utiliza, con demasiada frecuencia ignorando su correcto



significado. Estoy dispuesto a suponer que usted usó esa palabra con ignorancia... de otro modo sería una calumnia. Yo no estoy involucrado.

—Muy bien. ¿Le concierne a usted?

—Naturalmente que me concierne.

Yo no intimaba con Mrs. Fromm, pero la tenía en gran estima y estaba orgulloso de conocerla.

—Usted estaba en la fiesta de Horan la noche del viernes pasado. Usted fue una de las últimas personas que la vio con vida. La Policía, que en cierta manera también se especializa en las palabras, le ha hecho un montón de preguntas, y le hará más. Y usted dice que le concierne. Considerándolo todo,

incluyendo lo que yo oí que Mrs. Fromm contaba a Mr. Wolfe, supuse que le concernía a usted por valor de cinco mil dólares.

—Esto comienza a tener aspecto de chantaje. ¿Lo es?

—Me rindo. Usted es el especialista en palabras. Yo soy un ignorante.

Bruscamente sacó las manos de los bolsillos, y, por un segundo, creí que me iba a agredir, pero se limitó a frotarse las palmas.

—Para que sea chantaje —afirmó— ha de haber una amenaza. Si yo le pago, ¿qué pasará?

—No hay amenaza. Usted consigue su información, eso es todo.

—¿Y si no pago?

—NO TIENE usted la información.

—¿Y quién la recibe?

Yo sacudí la cabeza.

—Ya le dije que no había amenaza.

Sólo estoy intentando venderle algo.

—Naturalmente. Una amenaza no tiene por qué ser explícita. Se ha publicado que Wolfe está investigando la muerte de Mrs. Fromm.

—Cierto.

—Pero Mrs. Fromm no le contrató para que lo hiciera; ya que, seguramente, ella no esperaba morir. Esto es lo que parece. Ella le pagó a Wolfe para que investigase alguna cosa, o alguien, y aquella noche la mataron. Wolfe se

consideró bajo la obligación de investigar su muerte. No puede usted estar ofreciéndome la venta de la información que Wolfe considera relacionada con su muerte, porque usted, seguramente, no podría suprimir esa evidencia sin la conformidad de Wolfe, y usted no está haciendo eso, ¿verdad?

—No.

—En este caso, lo que usted está ofreciéndome es información, algo que Mrs. Fromm le dijo a Wolfe, que no tiene que estar necesariamente relacionado con su muerte. ¿Es eso correcto?

—Sin comentarios.

Sacudió la cabeza.

—Eso no sirve. A menos que me aclare usted eso, no hay posibilidad de que yo trate con usted. No digo que vaya a tratar con usted si me lo cuenta, pero sin saberlo no puedo decidir.

Giró la cara y se quedó mirando por la ventana, caso de que tuviera los ojos abiertos. Todo lo que yo veía era su ancha espalda. Permaneció en esa postura suficiente tiempo como para haberse tomado la temperatura, y algo más. Finalmente se volvió.

—No creo que ayudase mucho, Goodwin, que yo califique su conducta como se merece. Dios mío, ¡qué manera de ganarse la vida! Aquí estoy yo, dedicando todo mi tiempo, talento y

energías en un esfuerzo para mejorar el nivel del comportamiento humano, y mírese a usted. Pero eso no le interesa... todo lo que le preocupa a usted es el dinero. ¡Dios mío! ¡Dinero! Lo pensaré. Puede que le llame por teléfono, y puede que no. ¿Está usted en la guía telefónica?

Le dije que sí, en el número de Nero Wolfe, y, no deseando escuchar más hechos desagradables sobre mí comparándome con él, me escabullí. Mi alegre amiguita de la centralita telefónica quizás hubiera estado dispuesta a animarme un poco, pero creí que no le convenía tener relación alguna con tipos como yo y pasé de largo.

Ya en la calle, encontré una cabina

telefónica, marqué el número que mejor conocía y oí la voz de Wolfe.

—Listo el número cuatro —le dije —. Lipscomb. ¿Está usted cómodo?

—Adelante. Sin preguntas.

Su expresión «sin preguntas» significaba que no estaba solo. De modo que tuve especial empeño en darle a conocer lo sucedido, incluyendo mi particular impresión sobre el mejorador del nivel del comportamiento humano. Hecho esto, le dije que eran las doce y veinte minutos, para ahorrarle la molestia de que mirase hacia arriba el reloj, y le pregunté si debía proceder con el número cinco, Paul Kuffner, el asesor de relaciones públicas que tan

suavemente me había tratado cuando me encontré con Jean Estey.

—No —respondió Wolfe secamente—. Ven a casa enseguida. Mr. Paul Kuffner está aquí, y yo quiero verte.



# CAPÍTULO X

El tono y las palabras de la orden de Wolfe me habían advertido, naturalmente, de lo que debía esperar, de modo que no me sorprendió la maligna mirada que me dedicó cuando yo entré en la oficina. Paul Kuffner, en la butaca de cuero rojo, no se volvió para dedicarme la sonrisa de aprobación entusiasta con que me había favorecido el sábado, pero tampoco su expresión hubiera podido llamarse de hostilidad. Supongo que unas relaciones públicas como Dios manda rechazan una abierta

hostilidad hacia cualquier ser humano, a menos que éste te muerda en la oreja. Y tampoco a causa de un pequeño mordisco...

Mientras me sentaba junto a mi escritorio, Wolfe habló.

—No te sientes ahí, Archie. Ha quedado en entredicho tu derecho a sentarte a ese escritorio. —Me señaló una de las butacas amarillas—. Cámbiate, por favor.

Yo estaba atónito.

—¡Qué! Pero, ¿qué pasa?

—Sal de ahí, por favor. —Estaba ceñudo.

En mi rostro se denotó que yo, además de atónito, estaba también

dolido y sorprendido, mientras me levantaba, iba a la butaca amarilla, me dejaba caer en ella y me enfrentaba con su mirada fría. Con la que acomodó su tono de voz.

—Mr. Kuffner acaba de formular una acusación chocante. Quiero que la escuches de sus labios. ¿Mr. Kuffner?

A Kuffner le dolió tener que decirlo. Su ancha boca de labios gruesos se replegó, haciendo del arco de su bigote una especie de ceja depilada. Se dirigió a mí, no a Wolfe.

—Se me ha informado que esta mañana usted ha hecho una oferta a una mujer en cuya honestidad yo confío. Ella me ha dicho que usted le ha ofrecido

contarle todos los pormenores de la charla que Mrs. Fromm sostuvo con Mr. Wolfe el viernes pasado, si ella le daba primero la suma de cinco mil dólares.

Yo no di un salto en la butaca indignado. Siendo un detective veterano de gran experiencia bajo la guía de Nero Wolfe, debía ser capaz de enfrentarme con una encerrona despreciable con cierta categoría. Alcé la barbilla un centímetro, y le pregunté:

—¿Cuál es el nombre de esa dama?

Él sacudió la cabeza.

—Yo no se lo he dicho a Mr. Wolfe porque ella me pidió que no lo hiciera. Naturalmente, usted ya sabe quién es.

—Lo he olvidado. Dígamelo.

—No.

—Por el amor de Dios. —Yo estaba ligeramente molesto—. Si fuese usted senador de los Estados Unidos, yo no esperaría naturalmente que usted nombrara a mi acusador, pero, ya que no lo es, puede irse a freír espárragos.

Kuffner estaba alterado, pero seguía tozudo.

—A mí me parece muy sencillo. Todo lo que yo le pido es que me responda a la pregunta: ¿hizo usted tal oferta a la mujer esta mañana?

—Muy bien, supongamos que le contesto. Entonces, usted dice que un hombre le dijo que yo robé el queso de una ratonera la pasada noche, y lo hice

yo, y yo respondo que sí. Entonces, usted prosigue diciendo que tal caballo le contó que yo le había cortado el rabo...

—Ya basta —intervino Wolfe—. Mr. Kuffner, Archie tiene su punto de razón. Las acusaciones anónimas son de dudoso gusto.

—Para mí no es anónima. Yo la conozco.

—Entonces nómbrela.

—Se me ha pedido que no lo haga.

—Si usted ha prometido no decirlo, temo que estemos metidos en un callejón sin salida. No me sorprende que Mr. Goodwin haga esa demanda; sería un tonto si no la hiciera. De modo que esto

zanja la cuestión. Yo no la tendré en cuenta. Si usted no encuentra justificado esperar una respuesta a una acusación anónima, yo rechazo tal acusación.

Kuffner replegó la boca, y su bigotito parecía un paréntesis tumbado de espaldas. Llevó la mano maquinalmente al bolsillo lateral y sacó una cigarrera. La abrió y sacó un cigarrillo, lo miró, salió de su ensalmo y preguntó:

—¿Puedo fumar?

—No —respondió secamente Wolfe.

Ésa no era, de ningún modo, una norma inflexible y permanente. Se había negligido, no solamente para algunos hombres, sino incluso para algunas

mujeres, y no necesariamente futuros clientes. Kuffner estaba frustrado y confuso. La representación de una costumbre básica había sido detenida arbitrariamente; y, además, tenía un problema. Sacar un cigarrillo de una cajita metálica con una grapa sólo requiere una presión de índice y pulgar, pero volver a colocar un cigarrillo es algo más complicado. Resolvió la cuestión volviendo a colocar la cigarrera en su bolsillo lateral izquierdo y el cigarro en el derecho. Trataba de no turbarse, pero la voz le traicionó:

—Ha sido Miss Angela Wright.

Afronté la situación como un hombre.



—¿Miss Wright le contó eso?

—Sí.

—¿Que yo le hice esa oferta?

—Sí.

Me levanté y me encaminé a mi escritorio. Wolfe me preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a llamar por teléfono a Miss Wright para preguntárselo. Si ella se reafirma le diré que es una mentirosa integral, y le ofreceré un *pedigree* por cinco mil pavos.

—No la encontrará allí —repuso Kuffner.

—¿Dónde está ahora?

—Iba a comer algo y después a la capilla en donde se celebra el funeral.

—¿Hiciste —preguntó Wolfe— una oferta a Miss Wright según ha descrito Mr. Kuffner?

—No, señor.

—¿Le dijiste algo que pudiera ser razonablemente interpretado como una oferta?

—No, señor.

—¿Escuchó alguien tu conversación con ella?

—No, a menos que la habitación tuviera micrófonos.

—En ese caso puedes sentarte en tu escritorio. Por favor —Wolfe se volvió hacia el visitante—. Si ha informado usted correctamente de lo que Miss Wright le ha dicho, se trata de la palabra

de ella contra la de Mr. Goodwin. Yo confío en Mr. Goodwin. Además de lo que ha contado, ¿tiene usted alguna otra evidencia que le condene?

—No, ninguna más.

—¿Sigue usted creyendo en Miss Wright?

—Yo... sí. Creo que sí.

—En este caso, la cosa está así. Se dará cuenta, supongo, de que para mí no se trata exclusivamente de escoger quién miente, si Miss Wright o Mr. Goodwin, puesto que desconozco lo que ella le contó, con excepción de lo que usted ha declarado.

Kuffner sonrió. Ya se había recuperado y se mostraba de nuevo

afable.

—Podríamos muy bien hablar de unanimidad, Mr. Wolfe. No lo mencioné antes porque únicamente se trataba de una insinuación de Miss Wright. Ella cree que usted envió a Goodwin para que hiciera esa oferta. De modo que tampoco para mí son las únicas alternativas.

Wolfe asintió, tranquilo.

—Cuando la tela se ha tejido puede embellecerse a voluntad. —Eché una mirada al reloj—. Faltan veinte minutos para la hora del almuerzo. Estamos en un callejón sin salida y podríamos olvidarlo perfectamente, a menos que usted desee proseguir basándose en

hipótesis. Podemos suponer que Miss Wright o usted están mintiendo, o que Mr. Goodwin es quién miente, o también que él y yo, ambos, mentimos. Estoy dispuesto, como base para la discusión, a suponer esto último. Ésa es la mejor posición que posiblemente usted espera ocupar. ¿Qué hacemos entonces?

Kuffner estaba dispuesto para ello.

—En este caso le preguntaré a usted cómo puede justificar esa proposición impropia y coercitiva a Miss Wright.

—Yo le respondo que usted no tiene un mandamiento que regule mi conducta. ¿Y bien?

—Yo decidiría probablemente, y sería en contra de mi voluntad, que mi

deber era el de informar a la Policía que está usted interfiriendo en la investigación oficial de un asesinato.

—Bobadas. Han sido informados de mi charla con Mrs. Fromm, pero no con derechos de autor. Yo no soy abogado, y lo que un cliente me cuenta no goza de privilegio. No hubo interferencia o impropiedad; y, ciertamente, ninguna coerción. Yo tenía algo que estaba en mi posesión, legalmente y con derecho: el informe de una charla; y la puse a la venta, sin ningún intento de obligación ni la insinuación de una alternativa desagradable. Su decisión de informar a la Policía no me interesa

Kuffner estaba sonriendo.

—Ciertamente, estaba usted preparado para eso.

—Debía estarlo. Yo construí la hipótesis. Y ahora, ¿qué?

La sonrisa desapareció.

—Me gustaría olvidar la hipótesis. Aunque yo pudiera probar que se hizo la oferta... y no puedo, excepto por la palabra de Miss Wright... ya que usted cree que puede justificarla... y seguro que tendrá usted razón, en defensa del argumento... ¿adónde me llevaría hacerlo? No disponemos de mucho tiempo... Debo ir al funeral... y quiero cerrar el negocio.

—¿Su negocio o el mío?

—Ambos —Kuffner se inclinó hacia

delante—. Mi función profesional, Mr. Wolfe, es proporcionar consejo a mis clientes, y, en cierta medida, manejar sus asuntos, de modo que ellos y sus actividades estén considerados bajo una luz favorable. Mrs. Fromm era una de mis clientes. Otro cliente era, y sigue siéndolo, la Asociación para la Ayuda de las Personas Desplazadas. Me siento fuertemente obligado para con Mrs. Fromm, sentimiento que no ha disminuido con su muerte, sino todo lo contrario, y haré cualquier cosa que esté en mi mano para procurar que su memoria y su reputación no sufran ningún daño. También me preocupa la Asociación. Hasta donde yo sé, no hay



relación entre su muerte y los asuntos de la Asociación, pero es posible que la hubiera. ¿Sabe usted si la hay?

—Prosiga, Mr. Kuffner.

—Sí. Creo que es más que posible, muy probable, que haya alguna relación entre la muerte de Mrs. Fromm y su conversación con usted el pasado viernes. El asunto que ella le consultó a usted debía ser secreto; porque, hasta donde yo sé, ella no le dijo a nadie que venía a verle. Hubiera sido normal que ella me lo dijera, eso es obvio, pero no lo hizo. Debió de ser importante, porque es seguro que ella no hubiera acudido a un detective privado y especialmente a usted, por nada trivial. Y si estaba

relacionado con el asunto y la persona que la mató, debió ser más que importante, debió ser vital. Quiero saber de qué se trata —*necesito* saberlo—. He intentado que la Policía me lo diga, pero no hablan. Acaba usted de decir que el registro de esa conversación está legalmente y por derecho en su posesión, y no sería impropio venderlo. Yo le pagaré a usted los cinco mil dólares. Al contado, por adelantado. Si usted lo quiere en metálico dispondré de esa suma esta misma tarde.

Wolfe le miraba con el ceño fruncido.

—A ver si se decide, Mr. Kuffner, ¿negro o blanco? No puede usted decidir

ambas cosas. Iba usted a denunciar a la Policía una proposición inicua, y ahora está usted dispuesto a meterse en ella. Una pirueta extraordinariamente ética.

—No más que la suya —replicó Kuffner—. Estaba usted amonestando a Goodwin por ello... incluso le ha ordenado que se alejase de su escritorio... y después lo justifica.

—Ciertamente. Mr. Goodwin hubiera estado poniendo a la venta algo que no le pertenece; me pertenece a mí. —Wolfe agitó la mano—. Pero su destreza como acróbata casuístico, aunque impresionante, es colateral. La cuestión es, ¿aceptaré su oferta? La respuesta es no. Debo rechazarla.

El puño de Kuffner golpeó el brazo de la butaca.

—¡Usted no puede rechazarla! ¡No puede!

—¿No?

—¡No! ¡Tengo derecho a exigirlo como representante de los intereses de Mrs. Fromm! ¡Usted no tiene ningún derecho a rechazarla! ¡Es una interferencia impropia en mi legítima función!

Wolfe sacudió la cabeza.

—Aunque no existieran otras razones para rechazarla, bastaría con mi temor para tratar con usted. Es demasiado ágil para mí. Hace pocos minutos era una interferencia impropia

por mi parte poner una información a la venta; ahora es interferencia impropia por mi parte rehusar venderla. Me tiene usted confuso; y, por lo menos, necesito tiempo para poner en orden mi mente — Echó una ojeada al reloj—. Va a llegar tarde al funeral.

Era cierto. Kuffner miró su reloj de pulsera y se levantó. Por su rostro se deducía claramente que estaba decidiendo que debía marcharse intentando arreglar algo. Me sonrió, y después a Wolfe.

—Presento mis excusas —dijo— por ser demasiado ligero en mis acusaciones. Espero que sean ustedes comprensivos. Ésta ha sido, con mucho,

la peor situación con que he debido enfrentarme en mi vida. Confío y espero que pronto recibiré noticias tuyas.

Cuando regresé de haberle acompañado, Wolfe ya había cruzado el vestíbulo en dirección al comedor.

# CAPÍTULO XI

A las seis y media de aquella tarde yo estaba sentado en una dura silla de madera en la oficina de Mandelbaum, ayudante del fiscal del Distrito, sosteniendo una charla en una pequeña habitación.

Mi audiencia, de tres personas, era ya suficiente para el cuarto. En su escritorio estaba Mandelbaum, de mediana edad, rollizo, seguramente en la categoría de los calvos dentro de dos años. A su lado estaba un detective de Homicidios llamado Randall, alto y

delgado, sin nada sobre los huesos excepto la piel en los puntos más elevados. Jean Estey, en una silla cerca del extremo del escritorio, en la otra esquina opuesta a mí, vestía un traje gris oscuro que no le iba muy bien a sus ojos castaño—verdosos, pero, probablemente, era lo mejor que tenía en su guardarropa para el funeral.

La conferencia, que consistía principalmente en preguntas por parte de Mandelbaum y respuestas por parte de Miss Estey y mías, tenía unos diez minutos de vida cuando me pareció que el terreno era propicio para mi charla y procedí en consecuencia.

—No le culpo a usted —dije a



Mandelbaum— por perder su tiempo e incluso el mío, porque ya sé que las nueve décimas partes de la investigación de un asesinato consisten en estar ladrando a los árboles vacíos; pero, ¿no cree usted que esto ya ha durado bastante? ¿Dónde estamos? Prescindiendo de cuáles sean los hechos, yo me retiro. Si Miss Estey los ha inventado, no me necesita usted a mí para que le ayude a intentar descubrir el porqué. Si ella está diciendo la verdad, y yo le hice esa oferta a título personal, usted ya se lo contó a Mr. Wolfe por teléfono, y será él el que se las entienda conmigo, y no usted. Si Wolfe me mandó para que yo le hiciera la oferta a Miss

Estey, como usted parece preferir creer, ¿para qué tanto barullo? Wolfe podría poner un anuncio en el periódico ofreciendo vender una transcripción de su charla con Mrs. Fromm a cualquiera que quisiera pagar el precio; lo cual no sería muy noble, y a usted no le gustaría. Pero, ¿de qué se le podría acusar? Yo he venido a petición suya, y ahora me gustaría regresar a casa e intentar convencer a mi patrón de que no tiene una víbora en su seno.

La cosa no resultó tan fácil como parecía, pero, después de otros cinco minutos, se me permitió marcharme sin tener que abrirme paso a tiros. Jean Estey no me dio ningún beso de

despedida.

En realidad yo no quería ir a casa, porque tenía que cenar temprano para poder encontrarme con Orrie Cather. Aproximadamente a las cinco, Orrie había venido a la oficina con un informe que parecía justificar el haber molestado a Wolfe en el invernadero, y yo le acompañé arriba. Wolfe gruñó un poco, pero le escuchó. El vendedor de «Boudet's» nunca había visto unos pendientes en forma de araña, de oro o cualquier otro metal, pero había facilitado a Orrie una lista de nombres de personas relacionadas con los fabricantes, importadores, mayoristas y detallistas, y Orrie había hablado con

ellos, sobre todo por teléfono. Hacia las cuatro de la tarde había estado a punto de informar que jamás había existido un pendiente en forma de araña en Nueva York, cuando el comprador de un mayorista le sugirió que hablase con Miss Grummon, la vendedora de la firma.

Miss Grummon le dijo que sí, que había visto un par de pendientes así y no deseaba ver ningún otro. Un día, hacía pocas semanas —no pudo fijar la fecha exacta—, caminando por la Calle 46, se había detenido para examinar un escaparate y allí estaban; dos grandes arañas doradas en una caja forrada de verde. Le parecieron horribles, no era

ciertamente un diseño que pudiera sugerir a sus patronos, y quedó sorprendida al verlos exhibidos por Julius Gerster, ya que la mayor parte de los artículos que ofrecía en su pequeña tienda demostraban un gusto excelente.

Hasta aquí todo bien. Pero Orrie había ido directamente a la tienda de Gerster y había dado un traspiés. Al principio todo fue bien, diciendo a Gerster que había visto unos pendientes en el escaparate y quería comprarlos, pero Gerster había cerrado el pico desde el principio. No negó que hubiera tenido un par de pendientes así en su tienda, pero tampoco lo admitió. Su posición, aclarada con el menor número

de palabras, fue que no recordaba haberlos tenido; y que, si los había exhibido en el escaparate, no recordaba cómo, o a quién se habían destinado. La posición de Orrie, aclarada ante Wolfe y ante mí con las suficientes palabras, era que Gerster era un maldito mentiroso y solicitaba permiso para rociarle con gasolina y prenderle fuego.

De modo que Orrie y yo debíamos visitar a Mr. Gerster en su casa aquella noche sin ser citados previamente.

Durante aquel día ocurrieron algunas otras cosas no dignas de mención — llamadas de Saúl Panzer y Fred Durkin, que no tenían nada nuevo que comunicar, y pequeños avisos de Lon Cohen—.

Algo que no había ocurrido sí debía mencionarse: no se había recibido ninguna noticia de un auto de desembargo por parte de James Albert Maddox. Nuestro abogado, Parker, se sentía aliviado.

Me encontré con Orrie a las ocho, en la esquina de la Setenta y Cuatro y Columbus, y caminamos hacia el este, cerca de Central Park Oeste, bajo una llovizna monótona que había comenzado a última hora de la tarde. Las casas de apartamentos de Nueva York pueden dividirse en dos clases, las que tienen dosel y las que no lo tienen. Ésta era un término medio. Allí estaban los puntales, desde la entrada hasta el

bordillo, pero no había lona cubriéndolos. En el vestíbulo le dijimos al portero: «Gerster», y continuamos caminando hasta el ascensor. El ascensorista nos indicó que era el 11 F.

Un muchacho de octavo, aproximadamente de la edad de Pete Drossos, nos abrió la puerta. Este chico iba limpio y aseado. En el momento de verle me olvidé de la estrategia que había decidido y escogí otra. Le dije a Orrie:

—Gracias por traerme. Te veré después. —Orrie tardó aproximadamente un segundo en entenderme, lo cual no estuvo mal. Respondió:



—No hay de qué —y se encaminó hacia el ascensor. El chico me había dado las buenas noches, yo se las devolví; le di a conocer mi nombre y le dije que deseaba ver a Mr. Julius Gerster. El chico respondió:

—Se lo comunicaré, señor. Espere, por favor —y desapareció. Yo no crucé el umbral. Pronto llegó un hombre y se me acercó sin decir palabra. Era algo más bajo que yo, y más viejo, con el rostro pequeño y pulcro y cabello negro peinado hacia atrás suavemente. Tan limpio y aseado como su hijo, o, por lo menos, quien yo creía su hijo.

Me preguntó, cortés pero fríamente:

—¿Quería usted verme?

—Me gustaría si no es molestia. Me llamo Goodwin y trabajo para Nero Wolfe, el detective. Quiero preguntarle algo sobre el asesinato de un muchacho... un chico de doce años llamado Pete Drossos.

Su expresión no cambió. Según comprobaría más tarde, nunca cambiaba.

—No sé nada sobre el asesinato de ningún chico —declaró.

Yo le contradije.

—Sí, sí lo sabe, pero no sabe que lo sabe. Su información puede ser esencial para el descubrimiento del asesino del muchacho. Mr. Wolfe cree que lo es. ¿Me permite usted cinco minutos para explicárselo?

—¿Es usted policía?

—No, señor. Soy detective privado.

El chico fue atropellado intencionadamente por un coche. Fue un brutal asesinato.

Se echó a un lado.

—Entre.

Me condujo, no por donde había venido, sino en la otra dirección, recorriendo un pasillo, hasta un pequeño cuarto que tenía todas las paredes cubiertas con libros y cuadros. En un rincón había un pequeño escritorio, una mesa de ajedrez junto a la ventana y dos sillas sin tapizar. Me indicó que me sentara en una, y, cuando estuve sentado, él se acomodó en la otra.

Le hablé de Pete, no con mucho detalle, pero sí con el suficiente para que se hiciera una idea: su entrevista con Wolfe y conmigo, su segunda visita al día siguiente pocas horas antes de que Stebbins viniera con la noticia de su muerte, y la visita de Mrs. Drossos para traer el mensaje y los cuatro dólares y treinta centavos. No puse énfasis, me limité a relatarlo. Después fui a por él.

—Hay algunas complicaciones —le dije— en las que no voy a entrar a menos que usted lo desee. Por ejemplo, Mrs. Laura Fromm llevaba unas arañas de oro como pendientes cuando la mataron el viernes por la noche. Sin embargo, yo recabo su colaboración

para saber quién mató al muchacho. La Policía no tiene nada en concreto. Ni tampoco Mr. Wolfe. En su opinión, la posibilidad más segura para buscar una pista está en los pendientes que Pete nos dijo que llevaba la mujer del coche. No hemos podido encontrar a nadie que haya visto a una mujer con semejantes pendientes —excepto Mrs. Fromm, naturalmente—, de modo que Mr. Wolfe decidió comenzar por el otro extremo. Encargó el asunto a un detective, un hombre llamado Cather, para que encontrase a alguien que hubiera vendido pendientes en forma de araña. Esta tarde, Cather estaba dispuesto a decidir que no existía tal persona o

firma en Nueva York, y entonces dio con ello. Una persona de confianza, que si es necesario se dará a conocer, le dijo que había visto un par en el escaparate de su tienda hace algunas semanas. Cather fue a verle, y usted le dijo que no recordaba nada.

Hice una pausa para darle una oportunidad de comentar, pero él no dijo nada. Su pequeño rostro atildado no expresó ninguna reacción.

Yo proseguí:

—Naturalmente, podría levantar la voz y ponerme duro. Podría decir que es increíble que usted poseyera recientemente un artículo tan poco usual en su tienda y que no recuerde nada al

respecto. Usted podría decirme que puede ser increíble, pero es cierto. Entonces, yo podría decirle que habrá que refrescar un poco su memoria; y ya que yo no tengo medios para hacerlo, tendré que pasar el encargo a alguien que sí los tiene: el inspector Cramer, de la Brigada de Homicidios, aunque la verdad es que me dolería mucho tener que hacer eso.

Me incliné hacia atrás, confiado.

—De modo que no voy a hacer nada de todo eso. Prefiero exponerlo ante usted por lo que vale. Ese chico fue asesinado por alguien a quien no había hecho ningún daño. Eso ocurrió hace cinco días, y todavía no se ha

descubierto ninguna pista. Posiblemente nunca se encontrará, a menos que localicemos a la mujer que conducía aquel coche. Ella llevaba los pendientes de araña, y, aparentemente, en Nueva York solamente se han visto un par de pendientes así en su escaparate hace menos de un mes. Le pregunto, Mr. Gerster, ¿no causa eso ningún efecto en su memoria?

El hombre se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Me lo pone usted muy difícil, Mr. Goodwin.

—Yo no. El hombre que mató a Pete es quien lo pone difícil.

—Sí, naturalmente. Yo no sabía nada



de eso. Normalmente no suelo leer los sucesos en los periódicos. Leí algo sobre la muerte de Mrs. Fromm, incluyendo el detalle de que llevaba los pendientes de araña. Tiene usted razón: son únicos. Los recibí a últimos de abril de París, enviados por un hombre que compra rarezas para mí y los incluyó en un embarque. Están hechos por Lercari.

—Y usted los puso en su escaparate.

—Así es. Esta tarde, cuando ese hombre... ¿cómo me dijo que se llamaba?

—Cather.

—Sí. Cuando Cather me preguntó sobre los pendientes preferí no recordar. Sospeché que se trataba de un policía

encargado de la investigación de la muerte de Mrs. Fromm, aunque yo no sabía que los pendientes eran tan importantes, y siento una profunda aversión hacia cualquier tipo de notoriedad. Sería muy desagradable ver mi nombre en un titular. Le quedaré muy agradecido si puede usted evitar que aparezca, pero no le pido que lo prometa. Si se necesita mi testimonio público, tendré que darlo. Yo vendí los pendientes en la tarde del lunes, día once. Una mujer que pasaba los vio en el escaparate y entró y los compró. Me pagó ciento cuarenta dólares, en un cheque. Era Mrs. Laura Fromm.

Hubiera sido toda una experiencia

jugar al póquer con aquel pájaro. Le pregunté:

—¿No tiene duda alguna al respecto?

—Ninguna. El cheque estaba firmado «Laura Fromm», y yo la reconocí por las fotografías que había visto. Me he sentido impulsado a contarle esto, Mr. Goodwin, después de lo que usted me ha dicho sobre la muerte de ese chico, aunque me doy cuenta de que eso no va a ayudar mucho, ya que Mrs. Fromm era la mujer que iba en el coche y está muerta.

Yo hubiera podido decirle que Mrs. Fromm no era la mujer que iba en el coche, pero había prometido a mi abuela

que nunca abriría la boca sólo para demostrarle a la gente cuánto sabía yo, de modo que callé. Le di las gracias y le dije que no creía que fuese necesario que su nombre apareciera en los titulares, y me levanté para marcharme. Cuando, ya en la puerta, le tendí la mano y él me la tomó cortésmente, su rostro tenía precisamente la misma expresión de antes, cuando me habló por vez primera.

Orrie se unió a mí abajo, en el vestíbulo. Esperó hasta que estuvimos en la acera, de nuevo bajo la llovizna, para preguntar:

—¿Le has sacado algo?

—Claro, no ha costado mucho. Me

ha dicho que esta tarde te lo hubiera contado con gusto, pero te pilló escamoteándole un brazalete en el bolsillo. Mrs. Fromm los compró, el once de mayo.

—La madre que... ¿Adónde nos lleva eso?

—Ésa no es mi función. Wolfe es el que piensa. Yo solamente hago los recados en los que tú has fallado.

Llamamos un taxi en Central Park Oeste y Orrie fue al centro conmigo.

Wolfe estaba en la oficina mirando la televisión, cosa que le encanta. Le he visto conectarla hasta ocho veces en una noche, estar mirándola de uno a tres minutos, desconectarla, y volver a su

libro. En cierta ocasión me dio una larga charla al respecto que a lo mejor me decido a escribir algún día. Cuando Orrie y yo entramos, Wolfe apagó el televisor.

Se lo conté. Al final añadí:

—Admito que me arriesgué. Si el chico no hubiera sido su hijo, sino un sobrino al que él hubiera querido ahogar, yo me hubiera hundido. Deseo advertir que, si damos a conocer esto a la Policía, dejemos su nombre fuera. Y Orrie quiere saber dónde quedamos nosotros con este dato.

Wolfe gruñó.

—También yo quisiera saberlo. Saúl llamó por teléfono. Ha comenzado algo,

pero no sabe realmente el qué.

—Ya te dije que le vi en la oficina *Assadip*.

—Sí. Se llama Leopold Heim y vive en un hotel barato de la Primera Avenida —aquí está; en mi bloc—. Tuvo una breve charla con Miss Wright, y otra con su ayudante, un tal Mr. Chaney. Les suplicó que le ayudaran. Entró ilegalmente en el país y está aterrizado ante el riesgo de que lo cojan y lo deporten. Ellos le han dicho que no pueden ser cómplices de una violación de la ley, y le aconsejaron que consultara con su abogado. Cuando él les dijo que no conocía a nadie le dieron el nombre de Dennis Horan. Ese arenque

finlandés estaba demasiado salado, y tengo sed. ¿Querrás cerveza, Orrie?

—Sí, gracias, beberé.

—¿Archie?

—No, gracias. Yo gusto a la cerveza, pero ella no me gusta a mí.

Pulsó un botón en el borde de su escritorio y prosiguió.

—Saúl fue a la oficina de Mr. Horan y le habló de su caso. Horan estuvo haciéndole muchas preguntas, tomando notas, y le dijo que se ocuparía de ello tan pronto como le fuera posible y que Saúl recibiría noticias suyas. Saúl se fue a su habitación del hotel y se quedó allí toda la tarde. A las seis salió para comer algo, y regresó. Poco antes de las



ocho tuvo una visita, un hombre. No le dio ningún nombre. Dijo que hacía ya algún tiempo que conocía el problema de Saúl, y que simpatizaba con él y deseaba ayudarlo. Pero, ya que habría que tratar tanto con la Policía como con el FBI, el asunto sería costoso.

Estimó que la cantidad total que se necesitaría, para impedir ser descubierto o la posible persecución, podría ser de hasta diez mil dólares.

Abrió el cajón para sacar el abridor de oro, que llevaba una inscripción de un ex cliente, abrió una de las botellas que Fritz había traído, y sirvió.

Cuando Fritz hubo abierto la botella de Orrie, Wolfe continuó.

—Naturalmente, Saúl protestó desesperado de que le sería imposible procurarse esa suma. El hombre estaba preparado a hacer concesiones. Dijo que no era necesario que se pagara de una vez, que serían aceptables unos plazos mensuales o semanales; que Saúl disponía de veinticuatro horas para explorar posibilidades; y que cualquier intento de huir sería desastroso. Dijo que volvería a la misma hora al día siguiente, y se fue. Saúl le siguió. Intentar semejante hazaña, seguir a un hombre en esas circunstancias, sería una locura para la mayoría de detectives, aunque estuvieran muy bien entrenados, e incluso para Saúl parecía arriesgado,

pero él lo consiguió. Le siguió hasta un restaurante en la Tercera Avenida, cerca de la Calle 14. El hombre estaba ahora en el restaurante, comiendo. Saúl me llamó por teléfono desde el otro lado de la calle hace veinte minutos.

Wolfe bebía cerveza. Yo había tenido la intención, para cuando él terminara, de prepararme un buen vaso de algo con alcohol para contrarrestar el recuerdo de la fría llovizna, pero ahora me lo prohibí. Podía ver a Saúl, y me veía con él, en algún hueco oculto fuera de la llovizna, en la Tercera Avenida, con los ojos clavados al otro lado de la calle, más allá de «El Pillars», pidiendo a Dios que este hombre no estuviera

telefoneando a algún compinche para que viniera a buscarle en coche. Tratándose de Saúl, era muy posible que él ya tuviera un taxi estacionado al final de la manzana, pero incluso así...

—Puedo utilizar el sedán —sugerí— y llevar a Orrie hasta Saúl, y esperar detrás en el coche. Entre los tres podríamos imitar perfectamente a Houdini.

Orrie se tragó la cerveza de un golpe, se levantó y murmuró:

—Vamos.

—Supongo que sí —Wolfe fruncía el ceño. Los hombres deseosos, incluso ansiosos, de salir a la calle y enfrentarse con el barullo de las calles, siempre le

descomponían. Y tanto peor si era por la noche. De noche, y bajo la lluvia, eso era como el extranjero. Suspiró.

—Adelante.

Sonó el teléfono. Wolfe no lo cogió, de modo que lo hice yo en mi escritorio.

—Residencia de Nero Wolfe, al habla Archie Goodwin...

—Soy Fred, Archie. El jefe también debería oír esto.

—¿Puedes ser breve?

—No, será cuestión de un ratito, y además voy a necesitarte. Estoy en...

—Un momento, espera. —Me volví—. Es Fred, y parece ser algo importante. Ve tú. La Décima Avenida es donde más fácilmente se puede

encontrar un taxi. Si Fred no me necesita más que Saúl, pronto me reuniré con vosotros. Si no es así, no vendré.

Wolfe dio a Orrie la dirección, y éste salió a toda prisa. Wolfe cogió su teléfono.

Yo le dije al receptor:

—Bien, Fred, Mr. Wolfe al aparato.

Wolfe pidió:

—¿Dónde estás?

—En una cabina en un *drugstore* de la Novena Avenida. Calle 55. Creo que he dado con algo. Esta mañana vi a ese sujeto de la *Gazette* a quien me envió Archie, y me dio muchos datos sobre Matthew Birch. Birch tenía diversos hábitos personales entre los que se

puede escoger, pero solía frecuentar un barucho de la Novena Avenida. «Danny's Bar and Grill», entre la Cincuenta y Cuatro y la Cincuenta y Cinco. El apellido de Danny es Pincus, y admite apuestas. Ese lugar no abre hasta las once; y, durante la primera hora, parecía un cementerio. Danny no apareció hasta la una. Yo no acampé, pero entraba y salía, preguntando a todo el mundo sobre Birch. Naturalmente, los polis han estado allí a menudo estos últimos días, y probablemente todos pensaron que yo era uno de ellos, hasta que finalmente decidí, qué demonios... Dije a un pequeño grupo que me llamaba O'Connor, y que lo que me estaba

fastidiando es que alguien me había dicho que habían visto a mi mujer con Birch en un coche el martes por la tarde, pocas horas antes de que la matasen. Un «Cadillac» gris oscuro con matrícula de Connecticut. Dije que el coche había estado estacionado delante del «Danny's Bar and Grill».

Wolfe gruñó.

—Eso era especificar demasiado.

—Supongo que sí, pero yo estaba tendiendo una trampa, y usted dijo que teníamos que proseguir basándonos en su suposición. Y alguien cayó. La mayoría de ellos no se interesaron, excepto para aconsejarme que me olvidara del asunto y buscara una nueva



esposa; pero, después, uno de ellos me llevó a un rincón y quiso que se lo contase. Era un tío listo, así que me expliqué lo mejor que pude. Finalmente, él me comentó que le parecía que me habían tomado el pelo, pero que había un tipo que podía informarme más ampliamente de Birch que nadie y si quería ver a ese sujeto, una buena hora sería entre las nueve y media y las diez de esta noche allí mismo, en «Danny's». Un tipo llamado Lips Egan.

—Ahora son las nueve y veintiocho.

—Ya sé que lo son. Iba a presentarme justo después de las nueve y media, pero comencé a pensar. ¿Has oído hablar alguna vez de Lips Egan,

Archie?

—No, que yo recuerde.

—Yo creo recordarlo. Creo que era un matón de Joe Slocum, en el muelle. Si se trata del mismo tío quizás enseñé demasiado las cartas, y van a pillarme. Creí que tú podrías andar por ahí; pero si no quieres, yo voy y hago mi papelito.

—Ve y haz tu papelito.

—De acuerdo. —No parecía entusiasmado.

—Pero espera a que yo llegue. ¿En qué lado de la Avenida está «Danny's?»

—Oeste.

—*O.K.* Muy bien. Yo salgo ahora. Me llevaré el sedán. Cuando veas que me paro al otro lado de la calle, entra en

«Danny's») y ve a tu cita. Yo estaré en el coche hasta que oiga que tú chillas o que echan tu cuerpo a la calle. Si sales acompañado, te seguiré, y si sales solo, dirígete al centro y sigue andando; y, tan pronto como me asegure de que nadie te sigue, te recogeré. ¿Entendido?

—Sí. ¿Cómo lo manejo?

—Bueno, según dice Mr. Wolfe, fuiste demasiado específico. Tú te lo has preparado, míster O'Connor, de manera que sigue el rollo. Yo te encontraré una nueva esposa.

—¿Alguna nueva instrucción, Mr. Wolfe?

—No. Proceda.

Colgamos. Del cajón en donde las

había colocado al regresar, cogí una pistola y una pistolera y me la puse. Wolfe estaba sentado con mala cara. La conmoción física y los preparativos para ella le irritaban; pero, como detective prácticamente admite la necesidad de poner a la gente —a mí por ejemplo— en situaciones en las que pueden ser agujereados, o acuchillados, o arrojados por un barranco. En vista de su animadversión por cosas semejantes, es muy generoso por su parte. Me coloqué un viejo sombrero, cogí un impermeable del armario del vestíbulo y me fui.

Después de sacar el sedán del garaje, y dar la vuelta a la esquina, crucé hasta al Décima Avenida y me

encaminé hacia la parte alta de la ciudad. La llovizna era más molesta, y había una gruesa neblina, pero las vacilantes luces de la Décima Avenida permitían, mal que bien, que uno pudiera avanzar de algún modo. Girando a la derecha en la Cincuenta y Seis, y de nuevo en la Novena Avenida, me acerqué al lado izquierdo y reduje. Había una tienda en la esquina de la Cincuenta y Cinco. Al lado, al otro lado de la calle, un neón en una ventana indicaba: «Danny's Bar and Grill». Me acerqué al bordillo, y me detuve antes de llegar a la altura de «Danny's», paré el motor y bajé la ventanilla de la derecha para poder ver a través de la

lluvia. Al cabo de medio minuto, Fred apareció en el lado opuesto, se encaminó a «Danny's», y entró. Eran las 9.49.

Inclinándome confortablemente disfrutaba de una buena vista de «Danny's» a través de la ventanilla abierta, excepto cuando pasaban coches, que estorbaban la visión, pero no eran muchos. Decidí esperar media hora, hasta las 10.29, antes de cruzar la calle y entrar para comprobar si Fred seguía intacto, pero no tuve que sufrir tanto rato. El reloj digital marcaba sólo dos minutos después de las diez cuando Fred salió con un hombre que era la mitad de él. El hombre tenía la mano derecha en

el bolsillo, y estaba al lado izquierdo de Fred; de modo que, por un momento, creí que se trataba del viejo juego del *convoy*, pero Fred se desvió entonces al otro lado de la acera, y el hombre se dirigió hacia la parte alta de la ciudad.

Fred se quedó en la acera, sin hacer ninguna señal, y yo permanecí quieto. El hombre giró en la Cincuenta y Cinco. Pasaron tres minutos, Fred allí de pie y yo sentado, y entonces se acercó un coche desde la Cincuenta y Cinco, giró en la Avenida, y se detuvo frente a Fred. El conductor era el que había salido con Fred, y estaba solo. Fred entró, sentándose a su lado, y el coche echó a andar.

Con el motor todavía tibio, no había dificultad. Yo estaba acostumbrado a ver de noche, e incluso en la llovizna podía seguirlo con una manzana de distancia entre los dos; y, con la anchura de la Novena Avenida y una sola dirección, podía mantenerme en mi lado, fuera del alcance de su espejo. Sin embargo, apenas había yo catalogado esos puntos en mi favor cuando el hombre abandonó la Avenida, girando a la derecha por la Calle 47. Yo hice una diagonal cruzándome delante de un camión de mil toneladas, y le hice desviarse. Lo tenía ahí delante. En la Décima Avenida, una luz roja lo detuvo, y yo frené bruscamente. Cuando la luz cambió, se



dirigió hacia la Décima; y, acababa yo de volver la esquina cuando le vi meterse, en medio de la manzana, por la entrada de un garaje. Cuando pasé por delante, él ya había desaparecido. Yo pasé, giré en la Cuarenta y Ocho y estacioné un pie por detrás de la línea de construcción; entonces, salí y crucé la avenida al lado Oeste.

El letrero rezaba: «Nunn's Garage». Se trataba de un viejo edificio de ladrillos, de tres pisos —nada notable en ningún aspecto—. Me acerqué a una entrada al otro lado, me adentré para protegerme de la lluvia y eché una ojeada. La luz interior era floja y no pude ver muy adentro. En los dos pisos

superiores no había ninguna luz. La única luz adecuada salía de un pequeño cuarto a la derecha de la entrada con dos ventanas. Allí había dos escritorios y algunas sillas, pero ninguna persona. Después de permanecer allí durante diez minutos y no ver señales de vida, decidí que la cosa no me gustaba, y que sería una buena idea tratar de descubrir por qué.

Después de ir a la esquina, cruzar la avenida y regresar por el otro lado, me detuve precisamente en mitad de la entrada para echar una mirada. No había nadie a la vista, pero, naturalmente, allí hubieran podido estar desplegadas varias brigadas entre la amalgama de

coches y autobuses. Me deslicé dentro hacia la izquierda, por detrás de un camión repartidor, y me detuve a escuchar. Se oían débiles ruidos de movimientos; y, entonces, alguien en la parte de atrás, comenzó a silbar *Oh, What a Beautiful Morning*. A medida que el silbido se aproximaba por la derecha, yo iba dando la vuelta hacia la parte trasera del camión. El sujeto acabó la tonadilla, pero sus pasos sobre el cemento seguían igual. Se mantuvo a la derecha —su izquierda— casi hasta la entrada, y entonces se abrió y cerró una puerta. Había entrado en la oficina.

Yo me moví aprisa, pero silenciosamente, cerca de la pared; y

después hacia el fondo por entre el laberinto de vehículos. Cuando los parachoques se tocaban yo daba la vuelta, antes que arriesgarme a tener un tomillo flojo bajo mi peso. A medio camino de atrás vi algo, la escalera de madera que ascendía cerca del rincón; me dirigía ya hacía allí, pero, al acercarme, me di cuenta y vi algo mejor. También había escalones que descendían; y, por la abertura, llegaba el sonido de unas voces. Una de ellas era de Fred. Fui allí y me detuve en la cima de la escalera, pero no pude captar ninguna palabra.

Sólo existe un medio de hacer un reconocimiento en semejantes

condiciones: no exponer los pies y las piernas antes de que los ojos tengan una oportunidad. Me tendí sobre mi costado izquierdo con el hombro por encima del primer peldaño, agarré al superior con la mano derecha, y, suavemente, fui descendiendo hasta que mis ojos estuvieron al nivel del techo del sótano. Al principio no vi sino otro laberinto de coches y fragmentos de coches, que se perdían en la oscuridad; pero, al torcer la cabeza, casi rompiéndome el cuello, vi y oí que las voces llegaban a través de la abertura de una puerta, en un muro que parecía ser la pared de un cuarto interior. La puerta estaba abierta, pero los de dentro no podían ver la escalera a

menos que se acercaran a la puerta para echar un vistazo.

Me puse de pie y bajé, aunque no tan aprisa. Todo lo que uno puede hacer en una escalera de madera es mantenerse a un lado, apoyando muy despacio el peso sobre cada pie, y rogando a Dios que el carpintero fuese bueno. Lo conseguí. El suelo del sótano era de cemento. Lo crucé ligero, tan callado como el propio silencio, hacia el primer coche a la derecha, y detrás del vehículo, y me deslicé entonces hasta el segundo, y el siguiente. Allí, agachado en las sombras, podía mirar directamente dentro de la habitación y escuchar lo que decían. Estaban sentados en una mesa de madera

en medio de la habitación; el tipo pequeño en el lado más lejano; le veía encarándome, y Fred a la izquierda, de perfil. Las manos de Fred estaban encima de la mesa. También las del tipo bajito, pero él tenía una pistola en una de ellas. Me pregunté cómo habría podido parar aquello, ya que Fred no es en modo alguno paralítico, pero eso podía esperar. Saqué el arma de la funda, y me sentí bien con ella en la mano. Con un coche para apoyarme, hubiera podido acertarle en cualquier milímetro cuadrado a voluntad.

El hombre estaba hablando:

—No, yo no soy de éstos. Un tipo que agujerea a un hombre por el único

placer de darle gusto al gatillo; ésos siempre acaban metidos en problemas. ¡Carajo! Sería mejor que no se disparase nunca contra nadie. Pero, como te he dicho, a Lips Egan no le gusta estar charlando con un hombre que lleve una pistola encima, y ése es su privilegio. Debe de estar al caer. Éste es el porqué de mi discurso —ten las manos quietas, voy a alzar las tuyas ahora y eres lo bastante grandote para destrozarme—, es para que no te hagas ilusiones de que yo no apriete el gatillo en algún momento. En este sótano podríamos instalar una galería de tiro. A lo mejor lo hacemos.

Por la manera en que sostenía el



arma, firme y segura, pero no tensa, el tío era un maldito mentiroso. Le gustaba hacer funcionar el gatillo. La mantuvo firme y segura mientras empujaba hacia atrás su silla, se erguía y daba unos pasos para colocarse a la espalda de Fred. Desde atrás resulta algo difícil quitarle la pistola con la mano izquierda a un hombre que la lleve en el sobaco izquierdo, pero ese sujeto lo hizo rápida y limpiamente. Yo vi que Fred apretaba la mandíbula; pero, con excepción de ese gesto, lo tomó como un auténtico caballero. El hombre retrocedió un paso, echó una mirada a la pistola de Fred y asintió con aprobación. La dejó caer en su bolsillo lateral, regresó a su

silla, y se sentó.

—¿Has estado alguna vez en Pittsburgh, Pensilvania? —preguntó.

—No —respondió Fred.

—Allí conocí una vez a un tipo que se hacía él mismo los cartuchos. No he visto nunca nada parecido. Él decía que su mezcla de pólvora tenía más fuerza, pero no era por eso; un maldito maníaco, eso es lo que era. Si alguna vez me pilló pensando algo así lo dejó todo y me voy a plantar patatas. Un par de años después oí que a ese tipo se lo cargaron en St. Louis, Missouri. Normal. Supongo que se olvidaría de poner el seguro.

Se echó a reír. Hasta aquel momento, yo no tenía ningún sentimiento personal

determinado hacia el hombre, pero aquella risa era abyecta.

—¿Has estado alguna vez en St. Louis, Missouri? —volvió a preguntar.

—No —respondió Fred.

—Tampoco yo. Creo que está cerca del Mississippi. Me gustaría ver ese maldito río. Un tipo me contó una vez que hay cocodrilos, pero tengo que verlos para creerlo. Hace unos ocho años, yo...

Sonó el timbre —dentro de la habitación, pensé yo—. Un timbrazo largo, dos cortos, muy juntos, y otro largo. El hombre se colocó junto a la pared, sin dejar de mirar ni apuntar a Fred, colocó el pulgar en un botón y lo

pulsó. Me pareció un sonido corto, dos largos, y uno corto. Entonces dio la vuelta hasta la puerta y se quedó de pie, con los pies separados, en el umbral, de cara a la escalera, pero con Fred metido de lleno en su campo de tiro. Al cabo de un momento se oyeron unos pasos arriba, y aparecieron entonces unos pies en la escalera, bajando. Yo me agaché totalmente, oculto detrás del coche. Era natural que un recién llegado diese un vistazo a su alrededor, y yo no estaba dispuesto a unirme al grupo.

—Hola, Mort.

—Hola, Lips. Estamos esperando.

—¿Está limpio?

—Sí, tenía una «S&W» debajo del

brazo tomando su temperatura.

Yo permanecí agachado hasta que los pasos del recién llegado se encaminaron a la puerta y entró; entonces me levanté lentamente hasta tener un ojo al nivel de la ventanilla del coche. Mort se había colocado en su anterior posición, y estaba de pie al lado de la silla. Lips Egan estaba de pie al otro lado de la mesa delante de Fred. Era bastante robusto, con los hombros caídos, y todo él gris, con excepción de su camisa azul: traje gris, corbata gris, cara gris, y algo de gris en su cabello oscuro. La punta de la nariz se inclinaba un poco hacia arriba.

—¿Te llamas O'Connor? —

preguntó.

— Sí —admitió Fred.

—¿Qué es eso sobre Matt Birch y tu mujer?

—Alguien me ha dicho que la vieron en un coche con él el pasado martes por la tarde. Me temo que me esté engañando. Por la noche mataron al tipo.

—¿Le mataste tú?

Fred sacudió la cabeza.

—Yo no supe que ella estaba con él hasta ayer.

—¿Dónde les vieron?

—El coche estaba aparcado delante de «Danny's». Por eso fui allá.

—¿Qué clase de coche?

—Un sedán «Caddy» gris oscuro,

matrícula de Connecticut. Mire, todo lo que yo quiero es saber lo de mi mujer. Quiero controlarla. Este hombre, Mort, sea quien sea, me dijo que a lo mejor usted podría ayudarme.

—Sí, a lo mejor puedo. ¿Dónde están sus cosas, Mort?

—No le he registrado, Lips. Estaba esperándote. Sólo le quité la pistola.

—Veamos sus cosas.

—Ve y abraza la pared —le ordenó Mort a Fred.

Fred se sentó.

—Primero —dijo— sobre ese nombre, O'Connor. Lo he dado porque no quería usar el mío estando envuelta mi mujer en ello. Me llamo Durkin, Fred

Durkin.

—Te he dicho que vayas a abrazar la pared. Allí, a tu espalda.

Fred se movió. Después de andar tres pasos yo tendría que correrme hacia la derecha para mantenerle en mi campo de visión, y mirar, además, por encima de la capota; no era interesante arriesgarme. Mort también desapareció. Llegaron unos débiles sonidos; y, después de un rato, la voz de Mort.

—Quédate en donde estás —y entonces le vi trayendo un surtido de objetos de los bolsillos de Fred, que colocó encima de la mesa. Eran los artículos que un hombre suele llevar encima, pero entre ellos reconocí el



sobre amarillo en donde estaban las fotografías que yo había entregado a Fred el día anterior.

Lips Egan, revisando el montón, se concentró en eso y en la cartera, y en el librito de notas. Se entretuvo con las fotos. Al hablar, la voz era muy diferente. No es que antes hubiera sido sociable, pero ahora sonaba maligna.

—Se llama Fred Durkin, y es un detective privado.

—¿Lo es? Sucio hijo de perra...

Se hubiera podido creer que Egan había dicho que era un traficante de drogas. Ordenó:

—Hazlo sentar otra vez.

Mort dio una orden, y Fred volvió

ante mi vista. Se dejó caer en la silla y habló.

—Mire, Egan, un detective privado tiene también su vida privada. Me contaron que mi mujer...

—Trágate esa historia. ¿Para quién estás trabajando?

—Se lo dije. Yo quería comprobar...

—Te he dicho que te la tragues. ¿De dónde has sacado estas fotos?

—Eso es otro asunto. Cuestión de negocios.

—Aquí hay una de Birch. ¿De dónde las has sacado?

—Creí que podría sacar algo en el asesinato de esa Mrs. Fromm, y buscaba

pistas.

—¿Para quién trabajas?

—Para nadie. Ya se lo he dicho.

—Mentira Dame la pistola, Mort, y ve a buscar cuerda y las tenazas.

Mort le entregó la pistola, se acercó a una cómoda al fondo, y abrió un cajón, volviendo con una pelota de cuerda gruesa y unas tenazas. Las tenazas eran de tamaño medio y tenían algo enrollado en las pinzas, aunque yo no distinguía qué era. Mort se colocó detrás de Fred.

—Pon las manos detrás.

Fred no se movió.

—¿Quieres que te dé con tu propia pistola? Pon las patas detrás.

Fred obedeció. Mort desenrolló un

trozo de cuerda, lo cortó con un cuchillo, se arrodilló e hizo un trabajo cuidadoso atando las muñecas de Fred, enrollando después los extremos de la cuerda al barrote de la silla, y los ató. Entonces cogió las tenazas. Yo no pude ver lo que hacía con ellas, pero tampoco lo necesitaba.

—¿Duele? —preguntó.

—No —replicó Fred.

Mort se echó a reír.

—Ten cuidado. Vas a responder a algunas preguntas. Si te excitas y comienzas a moverte podrías perder un dedo, así que vigila. Todo a punto, Lips.

Egan estaba sentado al otro lado de Fred, con la mano que sostenía la pistola

apoyada encima de la mesa

—¿Para quién trabajas, Durkin?

—Ya se lo he dicho, Egan, para mí.

Dígame usted si vio a mi mujer con Birch o no. Eso es todo lo que quiero saber.

Fred acabó la frase, pero dio un respingo y se quedó callado de golpe. Supongo que yo hubiera resistido un ratito, quizás hasta dos minutos, y hubiera sido instructivo comprobar cuánto podía resistir Fred; pero, si se rompía un dedo, Wolfe tendría que pagarle la factura del médico, y a mí me gusta proteger los intereses de mi patrón. De modo que me deslicé hacia la derecha, sosteniendo la pistola, y

disparé. Para entonces, utilizando todo el músculo que poseía, ya me había plantado de un salto frente al coche y estaba corriendo hacia la puerta.

Yo vi que Mort había dejado caer en su bolsillo izquierdo la pistola de Fred; y, a menos que fuese zurdo, calculé que eso me daría unos tres segundos, sobre todo pensando que Mort estaba de rodillas. Pero no esperó a levantarse. Cuando yo llegué a la puerta, Mort se había lanzado colocándose detrás de Fred. Yo me dejé caer plano; y, desde allí, mirando por debajo del asiento de la silla de Fred, vi cómo su mano izquierda emergía de su bolsillo con la pistola. Yo me había dejado caer con la

mano y pistola extendidos delante de mí en el suelo, y apreté el gatillo. Después, me puse de nuevo en pie, o, mejor dicho, me lancé al aire, cayendo detrás de la silla de Fred. Mort, de rodillas todavía, intentaba alcanzar la pistola en el suelo, a medio metro de distancia, con la mano derecha. Le di un puntapié en la barriga y observé cómo empezaba a desmoronarse; después, me volví rápidamente para enfrentarme con Egan. Estaba a unos tres metros hacia el fondo, inclinándose para coger su arma. Si hubiera sabido en qué condición estaba me hubiera quedado de pie contemplándole. Según supe después, la bala no le había tocado. Había golpeado

el cilindro de la pistola, arrancándola de su mano, y él la había estado sosteniendo con tanta fuerza que la mano perdió el tacto; ahora intentaba coger el arma, pero no podía. Puesto que yo desconocía todo eso, me lancé contra él, le estreché contra la pared y recogí el arma; entonces oí ruido detrás de mí y me volví.

De alguna manera, Fred había conseguido acercarse, silla incluida, hasta donde estaba la pistola, y allí se encontraba sentado, con ambos pies encima del arma. Mort estaba en el suelo, retorciéndose.

Yo me erguí, jadeante; temblaba todo mi cuerpo.



—¡Santo cielo! —exclamó Fred.

Yo no pude pronunciar palabra. Egan estaba de pie, apretado contra la pared y frotando su mano derecha con la izquierda. La mano izquierda de Mort sangraba. Yo seguí de pie, jadeando un poco. Cuando casi conseguí detener el temblor, puse la pistola de Mort en mi bolsillo, saqué mi cuchillo, me acerqué a Fred y corté la cuerda.

Fred quitó los pies de encima de su pistola y la recogió; entonces se levantó e intentó hacerme una mueca burlona.

—Tú te tumbas y haces una siestecilla.

—Claro. —Casi había recuperado la respiración normal—. Ese pájaro de ahí

arriba debe de estar muerto de curiosidad, de modo que iré a ver. Tú mantén a esos dos quietos.

—Deja que yo vaya. Tú ya has hecho tu parte.

——No, voy a echar un vistazo. Vigila a estos bebés.

—Tranquilo.

Salí de la habitación y me dirigí al pie de la escalera; allí, de pie, escuché. Nada. Con la pistola en la mano y la cabeza inclinada, tuve mis dudas sobre la amenaza que pudiera representar el tipo del garaje, y contaba con que, seguramente, Lips Egan no debía de haber venido solo. Ya que acababa de demostrar, ante testigo, que yo era un

hombre de pelo en pecho, me proponía mantenerme con vida para disfrutar del aplauso. De modo que, cuando mis ojos llegaron al nivel del suelo, me detuve otra vez para mirar y escuchar. Nada todavía. Seguí hacia arriba llegando al cemento. El camino que había seguido al venir era tan bueno como cualquier otro, de modo que avancé entre el laberinto de coches y camiones. Deteniéndome y continuando, después de unos pocos pasos ya estaba a medio camino de la entrada. Entonces me di cuenta de que allí había alguien, no muy lejos, hacia la derecha. Eso sucede frecuentemente. Algunas veces es posible incluso que se sepa por el olor, pero yo creo que el

conocimiento llega a través de las orejas o de los ojos, agudizados como estaban, tan débilmente, que sólo uno mismo podía apreciarlo. Sea como fuere, allí había alguien. Me detuve, y me agaché.

Me quedé allí inmóvil, pegado a un camión, muy atentos ojos y oídos, durante diez horas. De acuerdo, fueron diez minutos. Era suficiente. Comencé moviéndome un pie por minuto, retrocediendo hacia la parte trasera del camión. Quería ver al otro lado de la parte posterior. Me llevó todo el tiempo del mundo, pero finalmente lo conseguí. Quedé allí de pie, escuchando, y después alargué el cuello poniendo mi ojo justo más allá del borde del camión.

Allí estaba el hombre, de pie, a un distancia de la longitud de mi brazo, mirándome fijamente. Antes de que pudiera moverse saqué del todo mi cabeza.

—Hola, Saúl —susurré.

—Hola, Archie —me susurró como respuesta.

# CAPÍTULO XII

Salí por la esquina del camión.

—¿Dónde está el guardián? —  
murmuré.

—Orrie lo llevó a la oficina y lo ató.  
Ahora, Orrie está vigilando cerca de la  
entrada.

Dejé de murmurar.

—Hurra... Voy a recomendar que te  
aumenten la asignación. ¿Seguiste a Lips  
Egan hasta aquí?

—No sé su nombre, pero sí le  
seguimos hasta aquí. Entonces creímos  
que era mejor entrar cobijándonos de la

lluvia; el vigilante nos vio y tuvimos que hacerle callar. Después oímos dos disparos, y yo empecé a investigar; te olí a ti y me detuve a reflexionar. Realmente, haces mucho ruido al caminar.

—También tú. Nunca oí tanto barullo. Puedes hablar tan alto como quieras. Egan está en el sótano con un amigo, y Fred está ahí procurando que no hagan travesuras.

Saúl no se sorprende fácilmente, pero esta vez lo conseguí.

—¿Es cierto eso?

—Ven a verlo.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Radar?

—Oh, bueno. Normalmente me

encontrarás allí donde se me necesite. *Redaños* Goodwin. Ya te lo contaré después; ahora tenemos algo que hacer. Vayamos a hablar con Orrie.

Abrí el camino y Saúl me siguió. Orrie estaba de pie, no muy lejos de la entrada. Al verme, se le agrandaron los ojos.

—¡Pero, qué demonios! ¿Qué haces tú aquí?

—Después. Fred está abajo vigilando a dos tipejos. Saúl y yo vamos a bajar para una partida de pinnacle. Aquí puede producirse cualquier clase de acontecimiento, de modo que vigila. ¿Está conforme el vigilante del garaje?

—Saúl y yo le dimos el visto bueno.



—Bien. Nuestras vidas están en tus manos, de modo que duérmete. Vamos, Saúl.

En el cuarto, en el sótano, Fred tenía controlada la situación. Estaba en la silla que antes había ocupado Mort, encarado hacia la puerta. Mort estaba tumbado de espaldas, cerca de la pared de la izquierda, con los tobillos atados, con Egan cerca, sentado en el suelo y apoyado contra la pared, con los tobillos igualmente sujetos. La aparición de Saúl a mi lado causó cierto revuelo.

—De modo que es eso lo que te llevó tanto rato —comentó Fred, nada complacido—. ¿Necesitamos un ejército?

—No —dije a Fred—. Yo no le llamé. Estaba ya ahí arriba, llegó siguiendo a Egan. Orrie también está ahí. Somos los dueños del lugar.

—¡Por todos los diablos...! Déjame ver la pistola de Mort.

La saqué de mi bolsillo y se la entregué, y él la examinó.

—Sí, ya pensé que sería esto, aquí en el cilindro. No tocaste a Egan. La mano de Mort está algo pachucha, pero la he envuelto en un pañuelo y aguantará un rato. Le hiciste subir el estómago a la garganta con tu puntapié, y yo le he dicho que esté sentado un ratito para que le vuelva a su sitio, pero el tío prefiere descansar.

Crucé el cuarto encaminándome hacia Mort, me agaché y le di un vistazo. No tenía buen color, pero los ojos estaban abiertos y nada vidriosos. Le di unos suaves golpecitos en el abdomen y le pregunté si le dolía. Sin ni siquiera parpadear, me envió a no sé qué sitio vulgar, de modo que me levanté, me acerqué a Egan y le miré sin inclinarme. Saúl se unió a mí.

—Me llamo Archie Goodwin —le dije—. Trabajo para Nero Wolfe. Como mis amigos. Eso es lo que tú querías arrancar de Fred Durkin, de modo que ahora la cosa ya está resuelta y nos ha llegado el turno a nosotros. ¿Para quién trabajas tú?

No me respondió. Ni tan siquiera tuvo la cortesía de mirarme, sino que siguió mirándose los tobillos. Yo le dije a Saúl:

—Yo vaciaré a éste, y tú te ocupas del otro —y procedimos. Llevé mi cosecha a la mesa y Saúl trajo la suya. De la contribución de Mort no había nada digno de reseñar, como no fuera un permiso de conducir a nombre de Mortimer Ervin. En el montoncito de Egan, sin embargo, había un artículo que prometía de verdad: un librito de notas de hojas sueltas, de cuatro por siete aproximadamente, de unas cien páginas, y en cada página más o menos una docena de nombres y direcciones. Eché

un rápido vistazo a las hojas. Los nombres tenían en común cierto sabor, y las direcciones eran todas del área metropolitana. Lo entregué a Saúl, y mientras él le echaba una mirada, me acerqué a la cómoda, la única pieza del mobiliario en la habitación que hubiera podido contener algo, y la revisé. No encontré nada de interés.

Saúl me dio una voz:

—La última anotación que hay aquí corresponde a Leopold Heim, con la dirección.

Me acerqué y le di una ojeada.

—Eso es interesante. No lo había notado. —Deslicé el librito en mi bolsillo lateral, aquel que no contenía la

pistola de Mort, y me encaminé hacia Egan. Él me miró oblicuamente, una mirada realmente maligna, y retomó a sus tobillos.

Me dirigí a él:

—Si en ese librito hay un millar de nombres, y si cada uno de ellos donó diez de los grandes, esto representaría diez millones de pavos. Supongo que eso es exagerado, pero descuenta de eso un noventa por ciento, y queda todavía una bonita suma. ¿Quieres hacer algún comentario?

Ninguna respuesta.

—Disponemos de toda la noche — dije—, pero debería aclararte que aunque no aprobamos las operaciones

de chantaje, especialmente de este tipo, no es eso en lo que estamos trabajando. Nos ocupamos de un asesinato, o quizá debería decir, de tres asesinatos. Si te pregunto sobre este tipo de operación es únicamente para tratar de esclarecer los asesinatos. Por ejemplo, ¿estaba Matthew Birch en el asunto contigo?

Alzó bruscamente la barbilla, y rugió a Saúl:

—¡Pequeño gusano asqueroso!

Yo asentí.

—Ahora que has soltado eso, y te sientes mejor: ¿estaba Birch en el asunto contigo?

—No.

—¿Quién te dio la información

sobre Leopold Heim?

—Nadie.

—¿Cuánto te corresponde a ti de la pasta, y quién se queda con el resto?

—¿Qué pasta?

Yo me encogí de hombros.

—De modo que quieres juerga, ¿eh? Cógeme los brazos, Saúl.

Yo le cogí los tobillos y lo llevamos arrastrando al muro opuesto, dejándole a lo largo de un pequeño mueble que sostenía un teléfono. Comenzó a retorcerse para apoyarse contra la pared, pero yo le dije a Saúl:

—Mantenlo plano mientras yo compruebo si este teléfono está conectado —alcé el receptor y marqué



un número. Después de dos zumbidos, una voz respondió:

—Nero Wolfe al habla.

—Archie. Sólo estoy probando un teléfono.

—Es medianoche. ¿Dónde demonios estás?

—Estamos reunidos, los cuatro, operando en un garaje de la Décima Avenida. Tenemos clientes que esperan y estoy demasiado atareado para poder hablar. Ya sabrás de nosotros después.

—Me voy a la cama.

—Claro. Que duermas bien.

Volví el receptor al soporte, levanté el instrumento e hice correr el mueble junto a la pared, quitándolo de en medio;

entonces, coloqué el aparato en el suelo, a un pie de los hombros de Egan, que seguía tumbado, y grité a Fred:

—Trae ese rollo de cuerda.

Fred vino con el rollo, preguntando:

—¿El entrelazado?

—Exacto. Un trozo de unos dos metros y medio de longitud.

Mientras Fred lo cortaba, yo le expliqué a Egan:

—No sé si sabrás cómo funciona esto. Es un método científico para estimular las cuerdas vocales. Cuando empiece a no gustarte, ahí tienes el teléfono. Puedes llamar, ya sea a la comisaría de Policía, Canal seis dos mil, o a la Comisaría del Distrito

Dieciséis, Círculo seis, cero, cuatro, uno, seis, que está muy cerca de aquí. Pero no intentes llamar a ningún otro número. Si llamas a la Policía desconectaremos el invento y tú podrás contarles lo que desees sin interferencia ninguna. Eso está garantizado. De acuerdo, Saúl, aguanta sus hombros. Aquí, Fred.

Nos agachamos junto a los tobillos de Egan, uno en cada lado. No era complicado, pero es algo delicado si el paciente tiene frágiles los huesos. Primero se dobla la cuerda y se anuda alrededor del tobillo izquierdo. Después cruzas las piernas, la derecha sobre la izquierda, y colocas el dedo gordo del

pie derecho debajo el tacón del izquierdo y alrededor hasta su lado derecho. Para ello hay que doblar las rodillas. Empujar el tobillo derecho hacia abajo todo lo posible, casi al nivel del tobillo izquierdo, y enrollar la cuerda doblada por encima de ambos, tres vueltas apretadas; tirar un poco, y ya está. Si se cogen los extremos libres de la cuerda y se da un buen tirón hacia abajo, alejándolo de los pies, es probable que el paciente se desmaye, de modo que eso no debe hacerse. Incluso un tirón suave es desaconsejable. Simplemente se pone tirante la cuerda para mantener la tensión. Entretanto, tu colega sujeta los hombros del paciente y

los mantiene quietos en su sitio, aunque sin su concurso se sigue teniendo el total control. Si tiene dudas, pruébelo.

Con Saúl en los hombros y Fred al extremo de la cuerda, yo traje una silla y me senté, contemplando la cara de Egan. Éste disimulaba ante mí.

—Esto te duele más a ti que a mí — le dije—; de modo que, cuando quieras llamar a la Policía, me lo dices. Si estás demasiado incómodo para girar el disco, yo cortaré la cuerda. Un poco más apretado, Fred, sólo un poquito. ¿Estaba Birch con vosotros?

Esperé diez segundos. Retorcía la cara y respiraba de prisa.

—¿Viste a Birch en aquel coche en

la tarde del martes?

Cerraba los ojos, e intentaba mover los hombros. Otros diez segundos.

—¿Quién os informó sobre Leopold Heim?

—Quiero hablar con la Policía — pidió roncamente.

—Muy bien. Corta, Fred.

En vez de cortar, Fred deshizo la ligadura, desenrolló una vuelta, y puso el dedo izquierdo debajo del talón. Egan comenzó a masajear sus rodillas, lenta y cuidadosamente.

—Nada de gimnasia —le dije—. Marca.

Se puso de costado, alzó el receptor y comenzó a marcar. Saúl y yo

vigilábamos. Marcó el número adecuado; CA—6—2000. Oí que alguien le respondía, y él dijo:

—¿Comisaría de Policía? —

Entonces dejó caer el receptor y me dijo —: Hijo de perra, ¿lo harías?

—Ya lo creo —le respondí—. Te lo aseguro. Antes de que te estimulemos otra vez, dos aclaraciones. Sólo te queda otra oportunidad para llamar a la Policía. Podrías estar así toda la noche. Segunda: sería muy sensato que ahora hablaras. Si das por seguro que tu librito de notas irá a la Policía de todos modos, estás equivocado. Yo se lo contaré a Mr. Wolfe, y él está trabajando en un asesinato, y no creo que quiera entregar

toda esa gente a la Ley. Ése no es su estilo. No hago ninguna promesa, simplemente te lo digo. De acuerdo, Fred. Sostenlo, Saúl.

Esta vez lo hicimos al revés, cruzando su pierna izquierda sobre su derecha, y dimos las vueltas algo más fuertes. La reacción se produjo con más rapidez y fuerza. A los diez segundos comenzó a torcer la cara. Diez más y su frente y su cuello estaban húmedos de sudor. Su cara gris se volvió más gris, y sus ojos se agrandaron y comenzaron a saltar. Estaba a punto de pedirle a Fred que lo aflojara un poco, cuando Egan jadeó:

—¡Soltad!



—Un poquito, Fred. Aguántalo ahí.  
¿Estaba Birch metido en el asunto?

—¡Sí!

—¿Quién es el jefe?

—Birch era el jefe. ¡Quítame esa cuerda!

—Dentro de un momento. Es mejor que las tenazas. ¿Quién es el jefe ahora?

—No lo sé.

—Mentira. Mejor será mantener ahí la cuerda un poco más. ¿Viste a Birch en un coche con una mujer el pasado martes por la tarde?

—Sí, pero no estaba aparcado frente a «Danny's».

—Aprieta un poco más, Fred.  
¿Dónde estaba?

—Corría por la Undécima Avenida hacia la Cincuenta.

—¿Un sedán «Caddy» gris oscuro con matrícula de Connecticut?

—Sí.

—¿Era el coche de Birch?

—Nunca antes lo había visto. Pero Birch también trabajaba con una banda de ladrones de coches. Naturalmente, ese «Caddy» era robado. Todas las cosas en las que Birch metía la mano ardían.

—Claro, por eso ahora está muerto. ¿Quién era la mujer que estaba con él?

—No lo sé. Yo estaba al otro lado de la calle y no la vi. Quitadme la cuerda. ¡No diré más hasta que me la

quitéis!

Respiraba de prisa otra vez, y su rostro estaba más gris, de modo que le dije a Fred que le diera un respiro. Cuando le desatamos las piernas, Egan intentó doblarlas, después quiso estirarlas, y decidió finalmente posponer cualquier intento de moverlas.

Yo proseguí.

—¿No reconociste a la mujer?

—No.

—¿Podrías identificarla?

—No lo creo. Pasaron de largo.

—¿A qué hora pasó todo eso?

—Hacia las seis y media, quizá algo más tarde.

Lo acepté, por lo menos de

momento. Pete Drossos había dicho que eran las siete menos cuarto cuando la mujer del coche le había pedido que buscara un policía. Casi me fastidiaba hacer la siguiente pregunta, por temor a que Egan se descalificara contestando erróneamente.

—¿Quién conducía? ¿Birch?

—No, era la mujer. Eso me sorprendió. Birch no era del tipo que dejara que una mujer condujera.

Hubiera podido besar a ese piojo. Había apostado veinte a uno en la suposición de Wolfe. Tuve ganas de sacar las fotos de Jean Estey, Angela Wright y Claire Horan del sobre de Fred y preguntar a Egan si la mujer del coche

se parecía a alguna de ellas, pero renuncié. Él había dicho que no podría identificarla; y, ciertamente, no iba a poder soportar más de lo que ya había soportado.

Le pregunté entonces:

—¿A quién entregas la pasta?

—Birch.

—Ha muerto. ¿A quién ahora?

—No lo sé.

—Creo que hemos sacado la cuerda demasiado de prisa. Si Leopold Heim te hubiese pagado los diez grandes, o parte de ellos, ¿qué hubieras hecho con ellos?

—Guardarlos hasta recibir instrucciones.

—¿Instrucciones de quién?

—No lo sé.

Me levanté.

—La cuerda, Fred.

—¡Espera un momento!—suplicó

Egan—. Me has preguntado quién me informó sobre Leopold Heim. Obtuve información por dos conductos, directamente por Birch, y por teléfono. Una mujer me llamaba y me informaba.

—¿Quién?

—No lo sé. Nunca la vi.

— ¿Y cómo sabías que no era una trampa? ¿Por la voz?

—Conocía su voz, pero había además una contraseña.

—¿Cuál?

Egan apretó los labios.

—No vas a utilizarla nunca más —le aseguré—, de modo que suéltala.

—«Le dijo la araña a la mosca.»

—¿Qué?

—Ésa es la contraseña. Así es cómo obtuve la información sobre Leopold Heim. Tú me has preguntado a quién entregaría la pasta ahora que Birch está muerto. Yo supuse que ella me llamaría por teléfono y me lo diría.

—¿Por qué no te lo dijo cuándo te llamó para darte la pista sobre Heim?

—Yo se lo pregunté, y ella me dijo que me respondería más adelante.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿A qué número la llamas por

teléfono?

—Yo nunca la llamo. Birch era mi contacto. Ahora mismo no sabría cómo ponerme en contacto con ella.

—¡Y un rábano! Ya volveremos a eso cuando tengamos que estimularte. ¿Por qué mataste a Birch?

—Yo no le maté. No soy ningún matón.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

Me senté.

—Como ya te he dicho, lo que a mí me interesan son los asesinatos. Con esa cuerda podríamos exprimarte los riñones, pero eso no nos ayudaría en nada, nosotros solamente queremos



hechos, y los hechos podemos comprobarlos. Si tú no mataste a Birch, y no sabes quién lo hizo, dime exactamente cómo conseguiste los datos, y no...

Sonó un zumbido. Me levanté de la silla. Dos cortos, uno largo, y uno corto. Dije, tenso:

—Amordazadlos.

Saúl apretó una mano contra la boca de Egan, y Fred se ocupó de Mort. Yo me acerqué a la pared, hasta el pulsador que vi apretar a Mort, y pulsé. La secuencia probable era: uno corto, dos largos y otro corto. No sería la respuesta adecuada esta vez, pero servía como cualquier otra, *ad lib*. Entonces salí de

la habitación, y, con la pistola a punto, me quedé a tres pasos de distancia del pie de la escalera. Oí una voz arriba, débilmente, y después silencio. Después unos pasos, al principio casi inaudibles, y más fuertes cada vez. Llegó entonces hasta mí la voz de Orrie.

—¿Archie?

—Sí. Presente.

—Te traigo compañía.

—Excelente. Cuantos más mejor.

Los pasos llegaron a la cima de la escalera y comenzaron a descender. Vi unos zapatos negros muy brillantes, unas perneras de pantalón azul marino, bien planchadas, y después una chaqueta; y, para coronarlo, el rostro de Dennis

Horan. La cara era muy expresiva. Detrás de él se hallaba Orrie con su pistola a la vista.

—Un saludo —dije yo.

Horan no habló, así que me volví hacia Orrie.

—¿Cómo llegó?

—En un coche, solo. Entró en él y yo le dejé pasar libremente, como el que no quiere la cosa. Él me echó un vistazo, pero no dijo palabra, y se dirigió a un botón que hay en una columna y apretó.

Cuando sonó un zumbido yo creí que ya era el momento de intervenir, de modo que le mostré mi arma y le dije que caminase. El que pulsó aquel timbre puede estar...

—Arreglado. Fui yo. ¿Le has registrado?

—No.

Me encaminé hacia Horan y le palpé en los lugares habituales... y en algunos que no lo eran tanto.

—De acuerdo. Vuelve arriba y atiende a nuestros clientes. —Orrie se fue y yo grité—: ¡Saúl! Saca el bozal, átales los tobillos y ven aquí.

Horan comenzó a dirigirse hacia la puerta del cuarto. Yo le agarré el brazo y le hice dar una vuelta. Él intentó deshacerse de mí, y yo le retorcí el brazo.

—No crea usted que no lo voy a tomar en serio —le dije—. Conozco el

número para pedir una ambulancia.

—Sí, *es* serio —afirmó. Su fina voz de tenor necesitaba engrase—. Lo bastante serio para acabar con usted, Goodwin.

—Quizá, pero en este momento yo tengo la sartén por el mango, y eso se me ha subido a la cabeza, de modo que cuidado. —Saúl salió—. Le presento a Saúl Panzer. Saúl, éste es Dennis Horan. Más tarde le invitaremos a la conferencia, primero quiero hacer una llamada telefónica. Llévatelo a la pared más alejada. No le desfigures a menos que él insista. No va armado.

Me acerqué al cuarto, entré y cerré la puerta. Fred estaba sentado en la

mesa, dándose masaje en un dedo, y los otros dos estaban como los dejé. Coloqué el pequeño mueble en el lugar que ocupaba antes, cogí el teléfono y lo puse encima, me senté y marqué. Esta vez sonaron más zumbidos para conseguir resultados. Después, únicamente se oyó un murmullo malhumorado.

—Archie. Necesito consejo.

—Estoy dormido.

—Ve a salpicarte la cara con agua fría.

—Dios mío. ¿De qué se trata?

—Cómo te he dicho antes? estamos aquí los cuatro, en un garaje. Tenemos a dos tipejos en un cuarto del sótano. Uno

de ellos es un bípedo llamado Mortimer Ervin, que probablemente no tiene nada para nosotros. El otro se llama Lips Egan. En su permiso de conducción, su primer nombre es Lawrence. Ése es el tipo que visitó a Saúl en el hotel. Saúl y Orrie le siguieron hasta aquí. Es una joya. Llevaba encima un librito de notas, que ahora está en mi bolsillo, con unos mil nombres y direcciones de parroquianos; su última anotación es Leopold Heim, de modo que saca tus propias conclusiones. Le hemos estimulado un poco, y el tipo ha dicho que Matthew Birch era el jefe de la pandilla, pero yo no le creo. Sí creo en cambio que vio a Birch en aquel

«Cadillac», el martes por la tarde, con una mujer al volante. No me creo que no reconociera a la mujer y no pudiera identificarla. No es que...

—Sigue con él. ¿Por qué me molestas en mitad del trabajo?

—Porque hemos sido interrumpidos. Dennis Horan entró en el garaje, arriba. Sabía la contraseña para entrar, tocando un timbre, y

Orne le atrapó y le ha traído aquí abajo. No me oye, pero los otros dos están aquí, cerca de mí. Quiero tu opinión sobre todo esto y sobre cuánto debemos estimular a un miembro de la abogacía. Naturalmente, él ha venido a ver a Egan, y está metido en el ajo, pero



no lo tengo por escrito.

—Mr. Horan, ¿le habéis hecho daño?

—Casi no le hemos tocado.

—¿Todavía no le habéis interrogado?

—No. Primero he querido llamarte.

—Muy satisfactorio. Espera a que me despeje.

Así lo hice. Pasó un minuto entero, quizá más, antes de que su voz llegase de nuevo hasta mí.

—¿Cómo estáis distribuidos?

—Fred y yo estamos en el cuarto del sótano con Ervin y Egan. Saúl tiene a Horan fuera. Orrie está arriba para recibir a los visitantes.

—Haz entrar a Mr. Horan y discúlpate.

—¡Oh, vaya! Sé compasivo.

—Lo sé, pero es un abogado y no vamos a darle cartas para que pueda jugar. ¿Han enseñado Ervin o Egan alguna arma?

—Los dos. A Fred. Le quitaron su pistola, le ataron a una silla, y estaban retorciéndole los dedos con unas tenazas cuando yo los interrumpí.

—Bien. En este caso los tienes doblemente atrapados; intento de chantaje a Saúl y asalto con un arma a Fred. Ahí van las instrucciones.

Me las dio. Algunas eran demasiado esquemáticas y le pedí que me las

detallase. Finalmente, le dije que creía estar al corriente. Para terminar me dijo que me guardase el librito de notas de Egan, que no lo mencionara a nadie, y que lo pusiera en la caja fuerte tan pronto como llegase a casa. Yo colgué y me fui a la puerta, que abrí, y le pedí a Saúl que hiciera entrar a Horan.

El rostro de Horan no estaba igualmente expresivo. Por lo visto había decidido ya qué línea tomar, y ésta requería cara de póquer. Se sentó, como un corderito, no mostrando ningún interés por Egan o Ervin, más allá de unas ojeadas a las figuras tumbadas en el suelo, en el momento de entrar.

Me dirigí a Horan.

—Si usted me perdona, Mr. Horan, tengo que decir algo a estos dos hombres. ¿Estás escuchándome, Ervin?

—No.

—Como quieras. Has asaltado a Fred Durkin con un arma cargada, y le amenazaste con un par de tenazas. ¿Estás escuchando, Egan?

—Le oigo.

—También tú cometiste asalto, con el arma que yo hice saltar de tu mano con mi disparo. Además, intentaste chantajear a Saúl Panzer, otro delito. Si me dejara llevar de mis instintos, telefonaría a la Policía para que viniera y se os llevaran a los dos, pero yo trabajo para Nero Wolfe y es posible,

sólo posible, que él piense de otro modo. Quiere haceros algunas preguntas, de modo que voy a llevaros a su casa. Si preferís ir a la Comisaría, decidlo, pero ésa es vuestra única alternativa. Si intentáis escapar os podéis llevar una sorpresa.

Me volví hacia el abogado.

—En cuanto a usted Mr. Horan, le presento nuestras más sinceras excusas. Estábamos bajo una fuerte tensión, por el encuentro con estos dos tipejos, y Orrie Cather, al igual que yo, se mostró demasiado ansioso. Acabo de hablar con Mr. Wolfe por teléfono y me ha dicho que le manifieste cuánto lamenta la manera en que sus empleados le han

tratado a usted. Creo que también debería excusarme por otra cosilla. Cuando le presenté ahí fuera a Saúl Panzer, olvidé que él ya había estado en su oficina hoy mismo bajo el nombre de Leopold Heim. Eso debió de resultar algo confuso. Eso es todo, a menos que quiera usted añadir algo. Siga usted con sus asuntos, y confío en que no nos guarde ningún rencor. No, espere un momento. Acabo de tener una idea.

Me volví hacia Egan.

—Queremos ser absolutamente honestos, Egan, y acaba de ocurrírseme que a lo mejor tú querrías tener un abogado cerca mientras estés en casa de Mr. Wolfe. Casualmente, este hombre es

abogado. Se llama Dennis Horan. No sé si él querrá presentarte, pero puede intentarlo.

Pensé, y sigo pensando todavía, que ése fue uno de los pequeños aciertos más nítidos de Wolfe, y no hubiera querido perderme el aspecto de sus caras ni por la paga de una semana. Egan torció completamente la cabeza para contemplar a Horan, obviamente para recibir alguna indicación. Pero hasta el mismo Horan necesitaba de guía. La sugerencia le había pillado por sorpresa, y presentaba demasiadas asperezas. Acceder sería arriesgado, ya que quedaría atado a Egan y desconocía cuánto había hablado éste. Negarse era

asimismo arriesgado, doblemente arriesgado, porque Egan podía creer que se le traicionaba, y también porque Egan iba a enfrentarse con Nero Wolfe, y no podía preverse hasta dónde aguantaría. Era endemoniadamente complicado e importante dar la respuesta acertada inmediatamente, y resultó realmente divertido contemplar a Horan, con sus largas pestañas parpadeando e intentando conservar su rostro impassible mientras se debatía consigo mismo.

Egan rompió el silencio.

—Llevo un poco de dinero encima para darle por anticipado, Mr. Horan. Creo que es deber de un abogado defender a la gente que tiene problemas.



—Así es, Mr. Egan. —El tenor estaba esforzándose—. Pero en estos momentos estoy muy ocupado.

—Claro, yo también lo estoy.

—Claro. Sí. Naturalmente. —Horan irguió los hombros—. Muy bien. Veré lo que puedo hacer por usted. Tendremos que mantener una charla.

Yo le hice un guiño amistoso.

—Cualquier charla que mantengan ustedes —declaré— tendrá oyentes. Vamos chicos. Desatadlos. Fred, llévate las tenazas como recuerdo.

# CAPÍTULO XIII

Yo necesito dormir ocho horas y media, y mejor si son nueve. Todas las mañanas, cuando el radio—reloj despertador de mi mesita se pone en marcha a las siete y media, me doy la vuelta para que quede detrás de mis orejas. Al cabo de un momento doy otra vuelta, lo paro, me pongo cómodo, y trato de imaginar que es domingo. Pero sé condenadamente bien que Fritz tendrá mi desayuno listo a las ocho y diez. Durante dos o tres minutos me debato con la idea de ponerme en contacto con

él, a través del teléfono interior, para decirle que llegaré algo tarde, pero entonces renuncio a la idea, doy un puntapié al cobertor, balanceo mis piernas, me incorporo, y comienzo a enfrentarme con la realidad.

Aquel martes por la mañana la cosa fue diferente. Había puesto el reloj una hora antes, a las seis y media, y cuando el clic sonó y la radio comenzó a oírse con una de esas malditas alegres canciones mañaneras, desconecté el interruptor y me puse en pie en una convulsión desesperada. Había permanecido en horizontal solamente dos horas. Me duché, afeité, peiné y cepillé, vestí, bajé y entré en la

habitación de delante.

No era una escena festiva. Mortimer Envin estaba tendido en la alfombra con la cabeza apoyada en uno de los cojines del sofá. Lips Egan estaba tumbado en el sofá. Dennis Horan estaba en el sillón tapizado; arrugado, pero no relajado. Saúl Panzer estaba en una silla dando la espalda a la ventana, con sus pupilos dentro de su campo de visión para no cansar la mirada.

—Buenos días —dije sombríamente—. Pronto se servirá el desayuno.

—Esto es insufrible —relinchó Horan.

—En ese caso, no lo sufra. Ya le he dicho por lo menos cinco veces que es

usted libre de marcharse. En cuanto a ellos... para ellos, eso es un lujo. Un sofá y una alfombra mullida para descansar. Doc Vollmer, que dejó su cama a las dos de la mañana para curar la mano de Mort, es tan bueno como el que más. Vamos a revisar los hechos. Mr. Wolfe creyó que usted supondría que se estaba tomando una injusta ventaja si los trabajaba en privado antes de avisar a la Ley, de modo que ni se levantó para verles. Permaneció aislado en su cuarto, en la cama o paseando por la habitación, eso no lo sé. En presencia de usted, y oyéndole usted, llamé por teléfono a Homicidios, en Manhattan, a la una y cuarenta y siete de la

madrugada, y les dije que Mr. Wolfe tenía algo importante que comunicar al inspector Cramer en persona, y que agradecería una llamada de Cramer cuando antes mejor. En cuanto a su deseo de quedarse solo con su cliente, nosotros no podíamos permitir perder de vista a un rufián como Egan. Cramer no nos lo perdonaría. ¿Cómo estás, Saúl?

—Bien. He dormido tres horas antes de relevar a Fred a las cinco y media.

—No lo parece. Iré a ver cómo está el desayuno.

Mientras estaba en la cocina con Fritz, Fred entró, totalmente vestido, con unas noticias sorprendentes. Él y Orrie habían estado echados en las camas

gemelas de la habitación sur, que está en el mismo piso que la mía, habiéndoles despertado el ruido de unos golpes en el techo del cuarto inferior, que era la habitación de Wolfe. Fred había bajado para saber qué ocurría, y Wolfe le dijo que hiciera venir inmediatamente a Orrie. Tuve que ahondar profundamente en mi memoria para recordar un precedente de Wolfe ocupándose de cualquier asunto antes de haber desayunado.

Fritz estaba muy ocupado con la preparación de ocho desayunos y su servicio, descontando el suyo propio, pero Fred y yo colaboramos poniendo una mesa en la habitación del frente y

transportando comida y equipo. Nosotros comimos en la cocina y estábamos disponiendo de nuestra parte de *corn muffins*<sup>11</sup>, jamón de York, y miel, cuando Orrie entró decidido y ordenó a Fritz:

—Olvida a esos vagabundos y atiéndeme a mí. Tengo que salir en misión y estoy hambriento. Archie, ve a buscarme quinientos pavos. Mientras estás fuera te guardaré la silla. Además, dame el nombre de ese grupo que tiene a un montón de tíos que hacen llamadas telefónicas a tanto el millar.

Me mantuve en mi silla hasta terminar el desayuno, incluyendo una segunda taza de café, de modo que él



tuvo que acomodarse en el taburete. Entonces cumplí con sus instrucciones. Era inútil intentar adivinar lo que haría con los quinientos; pero, si una parte sustancial de esa cantidad era para comprar llamadas telefónicas al por mayor, quizá sería interesante considerar un cambio de empleo y dedicarme a las llamadas. Desde que había informado a Wolfe ampliamente, en su habitación, después de dejar abajo a nuestros invitados, aquél sabía tanto como yo, pero no más. ¿Quiénes podían ser los probables candidatos para un millar de llamadas telefónicas? No podían ser las personas anotadas en la libreta de Egan, porque el librito estaba guardado en la

caja fuerte —yo lo vi allá cuando cogí el dinero del cajón de gastos— y Orrie no me lo había pedido. Archivé la pregunta en mi cerebro para una posterior consideración durante algún momento libre, si es que los tenía. No era la primera vez que Wolfe había enviado a alguien de los que nos ayudaban a algún recado sin consultarme.

Hacia las ocho de la mañana, Fritz había traído de vuelta la bandeja del desayuno de Wolfe, y Orrie se había marchado. Fred y yo habíamos traído los trastos del desayuno de la habitación de delante y estábamos en la cocina, ayudando con los platos, cuando sonó el

timbre de la puerta. Yo lancé el trapo de cocina a una mesa y fui al vestíbulo; cuando vi al inspector Cramer y al sargento Purley Stebbins en el rellano no tuve que hacerles esperar mientras iba a pedir instrucciones. Ya las tenía, de modo que, echando una mirada mientras avanzaba para asegurarme de que la puerta de la habitación de delante estaba bien cerrada, fui a abrir la puerta y les di la bienvenida.

Ellos permanecieron fuera.

—Venimos de camino —carraspeó Cramer—. ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Nada. El que habla es Mr. Wolfe.

Entrad

—No puedo estar aquí esperándole.

—No tendrás que hacerlo. Os ha estado esperando ansiosamente durante seis horas.

Entraron y se encaminaron a la oficina. Cuando yo entré, detrás de ellos, Cramer gruñó:

—No está aquí.

Yo ignoré el comentario y les dije que se sentaran, después fui a mi escritorio y pulsé el intercomunicador, llamando a la habitación de Wolfe, para comunicarle la llegada de los visitantes. Cramer sacó un cigarro del bolsillo, lo hizo rodar entre los dedos, y examinó el extremo como si quisiera asegurarse de que alguien no lo hubiera envenenado de

alguna manera; después lo colocó entre sus labios y lo apretó con los dientes. Nunca le había visto encender uno. Stebbins estaba sentado echándome miraditas de reojo. No podía soportar que su superior estuviese aquí mientras estaba en el aire un importante caso de asesinato, y yo habría apostado a que tampoco lo hubiera soportado aunque supiera que nosotros teníamos al criminal, con evidencia sobrada, bien empaquetado y esperando.

Llegó el sonido del ascensor que bajaba; y, al cabo de un momento, entró Wolfe. Saludó a los presentes sin ningún entusiasmo, y cruzó hasta su escritorio. Antes de sentarse preguntó, exigente:

—¿Qué les ha hecho tardar tanto?

Mr. Goodwin llamó hace más de seis horas. Mi casa está repleta de sospechosos, y quiero librarme de ellos.

—Olvídelo —replicó Cramer, bruscamente—. Tenemos prisa. ¿Qué tipos son éstos?

Wolfe se sentó, tomándose su tiempo para acomodarse.

—Primero —dijo—, ¿tiene usted algo, que decirme sobre la acusación que Miss Estey hizo a Mr. Goodwin sobre que éste se ofreció para venderle un informe de la conversación que yo sostuve con Mrs. Fromm?

—No. Eso corresponde al fiscal del Distrito. Usted está poniendo

obstáculos.

Wolfe se encogió de hombros.

—Segundo, sobre los pendientes.

Mistress Fromm los compró en una tienda de la periferia la tarde del lunes, once de mayo. Como usted sin duda alguna ya habrá descubierto, probablemente no existe en Nueva York otro par de pendientes como éstos, y probablemente nunca los ha habido.

Stebbins sacó su librito de notas.

Cramer exigió:

—¿Dónde ha averiguado usted eso? ,

—He investigado. Yo le doy el hecho; la manera en que lo he conseguido, es asunto mío. Mrs. Fromm los vio en un escaparate, los compró,

pagó con un talón y se los llevó. Puesto que tiene usted acceso a las matrices de su talonario, probablemente podrá encontrar la tienda y comprobar lo que le digo, pero no puedo imaginarme un modo más estúpido de perder el tiempo. Garantizo el hecho, y la reflexión le demostrará que es algo extremadamente importante.

—¿En qué aspecto?

—No. Haga usted mismo su interpretación. Yo únicamente suministro los hechos. Ya conoce usted a Saúl Panzer.

—Sí.

—Ayer, Saúl se presentó en la oficina de la Asociación para la Ayuda a



Personas Desplazadas con el nombre de Leopold Heim, y dio la dirección de un hotel barato en la Primera Avenida. Habló con Miss Angela Wright y con un hombre llamado Chaney. Les dijo que había entrado ilegalmente en el país, y temía ser descubierto y deportado, y les pidió ayuda. Ellos le dijeron que su caso iba más allá de su campo de actividades, y le aconsejaron que se dirigiera a un abogado. Le dieron el nombre de Dennis Horan. Saúl habló con Mr. Horan y después regresó a su hotel. Poco después de las ocho de la noche, un hombre fue a la habitación de Saúl y le ofreció protegerle, de ser descubierto u otras molestias, por la

cantidad de diez mil dólares. Mrs. Panzer le dará todos los detalles. Le concedió veinticuatro horas para hacerse con todo el dinero que fuese posible; cuando el hombre se marchó, Mr. Panzer le siguió. Es especialmente diestro en eso.

—Ya sé que lo es. ¿Y después, qué?

—Ahora llega el turno de Mr. Goodwin. Pero antes de que empiece, yo debería explicar que había establecido una hipótesis sobre el hombre que iba en el coche con la mujer el pasado martes, cuando la mujer le pidió a Pete que fuese a buscar un policía. Yo me supuse que el hombre era Matthew Birch.

Los ojos de Cramer se abrieron

mucho.

—¿Por qué Birch?

—No tengo por qué extenderme, porque eso ha quedado confirmado. Era Birch. Otro hecho.

—Demuéstrémelo. Este hecho ha de quedar muy bien confirmado.

—Mr. Goodwin lo hará. Ahora mismo. Archie, comienza con la llamada de Fred la noche pasada y sigue hasta el final.

Yo obedecí. Sabiendo de antemano que eso estaría en alguna parte del programa, me había pasado la mayor parte de una hora preparándolo y revisándolo, mientras estaba de guardia en la habitación de delante, de las tres y

media a las cuatro y media, y había decidido que únicamente debían omitirse dos cosas importantes: el tipo de estímulo utilizado con Lips Egan y el librito de notas de Egan. Esto último no debía ser mencionado, y no lo fue. Wolfe había dicho, durante nuestra sesión en su habitación, que si quedaba demostrado que era evidencia esencial tendríamos que sacarlo a la luz, de otro modo no era necesario

Con excepción de esos dos puntos, di a conocer la historia. Stebbins comenzó a tomar notas, pero hacia la mitad dejó de hacerlo. Era demasiado para él. Yo le entregué la pistola de Mort y exhibí las tenazas, cuyas

mandíbulas estaban envueltas con cinta adhesiva negra en cantidad, para que no destrozaran la piel y la carne.

Cuando terminé, Cramer y Stebbins estaban sentados mirándose mutuamente.

Cramer se volvió hacia Wolfe.

—Esto requiere un poco de orden.

—Sí —confirmó Wolfe—. Así es, en efecto.

Cramer se volvió hacia Stebbins.

—¿Conocemos a Egan?

—Yo no. Y he estado toda la vida en Homicidios.

—Llama a Rowcliff y dile que nos informe sobre ese tipo. Con toda rapidez.

Me levanté de la silla y allí se sentó

Purley, que marcó el número. Mientras hablaba por teléfono, Cramer seguía sentado sosteniendo su cigarro entre los dedos, frunciendo el ceño, y frotándose los labios con un nudillo de su otra mano.

Parecía que estuviera reflexionando sobre si dejaba o no de mascar tabaco. Cuando Purley hubo terminado, ya de nuevo en su asiento, Cramer miró a Wolfe.

—Horan está metido hasta el cuello, pero por ahora no podemos detenerle.

—Yo no le detengo. Es él quien voluntariamente está pegado a su cliente.

—Claro, ya lo sé. Ha ganado usted un tanto en eso. Horan está atrapado. Si

conseguimos que Egan cante, ya le tenemos.

Wolfe movió la cabeza.

—No necesariamente al asesino. Posiblemente, Egan sabe tan poco de los asesinatos como usted mismo.

Era un chiste ofensivo, pero Cramer hizo oídos sordos.

—Le daremos una oportunidad — declaró—. Abundante. Tengo que aclarar todo esto. No es absolutamente seguro que fuese Birch el que estaba con la mujer en el coche. Supongamos que no lo fuese. Supongamos que el hombre del coche era uno de los pobres diablos en los que han clavado el anzuelo. La mujer era la que estaba en la banda, la

que llama a Egan y le informa sobre incautos. Ella creyó que el hombre iba a matarla, de modo que le pidió al chico que buscase un guardia. De alguna manera, ella consiguió librarse; pero aquella noche el tipo se las entendió con Birch, que dirigía la banda, y le mató. Entonces supo que el chico podía identificarla —podía incluso haber matado a la mujer, pero su cuerpo aún no ha sido encontrado—, de modo que, al día siguiente, mata al chico. Entonces, supo que Mrs. Fromm era la directora de esa asociación, de modo que la mató. Dios mío, esto se aclara bastante. La banda, y Horan en ella. La gente como ésta está desesperada, y hay millares de



ellos en Nueva York: gente que está aquí ilegalmente, y temen que los echen fuera. Son materia prima para los chantajistas. En alguna parte debe de haber una lista de todos a los que estos bastardos han estado estafando, y me gustaría tenerla. Apostaría algo a que el nombre del asesino está en esa lista. ¿No cree usted?

—No.

—Cualquier cosa para llevarme la contraria. ¿Por qué no?

—No ha hablado usted lo bastante claro, Mr. Cramer. Pero, al escoger una víctima de chantaje como culpable, demuestra estar usted bastante verde. Ha habido tres asesinatos. Para dejarlo todo

claro, supongamos que hay un solo asesino, ¿han sido eliminados los demás sospechosos?

—No.

—¿Quién ha sido eliminado?

—Con seguridad, nadie.

Naturalmente, hay complicaciones. Por ejemplo, Mrs. Horan dice que el viernes por la noche su esposo regresó al apartamento diez minutos después de haber salido con Mrs. Fromm para acompañarla hasta el coche de ella, y que él se fue a la cama y allí se quedó. Pero se trata de la declaración de una esposa justificando a su marido. Si está usted dispuesto a nombrar un candidato no se detenga por mí. ¿Tiene usted

alguno?

—Sí.

—Y un cuerno. Nómbrelo.

—La cuestión es que, aunque lo tenga, no estoy dispuesto a nombrarlo. Quizá lo esté dentro de una hora, o dentro de una semana, pero no en este momento.

Cramer gruñó.

—O bien es usted un gran fanfarrón, lo que no es nuevo, o está usted silenciando información. Admito que ha hecho usted una buena redada —la banda, Egan, y, con suerte, también Horan— y le doy las gracias. De acuerdo. Nada de eso nombra el asesino. ¿Qué más? Si quiere usted

hacer un trato, aquí estoy. Le daré cualquier cosa, todo lo que tenemos. Pregúnteme lo que quiera saber — naturalmente, eso es lo que usted quiere — y se lo diré; siempre que usted corresponda y me proporcione todo lo que tiene.

Stebbins hizo un ruidito, pero trató de ocultar el hecho.

—Eso —dijo Wolfe— es una propuesta justa y honesta en la teoría, pero carece de objeto en la práctica. Porque, en primer lugar, le he proporcionado a usted todo lo que tengo; y, en segundo lugar, usted no tiene nada que yo quiera o necesite.

Cramer y Stebbins le miraron

boquiabiertos, ambos sorprendidos y suspicaces.

—Usted ya me ha dicho —prosiguió Wolfe— que nadie ha sido eliminado, después de pasados tres días desde que Mrs. Fromm fue asesinada. Eso me basta. Actualmente, tiene usted declaraciones, y admito que es posible que, enterrado entre ellas, haya algún hecho o frase que yo pudiera considerar interesante, pero aunque usted las trajera todo aquí, no tengo la menor intención de sumergirme en ellas. Veamos, ¿cuántas páginas tiene usted sobre los antecedentes, socios y recientes idas y venidas de Miss Angela Wright?

—Suficiente —gruñó Cramer.

—Naturalmente. No voy a restarle mérito. Semejante línea de investigación con frecuencia obtiene una respuesta, pero es manifiesto que en este caso ni tan siquiera ha insinuado ninguna, o usted no estaría aquí en este momento. ¿Encontraría usted en su informe la respuesta a una pregunta?: ¿por qué el hombre que mató al chico a plena luz del día y con gente a su alrededor, en plena calle, se atrevió a correr con el riesgo de que más tarde le identificaran uno o más testigos? O a esta otra: ¿cómo justifica el traslado de los pendientes —comprados por Mrs. Fromm el once de mayo—, lucidos por otra mujer el diecinueve de mayo, y de nuevo en las

orejas de Mrs. Fromm el veintidós de mayo? ¿Ha encontrado usted alguna otra pista de los pendientes aparte éstas? ¿Que alguien los llevara en algún otro momento?

—No.

—De modo que yo he facilitado mis respuestas; pero, ya que no puedo explicarlas sin nombrar a mi candidato, esto tendrá que esperar. Entretanto...

Se detuvo, porque se estaba abriendo la puerta del vestíbulo. Se abrió la mitad, espacio suficiente para que Fred Durkin se deslizara por el borde y me indicara que fuese.

Yo me levanté, pero Wolfe le preguntó:

—¿Qué pasa, Fred?

—Un mensaje para Archie de parte de Saúl.

—Dígalo. Estamos compartiéndolo todo con Mr. Cramer.

—Sí, señor. Horan quiere hablar con usted. Ahora. Urgentemente.

—¿Sabe Horan que Mr. Cramer y Mr. Stebbins están aquí?

—No señor.

Wolfe se dirigió a Cramer.

—Este hombre, Horan, es una hiena, y me irrita. Creo que preferirá usted tratar con él en su propio terreno, y también con los otros dos. ¿Por qué no se los lleva?

Cramer le miró. Sacó el cigarro de



su boca, lo sostuvo medio minuto y volvió a colocarlo entre sus dientes.

—Yo hubiera jurado —dijo, con disgusto— que ya le había visto poner en juego todas las argucias que existen, pero ésta es nueva. Que me aspen si lo entiendo. Usted tenía a ese Horan y a aquel abogado, Maddox, aquí y los echó. Lo mismo que a Paul Kuffner. Ahora, Horan y los otros dos tipos, en su casa, y usted ni tan siquiera quiere verlos. En cambio, sigue declarando que va detrás del asesino. Lo conozco demasiado bien para preguntarle el porqué, pero a fe mía que me gustaría descubrir el porqué. —Giró la cabeza dirigiéndose a Fred—. Traiga aquí a

Horan.

Fred, sin moverse, miró a Wolfe.

Wolfe soltó un suspiro.

—De acuerdo, Fred...

# CAPÍTULO XIV

Por un momento creí que Dennis Horan iba a dar la vuelta y tomar las de Villadiego. Entró decididamente, como si tuviera un propósito determinado, se detuvo repentinamente al ver que teníamos compañía, avanzó marcialmente cuatro pasos más, reconoció a Cramer y se detuvo inmediatamente otra vez. Fue en ese momento cuando creí que iba a poner pies en polvorosa.

—¡Oh! —exclamó—. No quiero interrumpirles.

—De ninguna manera —le aseguró Cramer—. Siéntese. Justamente estábamos hablando de usted. Si tiene usted algo que decir, adelante. Ya me han contado cómo ha llegado usted hasta aquí.

Considerando la atmósfera y circunstancias, incluida la dura noche que acababa de pasar, Horan se las arregló para salir bastante airoso. Se vio obligado a tomar una decisión rápida, caso de que tuviera que hacer algún cambio en el programa a causa de la inesperada presencia de la Ley; y, aparentemente, lo consiguió mientras estaba colocando una silla entre Cramer y Stebbins y acomodándose en ella.

Sentado ya, miró a Cramer y a Wolfe, y de nuevo a Cramer.

—Me complace que esté usted aquí —dijo.

—También a mí —murmuró Cramer.

—Porque —prosiguió Horan— quizá crea usted que le debo una excusa, aunque yo no estoy de acuerdo. —El tenor había bajado un par de tonos—. Es posible que usted crea que yo debería haberle hablado de una conversación con Mrs. Fromm.

Cramer estaba mirándole duramente.

—Ya nos ha hablado usted de ello.

—Sí, pero no lo he contado todo.

Tenía que tomar una decisión extremadamente difícil y creí haber

hecho lo mejor, pero ahora no estoy tan seguro. Mrs. Fromm me informó de algo que, caso de hacerse público, podría dañar a la Asociación para la Ayuda de Personas Desplazadas. Ella era Presidenta de la Asociación, y yo su consejero. Por tanto, lo que ella me dijo era una información reservada. Naturalmente, está claro que no es correcto que un abogado divulgue semejante comunicación, pero yo tuve que decidir si éste era un caso en el que prevalece el interés público. Decidí que la Asociación tenía derecho a confiar en mi discreción.

—Creo que las anotaciones demostrarán que usted no indicó que

estuviera callándose algo.

—Supongo que así será —concedió Horan—. Posiblemente, incluso declaré que yo le había dicho a usted todo lo que se había hablado aquella noche, pero usted ya sabe cómo es eso. —Pensó que debía sonreír, y después consideró que era mejor no hacerlo—. Había tomado una decisión, eso es todo, y ahora creo que fue errónea. Por lo menos, deseo cambiarla. Aquella noche, después de la cena, mistress Fromm me llevó aparte y me dijo algo que me sorprendió muchísimo. Me dijo que había recibido información de que alguien relacionado con la Asociación estaba proporcionando los nombres de gente

que estaba ilegalmente en el país a un chantajista, o a una banda de chantajistas, y que esa gente estaba siendo perseguida; que el chantajista, o el cabecilla del grupo, había sido un hombre llamado Matthew Birch, que fue asesinado el martes por la noche; y que otro hombre llamado Egan estaba involucrado en el asunto; y que...

—¿No es usted el abogado de Egan?  
—le interrumpió Cramer.

—No. Me equivoqué. Actué siguiendo un impulso. Lo he estado pensando, y le he dicho que no puedo actuar en su defensa. Mistress Fromm también me dijo que el lugar de reunión de los chantajistas era un garaje de la



Décima Avenida —me dio el nombre y la dirección—. Quería que yo fuese allí a medianoche de aquel mismo día, el viernes. Me contó que había un botón en la segunda columna a la izquierda dentro del garaje, y que podía hacer una señal con ese botón —dos cortos, uno largo y otro corto—, y, una vez adentro, ir al fondo y bajar una escalera hasta el sótano. Dejó a mi criterio cómo proceder con aquel que encontrase abajo, pero insistió en que lo principal era evitar cualquier escándalo que pudiera dañar a la Asociación. ¡Eso era propio de ella! Siempre pensando en los otros, nunca en ella misma.

Hizo una pausa, evidentemente

abrumado por la emoción. Cramer preguntó:

—¿Fue usted allí?

—Sabe usted que no, inspector. Como ya le ha dicho mi esposa, y yo también, después que acompañé a Mrs. Fromm hasta su coche volví a mi apartamento y me fui a la cama. Le había dicho a Mrs. Fromm que lo pensaría. Probablemente, hubiera decidido ir al día siguiente, sábado, pero por la mañana llegó la noticia de la muerte de Mrs. Fromm, y el terrible impacto... — Horan tuvo que detenerse de nuevo.

Luego prosiguió:

—Francamente, yo esperaba que ustedes descubrieran al asesino, y que

no hubiera relación entre el crimen y los asuntos de la Asociación. De modo que no le hablé de nuestra conversación. Pero llegó el domingo, y el lunes, y empecé a temer que había cometido un error. La noche pasada decidí intentar algo. Aproximadamente a medianoche fui en mi coche a ese garaje, entré directamente, y allí, en la segunda columna, encontré el botón pulsador. Lo apreté dando la señal como me había dicho Mrs. Fromm, y llegó una señal de respuesta, un zumbido. Mientras me dirigía al fondo, un hombre que había estado al acecho sacó una pistola y me ordenó bajar. Al pie de la escalera había otro hombre con una pistola, a quien

reconocí... Archie Goodwin.

Me hizo una señal con la cabeza, de soslayo. Yo no correspondí.

Y prosiguió:

—Yo había visto a Mr. Goodwin en esta oficina el sábado por la noche. Aunque ya no temía por mi propia seguridad, naturalmente me molestaba que me apuntaran con armas, y protesté. Goodwin llamó a otro hombre que estaba dentro de un cuarto, también armado, y ambos me llevaron junto a una pared, donde me hicieron quedarme quieto. Yo había visto antes a este otro hombre. Ayer por la mañana había venido a mi despacho, bajo la identidad de Leopold Heim, y yo había...

—Lo sé —interrumpió brevemente Cramer—. Termine con lo del garaje.

—Como usted quiera, inspector. No pasó mucho rato antes de que

Goodwin llamara a este hombre, llamándole Saúl, pidiéndole que me hiciera entrar en el cuarto. Allí había tres hombres más; uno, obviamente, de parte de Goodwin, y los otros dos tumbados en el suelo con los tobillos atados. Goodwin me dijo que había hablado por teléfono con Nero Wolfe, y me presentó excusas. Después, cuando hubo hablado brevemente con los dos que estaban en el suelo, diciendo que habían cometido delitos y que iba a llevarlos ante Wolfe para interrogarlos,

le dijo a uno de ellos, el llamado Egan, que yo era abogado y que quizás estaría dispuesto a representarle. Cuando el hombre me lo pidió yo acepté, y debo confesar que no estuve muy feliz.

Y acepté, aunque no pretendo que me sirva de excusa, por el hecho de que yo no estaba enteramente en posesión de mis facultades. Dos hombres armados habían estado dándome órdenes; y, además, me sentía agraviado por el arbitrario desplazamiento de estos dos hombres por parte de Goodwin hasta la casa de su patrono, cuando el procedimiento adecuado hubiera sido dar cuenta a las autoridades. De modo que estuve de acuerdo, y vine aquí con

ellos, y he estado detenido aquí toda la noche. Yo...

—No —protesté—. Corrección. Usted no ha estado detenido. Le he dicho a usted varias veces que podía marcharse cuando quisiera.

—*Ellos* estaban detenidos, y a mí me detuvo el estúpido compromiso que había contraído. Admito que fue estúpido, y lo siento. Considerando estos últimos acontecimientos he concluido, a mi pesar, que la muerte de Mrs. Fromm puede, después de todo, tener alguna relación con los asuntos de la Asociación, o con alguien de su plantilla; y, en ese caso, mi deber está muy claro. Ahora lo cumplo, amplia y

francamente, y, espero, de forma útil.

Sacó un pañuelo y se secó la ceja, el rostro y su cuello, todo el contorno.

—No he tenido oportunidad de asearme esta mañana —se disculpó. Era una solemne mentira. Había un cuarto de baño bien equipado cuyas puertas daban a la habitación del frente y a la oficina, y él había estado allí. Si entonces no había aún decidido ser totalmente franco, y no había deseado perder de vista a Egan el tiempo de poder lavarse la cara, eso era sólo asunto suyo.

La dura mirada de Cramer no se había suavizado en absoluto.

—Siempre agradecemos la ayuda, Mr. Horan —dijo, sin mostrar gratitud



—. Aun cuando sea algo tarde. ¿Quién oyó su conversación con Mrs. Fromm?

—Nadie. Como he dicho, ella me llevó aparte.

—¿Le habló usted a alguien de esa conversación?

—No. Ella me pidió que no lo hiciera.

—¿De quién sospechaba ella que podía estar involucrado?

—Ya se lo he dicho. Matthew Birch y un hombre llamado Egan.

—No. Me refiero a alguien relacionado con la Asociación.

—No me lo dijo. Mi impresión fue que ella no sospechaba de nadie en particular.

—¿De quién había obtenido Mrs. Fromm su información?

—No lo sé. No me lo dijo.

—Eso es difícil de creer. —Cramer se estaba conteniendo—. Ella tenía muchos detalles: el nombre de Birch, el de Egan, y el nombre y la dirección del garaje, e incluso sabía lo del pulsador en la columna y la señal. ¿No le dijo a usted Mrs. Fromm de dónde había sacado todo eso?

—No.

—¿Se lo preguntó usted?

—Ciertamente. Ella me explicó que no podía decírmelo porque se lo habían contado confidencialmente.

Nuestros cuatro pares de ojos

convergían en Horan. Éste mantenía los suyos, con sus párpados enrojecidos e hinchados, y sus largas pestañas rizadas, fijos en Cramer. Todos nosotros, incluyéndole a él, comprendíamos perfectamente la situación. Sabíamos que era un maldito mentiroso, y él sabía que nosotros lo sabíamos. Horan había estado metido en un agujero, y éste era su invento de salir trepando de él. Había tenido que inventar alguna explicación justificando su visita al garaje, y sobre todo por haber pulsado el botón dando la señal, y no lo había hecho del todo mal. Ya que Mrs. Fromm estaba muerta, él podía citarla todo lo que quisiera; y, puesto que Birch también estaba muerto,

no había ningún riesgo en cargarle la culpa. Egan había sido su problema. No podía ignorarle, ya que se hallaba en la habitación contigua. No podía pegarse a él; ya que, actuar como abogado de un chantajista cuya pandilla se estaba descubriendo —y el descubrimiento perjudicaría a la Asociación de la que Horan era consejero—, estaba fuera de toda consideración. De modo que Egan tenía que ser entregado a los lobos. Ése era el asunto desde mi punto de vista; y, conociendo a los otros tres tan bien como yo los conocía, y viendo sus caras mientras miraban a Horan, éste era también su punto de vista.

Cramer se volvió a Wolfe, con las

cejas arqueadas en gesto interrogativo. Wolfe sacudió la cabeza.

Cramer habló:

—Purley, trae a Egan.

Purley se levantó y salió. Horan se acomodó en su silla, afirmándose, y se sentó muy erguido. Aquello iba a ser duro, pero él se lo había buscado.

—Se dará usted cuenta —le dijo a Cramer— que este hombre es, positivamente, un criminal de baja estofa, y se halla en una situación desesperada. Se trata de un testigo sin casi credibilidad.

—Claro —admitió Cramer. Y no añadió más—. Goodwin, ¿quieres situar una silla para Egan, ahí, cerca de ti?

Encáralo hacia aquí.

Yo le complací. Eso colocaría a Stebbins entre Egan y Horan. Y también proporcionaría a Wolfe el perfil de Egan; sin embargo, ya que Wolfe no objetó nada, coloqué la silla como se me había solicitado. Mientras lo hacía, Stebbins volvió con Egan.

—Aquí —le indiqué, y él acompañó a Egan cruzando la habitación. Al sentarse, el criminal fijó su mirada en Dennis Horan, pero no fue correspondido. Horan estaba vigilando a Cramer.

—Usted es Lawrence Egan —dijo Cramer—. ¿Se le conoce como Lips Egan?

—Ése soy yo. —Sonó ronco, y Egan se aclaró la garganta.

—Soy inspector de Policía. Este es Nero Wolfe. Pronto recibiremos informes sobre usted. ¿Tiene usted antecedentes?

Egan vaciló, y después balbució:

—Los informes se lo dirán, ¿no?

—Sí, pero se lo pregunto a usted.

—Es mejor que nos guíemos por los informes. A lo mejor olvido algo.

Cramer lo dejó estar.

—Este hombre que está a su lado, Archie Goodwin, me ha contado lo sucedido ayer, desde el momento en que usted visitó a un hombre en el hotel de la Primera Avenida —usted creyó que ese

hombre se llamaba Leopold Heim—, hasta que fue traído usted aquí. Después volveremos sobre el asunto usted y yo, pero primero quiero poner en claro su situación. Es posible que usted crea tener un abogado aquí presente para proteger sus intereses, pero no es así. Mr. Horan dice que ya le ha comunicado a usted que no le es posible representarle, y no tiene intención de hacerlo. ¿Se lo ha dicho ya?

—Sí.

—No murmure. Hable alto. ¿Se lo ha dicho ya?

—¡Sí!

—¿Cuándo?

—Hace                      media                      hora,



aproximadamente.

—En ese caso, usted ya sabe que no está representado aquí. Ha de responder usted a dos cargos, asalto a mano armada e intento de chantaje. En el primer cargo existen dos testigos, Fred Durkin y Archie Goodwin, de modo que el asunto va en serio. En el segundo quizá usted crea que sólo hay un testigo, Saúl Panzer —alias Leopold Heim—, pero está usted equivocado. Ahora tenemos la confirmación. Mr. Horan dice que el pasado viernes por la noche, una persona de confianza en condiciones de saberlo, le informó de que usted estaba involucrado en un asunto de chantaje, sacando dinero de gente que

había entrado ilegalmente en el país. Dice que su conformidad en representarlo fue dada siguiendo un impulso que ahora lamenta. Dice que no representaría a un criminal de tan baja estofa como usted. Él...

—¡Eso no es lo que yo he dicho!— protestó Horan—. Yo simplemente...

—¡Cállese!—rugió Cramer—. Otra interrupción y le echo a usted fuera. ¿No es cierto que usted dijo que Egan formaba parte de una banda de chantajistas?

—Sí.

—¿Dijo usted que no quería representarle?

—Sí.

—¿Le llamó usted criminal de baja estofa?

—Sí.

—Entonces cállese si quiere seguir aquí. —Cramer se enfrentó de nuevo a Egan—. He creído que tenía usted derecho a saber lo que opina Mr. Horan, pero no necesitamos de sus palabras para que el cargo de chantaje persista. Leopold Heim no fue el primero, y no crea que no podremos encontrar a algunos de los otros. Eso no me preocupa en absoluto. Quiero preguntarle algo en presencia de Mr. Horan. ¿Le había visto usted alguna vez antes de la pasada noche?

Egan estaba mordiéndose la lengua,

o alguna cosa. Por la comisura de la boca se le escapó un poco de saliva, y se la secó con el dorso de la mano. Continuando con el movimiento de sus mandíbulas, entrelazó sus dedos y los apretó. Lo estaba pasando muy mal.

—¿Y bien? —exigió Cramer.

—He de pensar —repuso Egan roncamente.

—Piénselo bien. No se engañe. Ya le tenemos atrapado —Cramer alzó un puño— por asalto y chantaje. Es bien sencillo: ¿había visto usted a Mr. Horan antes de la noche pasada?

—Sí. Creo que sí. Oiga, ¿y si hacemos un trato?

—No. No hay trato. Si el fiscal y el

juez quieren mostrar algún aprecio por su colaboración, eso es cosa de ellos. A menudo lo hacen, ya sabe usted.

—Sí, lo sé.

—Entonces, responda a la pregunta.

Egan aspiró profundamente.

—Está usted condenadamente en lo cierto al decir que le he visto antes de la noche pasada. Muchísimas veces. Docenas de veces. —Hizo una desafiante mueca hacia Horan—. ¿No es así, hermano? Maldita rata de cloaca.

—Es mentira —replicó Horan tranquilamente, afrontando la declaración—. Usted provocó esto, inspector. Usted le obligó a decirlo.

—Entonces —replicó Cramer— voy

a provocarlo un poco más. ¿Cuál es el nombre de pila de Mr. Horan?

—Dennis.

—¿Dónde tiene su gabinete?

—Uno veintiuno Este, Calle 41.

—¿Dónde vive?

—Tres quince Gramercy Park.

—¿Qué vehículo conduce?

—Un sedán «Chrysler» del

cincuenta y uno.

——¿Color?

—Negro.

——¿Cuál es el número de teléfono de su oficina?

—Ridgway tres, cuatro, uno, cuatro, uno.

—¿Cuál es el número de su

domicilio?

—Palace ocho, seis, tres, cero, siete.  
Cramer se dirigió a mí.

—Este hombre, ¿ha tenido acaso oportunidad de adquirir toda esa información durante la pasada noche?

—No ha tenido ocasión. Ni toda ni parte.

—En ese caso, con esto bastará por ahora. Mr. Horan, queda usted arrestado como testigo material de un asesinato. Purley, llévale al otro cuarto. ¿Quién está allí?

—Durkin y Panzer, con Ervin.

—Diles que vigilen a Horan y vuelve.

Horan se levantó. Estaba tranquilo y

se mostraba digno.

—Se lo advierto, inspector. Esto es un disparate, y lo va usted a lamentar.

—Ya veremos, Mr. Horan. Llévatelo, Purley.

Los dos —Purley detrás— salieron de la habitación. Cramer se levantó y se acercó a mi papelera, dejó caer los restos de su cigarro dentro de ella, y volvió al sillón de cuero rojo. Comenzó a decir algo a Wolfe, pero, al ver que éste estaba recostado con los ojos cerrados, no dijo nada. En vez de eso optó por preguntarme si podía oírsele desde la otra habitación; yo le respondí que no, que era a prueba de ruidos. Purley volvió y fue a ocupar su silla.



Cramer se dirigió a Egan.

—Bien, vamos al asunto. ¿Está Horan en esa banda?

—Quiero hacer un trato —repetió Egan tercamente.

—¡Por el amor de Dios! —Cramer estaba irritado—. Estás absolutamente atrapado. Aunque tuviera el bolsillo lleno de tratos no malgastaría ni uno en ti. Si quieres una oportunidad, gánala, y gánala de prisa. ¿Forma parte Horan de la banda?

—Sí.

—¿Quién es su enlace?

—Horan me dice cómo llevar las cosas, como por ejemplo la gente que intenta escaquearse. ¡Coño! Él es

abogado. Algunas veces me da indicaciones. Horan me dijo lo de Leopold Heim, ¡maldita sea!

—¿Le entregas dinero a Horan?

—No.

—¿Nunca?

—No. Él recibe... recibía su parte de Birch.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Birch me lo dijo.

—¿Cómo entraste a formar parte del grupo?

—Birch. Hace unos dos años me lo propuso, y yo hice una prueba. Tres o cuatro meses después hubo problemas con un tipo en Brooklyn, y Birch me arregló una entrevista con un abogado en

el garaje, para ver qué se hacía. Ese abogado era Horan. Ésa fue la primera vez que le vi. Desde entonces le he visto... no sé, quizás unas veinte veces.

—¿Siempre en el garaje?

—Claro. Nunca me he encontrado con él en ninguna parte que no fuera el garaje, pero he hablado con él por teléfono.

—¿Tienes algo escrito por la mano de Horan? ¿Algo que él te hubiese dado o enviado?

—No.

—¿Ni un pedazo de papel? ¿Nada?

—He dicho que no. ¡Bastardo tramposo!

—¿Había alguien más en alguno de

tus encuentros con Horan?

—Seguro, muchas veces estaba Birch.

—Birch ha muerto. ¿Alguien más?  
Egan tuvo que pensarlo.

—No.

—¿Nunca?

—No, en el sótano con nosotros, no. El vigilante nocturno del garaje, Bud Haskins, le veía cada vez que venía. — Los ojos de Egan se iluminaron—. Claro, ¡Bud le vio!

—No hay duda alguna. —Cramer no estaba excitado—. Horan está preparado para eso, o cree que lo está. Lo afrontará presentando la palabra de un miembro respetable de la abogacía contra la de un

criminal de baja estofa como tú apoyado por un compinche que él dirá que tú has comprado. Yo no digo que Haskins no pueda ayudar. Le veremos y... ¿adónde va usted?

Wolfe había empujado hacia atrás su silla, se había puesto en pie y había dado un paso. Miró hacia abajo a Cramer.

—Arriba. Son las nueve en punto. — Pasó entre su escritorio y Cramer, y seguía caminando.

Cramer protestó:

—Realmente... usted se va cuando...

—¿Cuándo qué? —preguntó Wolfe. A medio camino de la puerta, se había

vuelto—. Tiene usted acorralado a este desgraciado, y le está usted agarrando por algo que pueda involucrar a otro desgraciado, ese despreciable Horan, en la empresa más despreciable que se conoce. Admito que es necesario, realmente admirable, pero yo he puesto mi grano de arena, y usted no me necesita; yo no voy detrás de los chantajistas, persigo a un asesino. Ya conoce usted mi programa: estaré disponible a las once de la mañana. Le agradecería que se llevara usted a estas miserables criaturas de mis dominios. Puede usted tratar con ellos con la misma eficacia en cualquier otro lugar.

—Puede usted apostar algo que sí.

—Cramer se había levantado de su silla —. Me llevo a sus cuatro hombres, a los cuatro... Goodwin, Panzer, Durkin y Cather... y no sé cuándo terminaré con ellos.

—Puede usted llevarse a los tres primeros, pero no a Mr. Cather. No está aquí.

—Le necesito. ¿Dónde está?

—No está a su disposición. Ha salido a hacer un recado. ¿No le he dado suficiente para una mañana? Archie, ¿recuerdas a dónde ha ido Orrie?

—No, señor. No podría recordarlo aunque significara mi salvación.

—Bien. No lo intentes. —Dio la vuelta y se alejó.





# CAPÍTULO XV

Nunca había visto tantos personajes en un solo día como durante las ocho horas siguientes, desde las nueve de la mañana a las cinco de la tarde de aquel martes, una semana después del día en que Pete Drossos nos había visitado para consultar a Wolfe sobre su caso. En la Comisaría del Décimo Distrito estaba el comisario delegado Neary. En el 240 de Centre Street, el propio comisario Skinner. En el 155 de

Leonard Street, el fiscal del Distrito Bowen en persona, flanqueado por tres

ayudantes, incluido Mandelbaum.

No se me subió a la cabeza, porque era consciente que no era a causa de mi fascinante personalidad. En primer lugar, el asesinato de Mrs. Laura Fromm, estando relacionada con las otras dos muertes, todavía merecía, después de cuatro días, un millar de barriles de tinta por día, por no mencionar las ondas en el aire. En segundo lugar, había comenzado la payasada preliminar para elección de alcalde, y Bowen, Skinner y Neary se hallaban limpiando el pescado a punto de freír. Un asesinato realmente espectacular ofrece buenas posibilidades para un sujeto tan

dedicado al servicio público que además está deseando aceptar cargas adicionales en un campo más amplio.

En la Brigada de Homicidios de Manhattan Oeste, en el Distrito Décimo, nos separaron, pero no importó. Los únicos puntos que no tocábamos eran el entrelazado que habíamos utilizado con Egan y su librito de notas, y Saúl y Fred lo sabían todo al respecto. Pasé una hora en un cuartito, con un taquígrafo, mientras mecanografiaban mi declaración y yo la leía y la firmaba; después me condujeron a la oficina de Cramer, para una sesión con el comisario delegado Neary. Ni Cramer ni Stebbins estaban allí. Neary era gruñón,

pero amigable. Su actitud implicaba que, si nos permitían estar a los dos solos durante cuarenta minutos, cerraríamos el caso; el problema fue, empero, que en menos de media hora alguien le llamó por teléfono y tuvo que dejarme ir. Mientras me escoltaban por el pasillo y la escalera, y fuera hasta donde me esperaba un coche, funcionarios de la ciudad que yo apenas conocía de vista, y otros a los que no conocía en absoluto, todos se afanaban en saludarme. Por lo visto, todos creían que mi fotografía iba a salir en los periódicos, y, quién sabe, a lo mejor me enredaban para presentarme a la elección de alcalde. Yo correspondía a los saludos como aquel

que aprecia el espíritu en que eran ofrecidos, pero que estaba terriblemente atareado.

En Leonard Street el propio Bowen, fiscal del Distrito, tenía una copia de mi declaración sobre su despacho, y, durante nuestra charla, estuvo interrumpiéndome continuamente, refiriéndose a la declaración, buscando el lugar que deseaba y frunciendo el entrecejo; y, después, afirmando con la cabeza ante mí, como diciendo: «Bueno, pensándolo bien, puede que no estés mintiendo.» No me felicitó por haber atrapado a Ervin y a Egan, o por haber hecho caer en la trampa a Horan. Por el contrario, insinuó que, el haberles

llevado a casa de Wolfe en lugar de invitar a los agentes de Policía a que fueran al garaje, era suficiente delito como para pasar cinco años en la jaula, siempre que él tuviera tiempo para dedicar al asunto. Conociéndole como yo le conocía no le hice caso, e intenté no contrariarlo. El pobre hombre ya tenía bastante con qué enfrentarse aquel día sin contar conmigo. Le había estropeado, seguramente, el fin de semana, tenía los ojos enrojecidos por falta de sueño, el teléfono sonaba continuamente, sus ayudantes entraban y salían sin cesar, y un periódico de la mañana le había colocado en cuarto lugar de la lista de los posibles

candidatos a la alcaldía. Por añadidura, ahora irrumpiría el FBI en el caso Fromm—Brich—Drossos, a causa del fraude que nosotros habíamos destapado, con la penosa posibilidad de que los federales nos enredaran todo el asunto. Así las cosas, no era de extrañar que el fiscal no me invitase a almorzar.

De hecho, nadie lo hizo. Por lo visto, a nadie se le ocurrió que yo comía de vez en cuando. Había desayunado muy temprano. Cuando se interrumpió la sesión en la oficina de Bowen, poco después de las doce, yo tenía en mente un lugar a la vuelta de la esquina que conocía y que se especializaba en patas de cerdo y *sauerkraut*, pero

Mandelbaum dijo que quería preguntarme algo, y me acompañó abajo, al vestíbulo, y a su despacho. Se acomodó detrás del escritorio, y me invitó a sentarme, y comenzó el interrogatorio.

—¿Qué hay de esa oferta que le hizo usted ayer a Miss Estey?

—Dios mío. ¿Otra vez?

—Ahora aparece desde otro aspecto. Mi colega Roy Bonino está en este momento con Wolfe, investigando sobre eso. Suprimamos la comedia y partamos del hecho de que Wolfe le mandó a usted a que hiciera esa oferta a Miss Estey. Usted mismo declaró que no había nada de impropio en la oferta, así,



pues, ¿qué hay de malo?

Yo tenía hambre.

—De acuerdo, suponiendo eso, ¿qué ocurre?

—En este caso debe suponerse que Wolfe ya sabía de esa pandilla de chantajistas antes de que le enviase a usted con esa oferta. Wolfe suponía que Miss Estey estaría únicamente interesada en saber si Mrs. Fromm le había dicho algo al respecto. No espero que usted me admita todo eso; ya veremos lo que Wolfe le cuenta a Bonino. Pero en lo que yo estoy interesado es en la reacción de Miss Estey... ¿Qué es, exactamente, lo que ella dijo?

Yo sacudí la cabeza.

—A usted le causaría una mala impresión que yo discutiera el asunto sobre esa base. Déjeme que yo sugiera otra hipótesis.

—Adelante.

—Supongamos que Mr. Wolfe no sabía nada sobre ningún asunto turbio; y que, simplemente, lo que quería era aguijonearlos. Digamos que él no escogió a Miss Estey en particular, sino que ella era la primera de una lista. Digamos que yo hice esa oferta, pero no solamente a Miss Estey, sino también a Mrs. Horan, Angela Wright y Vincent Lipscomb, y hubiera proseguido con la lista si Mr. Wolfe no me hubiese

llamado porque Paul Kuffner estaba en la oficina acusándome de haber estado aguijoneando a Miss Wright. ¿No sería esa una hipótesis más interesante?

—Ciertamente lo sería. Vaya, vaya. Ya entiendo. En ese caso quiero saber *todo* lo que dijeron *todos*. Comience con Miss Estey.

—Tendría que improvisar.

—Claro, es usted un experto en eso. Adelante.

De modo que ahí se fue la mejor parte de otra hora. Cuando yo ya había agotado mi inventiva, incluyendo respuestas a un montón de brillantes preguntas, Mandelbaum se levantó para marcharse y me pidió que siguiera allí.

Yo repuse que tendría que irme a buscar algo para comer, pero él respondió que no, que quería que estuviese allí a su disposición. Estuve de acuerdo en esperar, y allí se fueron otros veinte minutos. Cuando finalmente regresó, me dijo que Bowen quería verme otra vez; y, por favor, si yo tendría la amabilidad de ir a su despacho. Él, Mandelbaum, tenía otra cosa que hacer.

Cuando llegué a la oficina de Bowen no había nadie allí. Más espera. Estuve esperando un rato, sentado, pensando en las patas de cerdo, cuando se abrió la puerta para dar paso a un joven con una bandeja, y yo pensé: «hurra, hay alguien en este lugar que, a fin de cuentas, es

humano»; pero ese joven, sin ni siquiera echarme una ojeada, se dirigió al escritorio de Bowen, colocó la bandeja en el secante, y se marchó. Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de él me acerqué a la mesa y levanté la servilleta; allí debajo olfateé un atractivo bocadillo caliente de *corned—beef* y un pedazo de pastel de cereza. También había una botellita de leche. La situación requería presencia de ánimo, y la tuve. Tardé quizá dieciocho segundos en volver a mi asiento, acomodar la bandeja en mi regazo y morder un buen pedazo de bocadillo. Estaba ya dispuesto a tragármelo cuando se abrió la puerta y entró el fiscal del Distrito.

Para ahorrarle cualquier posible turbación, hablé inmediatamente:

—Ha sido usted extremadamente comprensivo al mandar traerme esto, Mr. Bowen. No es que yo tuviera apetito, pero ya conoce usted el viejo refrán: la salud, Mr. Bowen, se fragua en la cocina del estómago. ¡Bowen para alcalde!

Bowen hizo alarde de su clase. Un hombre de condición más baja me hubiera arrebatado la bandeja o se habría acercado al escritorio y telefoneado diciendo que un sinvergüenza le había escamoteado el almuerzo, y que deseaba otro bocadillo; pero Bowen se limitó a lanzarme una

mirada de antipatía, volverse y salir. Al cabo de tres momentos ya había regresado con otra bandeja, que llevó a su mesa. No sé de quién la confiscaría...

Lo que Bowen deseaba era aclarar ochenta y cinco o noventa puntos del informe que Mandelbaum acababa de pasarle.

De modo que serían aproximadamente las tres de la tarde cuando llegué, escoltado, al 240 de Centre Street, y a las cuatro cuando fui conducido a la oficina privada del comisario de Policía Skinner. La hora siguiente fue algo tempestuosa. Era de suponer que, debiendo hablar con un ciudadano tan importante como yo,

Skinner hubiera dado instrucciones para que no le interrumpieran por nada menos grave que una revolución, pero no. Entre interrupción e interrupción, Skinner se las arregló para hacerme algunas preguntas vitales, tales como si estaba lloviendo cuando yo llegué al garaje, o si entre Horan y Egan se habían intercambiado miradas de reconocimiento; pero más que nada, cuando Skinner no estaba respondiendo a uno de los cuatro teléfonos de encima de su escritorio, o haciendo él mismo una llamada, o hablando con algún intruso, o echando un vistazo a los periódicos que acababan de llegar, paseaba de un lado otro de la



habitación, espaciosa, de techo alto y amueblada exquisitamente.

Hacia las cinco, el fiscal del Distrito Bowen entró, acompañado de dos subalternos llevando abultadas carteras. Por lo visto, iba a celebrarse una conferencia de alto nivel. Eso podría resultar instructivo si no me ponían en la calle; de modo que, muy discretamente, dejé mi asiento cerca del escritorio de Skinner y me acomodé en otro modesto asiento junto a la pared. Skinner estaba demasiado ocupado para darse cuenta de mi presencia, y los otros, evidentemente, pensaron que Skinner me reservaba como postre. Reunieron sillas alrededor del enorme escritorio y

procedieron. Tengo una buena memoria, innata, que ha estado bien entrenada durante los años que he permanecido con Nero Wolfe, de modo que podría informar plena y minuciosamente de lo que oí en la siguiente media hora, pero no voy a hacerlo. Si lo hiciera saldría en barca la próxima vez que intentara convertirme en una flor de papel de la pared durante una reunión de los grandes cerebros, y, de todas maneras, ¿quién soy yo para destruir la confianza que la gente ha depositado en los funcionarios públicos que ocupan altos puestos?

Algo sucedió, no obstante, que debe mencionarse. Estaban en mitad de una acalorada discusión sobre lo que debía

o no contarse al FBI cuando se produjo una interrupción. Primero sonó un teléfono, y Skinner habló brevemente por el auricular; entonces se abrió una puerta para admitir un visitante. Era el inspector Cramer. Mientras se acercaba a zancadas hasta el escritorio, me echó una rápida ojeada, pero su mente se hallaba enfrascada en cosas más elevadas. Se enfrentó a ellos y balbució:

—Ese hombre, Witmer, que creyó poder identificar al conductor del coche que mató al chico Drossos. Acaba de escoger a Horan entre otros. Cree poder jurarlo.

Todos le miraron. Bowen exclamó;  
—¡Que me aspen si lo entiendo!

— ¿Y bien? —exigió Skinner irritado.

Cramer le frunció el ceño.

—No sé, yo acabo de enterarme en este momento. Si le detenemos, la cosa se enreda otra vez. No pudo haber sido Horan el que estaba en el coche con la mujer el martes. No podríamos chafarle su coartada del martes ni con una apisonadora; y, de todos modos, estamos suponiendo que era Birch. Entonces, ¿por qué Horan mataría al chico? Ahora que lo tenemos por ese negocio sucio, podremos trabajarlo, pero si el hombre tiene un crimen encima nunca hablará. Hemos de aceptar eso y ahondar en el asunto, pero la cosa va peor que nunca.

Le digo a usted, comisario, que debería haber una ley contra los testigos visuales.

Skinner siguió irritado.

—Creo que es pasarse de la raya, inspector. Los testigos visuales son con frecuencia muy útiles. Esto bien pudiera ser la grieta que hemos estado deseando. Siéntese y lo discutiremos.

Mientras Cramer se acercaba una silla sonó un teléfono. Skinner lo cogió —el rojo, el primero a la izquierda—, habló un poco, y después miró a Cramer.

—Nero Wolfe, para usted. Dice que es importante.

—Lo cogeré fuera

—No, cójalo aquí mismo. Parece

contento.

Cramer dio la vuelta al escritorio hasta situarse al lado de Skinner y cogió el auricular.

—¿Wolfe? Cramer al habla. ¿Qué quiere?

A partir de ahí todo se redujo para Cramer a mantenerse a la escucha. Los otros estaban sentados contemplando la cara de Cramer, y yo hice lo mismo. Cuando observé que su color rojo se agudizaba lentamente, y que sus ojos se estrechaban cada vez más, tuve deseos de saltar de mi silla y salir corriendo a la Calle 35, pero no creí prudente llamar la atención sobre mi persona. Me quedé quieto sentado. Cuando finalmente

Cramer colgó el aparato, se quedó de pie, con las mandíbulas apretadas y contrayendo nerviosamente la nariz.

—Ese gordo hijo de perra —dijo. Retrocedió un paso—. Está contento, ya lo creo. Dice que está listo para ganarse el dinero que mistress Fromm le pagó. Quiere que vayamos el sargento Stebbins y yo. Quiere a las seis personas más directamente involucradas: a Goodwin, Panzer y a Durkin. Quiere tres o cuatro mujeres policía, sin uniforme, entre treinta y cinco y cuarenta años. Quiere a Goodwin inmediatamente; y quiere a Egan. Eso es todo.

Cramer lanzó a su alrededor una mirada furiosa.

—Dice que nosotros le llevaremos al asesino. *El asesino*, me dijo.

—Es un maníaco —comentó amargamente Bowen.

—¿Cómo es posible, en el nombre de Dios? —preguntó Skinner.

—Es insoportable —repuso Bowen—. Tráigalo aquí.

—No vendrá.

—¡Tráigalo!

—No sin una orden de arresto.

—¡Yo conseguiré una!

—No abrirá la boca. Conseguirá una fianza. Entonces se volverá a su casa y cursará él mismo las invitaciones, sin incluirnos a nosotros.

Se miraron el uno al otro, y cada uno



de ellos vio en la cara de los demás lo que yo mismo estaba contemplando. Que no quedaba otra alternativa.

Me levanté de mi silla y les dije alegremente:

—¡Los veré más tarde, caballeros!  
—y salí del despacho.

# CAPÍTULO XVI

Nunca he tenido tratos íntimos con una mujer policía, pero he visto algunas por aquí y por allá, y debo admitir que aquel que escogió las tres que acudieron a la fiesta de Wolfe aquella tarde tuvo buen ojo. No es que fueran despampanantes, pero yo, gustosamente, me hubiera llevado a cualquiera de las tres al local de la esquina para invitarla a un trago. Lo único desagradable eran sus ojos profesionales, pero eso no podía tenerse en cuenta contra ellas, porque estaban cumpliendo su deber en

presencia de un inspector, y es natural que tuvieran que parecer alertas, competentes y duras. Todas vestían con normalidad, y una de ellas llevaba un conjunto azul, con rayas finas de color blanco, que resultaba muy pulcro.

Yo llegué allí con tiempo anticipado a la llegada de la multitud para poder informar brevemente a Wolfe sobre lo que me había ocurrido en el día; lo que no pareció realmente interesarle demasiado, y para ayudar a Fritz y a Orrie a reunir sillas y situarlas. Cuando los primeros visitantes llamaron al timbre, Orrie desapareció en la habitación de delante y cerró la puerta. Habiendo estado allí para coger sillas,

había visto lo que estaba protegiendo — un tipo de hombros redondos, de media edad, con gafas y el cinturón demasiado apretado—. Orrie nos había presentado, de modo que yo sabía que se llamaba Bernard Levine, pero eso era todo.

La disposición de los asientos había sido ordenada por Wolfe. Las seis mujeres estaban en la primera fila, con las mujeres policía intercaladas entre Angela Wright, Claire Horan y Jean Estey. El inspector Cramer estaba en el sillón de cuero rojo, con Purley Stebbins a su izquierda, junto a Jean Estey. A la espalda de Jean Estey se hallaba Lips Egan, al alcance de Stebbins en caso de que se pusiera nervioso y comenzara a

usar las tenazas con alguien. A la izquierda de Egan, en la segunda fila, estaban Horan, Lipscomb y Kuffner. Saúl Panzer y Fred Durkin estaban detrás.

He dicho que Cramer estaba en el sillón de cuero rojo; pero, en realidad, se le estaba guardando ese sitio. Cramer había insistido en hablar privadamente con Wolfe, y ambos estaban en el comedor. No sé qué es lo que querría Cramer, pero dudo mucho que lo consiguiera, a juzgar por la expresión en su rostro cuando entró en la oficina delante de Wolfe. La mandíbula estaba apretada, como sus labios, y estaba colorado. Se quedó de pie, mirando a

los reunidos, hasta que Wolfe se acercó a su butaca y se acomodó en ella, y habló después.

—Quiero que quede entendido — observó Cramer— que esto es hasta cierto punto oficial. Han sido ustedes traídos aquí por el Departamento de Policía con la aprobación del fiscal del Distrito, y eso lo hace oficial; pero ahora, Nero Wolfe procederá bajo su propia responsabilidad, y no tiene ninguna autoridad para insistir en que sean respondidas las preguntas que pueda formular. ¿Han comprendido todos ustedes?

Se oyeron murmullos. Cramer prosiguió:

—Adelante, Wolfe —y se sentó.

Los ojos de Wolfe se movieron de izquierda a derecha, y de nuevo al otro lado.

—Esto es algo embarazoso —dijo, coloquialmente—. Sólo conozco, por haberlos visto, a dos de ustedes; Mr. Horan y Mr. Kuffner. Mister Goodwin me ha proporcionado un gráfico, pero me gustaría hacer alguna comprobación. ¿Es usted Miss Jean Estey?

—Sí.

—¿Miss Angela Wright?

Ella lo confirmó.

—¿Mrs. Horan?

—Ése es mi nombre. No creo...

—Por favor, Mrs. Horan. —Fue

brusco—. Más tarde, si es necesario.  
¿Es usted Mr. Vincent Lipscomb?

—Exacto.

Los ojos de Wolfe volvieron a recorrer la estancia de un lado a otro.

—Gracias. Creo que ésta es la primera vez que me haya propuesto señalar a un asesino de entre un grupo en su mayoría desconocidos. Parece algo presuntuoso, pero veamos. Míster Cramer les ha indicado que yo no poseo autoridad para pretender que se responda a mis preguntas, pero tengo que aliviarles al respecto. No tengo que hacer ninguna pregunta. Ninguna. Al proceder quizá surja la ocasión para formular alguna, pero lo dudo.



Cramer soltó un gruñido por lo bajo. Las miradas se dirigieron hacia él, pero él no se enteró. Tenía la mirada fija en Wolfe.

—En realidad, sí haré preguntas — continuó Wolfe—, pero a mí mismo, y yo mismo las responderé. Este asunto es tan complicado que las preguntas podrían llegar a ser centenares, pero voy a limitarme al mínimo. Por ejemplo, sé por qué Mrs. Fromm llevaba esos pendientes de oro, como arañas, en sus orejas, cuando vino a verme el viernes al mediodía. Formaba parte de su intento de impostura; pero, ¿por qué los llevaba el viernes por la noche para la cena en casa de Horan? Obviamente, lo hizo

esperando sorprender alguna reacción en alguno de los asistentes. Otra cosa: ¿por qué Mr. Horan fue a ese garaje la noche pasada? Porque él sabía que su avaricia le había impulsado a cometer una acción estúpida, dando el nombre de Leopold Heim y su dirección a Egan, y estaba asustado... según resultó después, con razón. Supongo...

—¡Protesto! —La voz de tenor de Horan se quebraba—. ¡Eso es una infamia! ¡Inspector Cramer, usted ha dicho que Wolfe habla bajo su propia responsabilidad, pero usted es responsable de habernos traído aquí!

—Puede usted denunciarle —replicó secamente Cramer.

—Mr. Horan. —Wolfe le señaló con el dedo—. Si yo fuese usted dejaría de darle vueltas al asunto de su implicación en el chantaje. En ese aspecto, está usted hundido, y lo sabe. Ahora deberá enfrentarse con un peligro mucho mayor: su identificación como el asesino de Pete Drossos. No puede usted escapar a una temporada en la cárcel; pero, con mi ayuda, podrá usted seguir con vida. Cuando terminemos aquí hoy, estará usted en deuda conmigo.

—¡Maldita la razón que tiene usted de que estamos en deuda!

—Bien. No trate de pagarme, ni en su sentido ni en el mío. Yo iba a decir que supongo que la mayoría de ustedes

ignoran cuanto concierne al asunto de chantaje que ha dado como resultado la muerte de tres personas, de modo que no podrán seguirme totalmente, pero eso puede esperar. Uno de ustedes, seguramente, sí será capaz de seguirme.

Se inclinó un poco hacia delante, apoyando los codos en los brazos de su butaca, y sus diez dedos descansando en la mesa.

—Sigamos. No pretendo poder acusar sin ninguna ayuda, pero he tenido indicios. El otro día, uno de ustedes se tomó muchas molestias para contarle a Mr. Goodwin sus movimientos en la noche del viernes y de la tarde del martes, aunque no había motivo alguno

para haberse molestado. Esa misma persona hizo una observación extraña: que habían transcurrido cincuenta y nueve horas desde que Mrs. Fromm había sido asesinada: ¡extraordinaria exactitud! Eso valía la pena de anotarse como un indicio, pero no más.

Entrelazó las manos sobre su barriga.

—Sin embargo, hay dos pistas principales. Primero, los pendientes. Mrs. Fromm los compró el once de mayo. Otra mujer los llevaba el diecinueve de mayo. Debió conseguirlos como regalo o préstamo de Mrs. Fromm, o bien los obtuvo sin su consentimiento. Sea como fuere, Mrs. Fromm los

recuperó y los exhibió en las orejas tres días después, el viernes veintidós... ¿Por qué? ¡Para intentar personificar a la mujer que los había llevado el martes! Entonces supo quién era esa mujer; tenía ciertas sospechas sobre ella, y, lo más importante como indicio, pudo recuperar los pendientes, por las buenas o quitándoselos, con el propósito de personificarla.

—¿Indicio de qué? —preguntó Cramer.

—De la identidad de la mujer. De ninguna manera categórico, pero sí sugerente. Debió de ser alguien cuya persona y pertenencias fueran fácilmente accesibles, tanto si los pendientes fueron

recuperados por Mrs. Fromm abiertamente o bajo mano. Ciertamente, esto entraba en sus cálculos, Mr. Cramer, y usted lo investigó al máximo, pero sin resultados. Su formidable acumulación de negativas en este asunto ha sido muy valiosa para mí. No hay ninguna duda sobre su habilidad para sumar dos más dos. Usted sabía que mi anuncio en el periódico sobre una mujer que llevaba unos pendientes araña apareció en la mañana del viernes, y que Mrs. Fromm vino aquí el viernes llevándolos. Era, por tanto, una hipótesis acertada que ella los había recuperado durante ese breve intervalo—dos o tres horas a lo sumo—. Si

hubiera tenido que ir lejos a buscarlos usted lo habría descubierto y explotado el descubrimiento, y en estos momentos usted no estaría aquí. ¿No es eso cierto?

—Es usted quien lo está diciendo —gruñó Cramer—. Yo no he sabido que Mrs. Fromm los había comprado hasta esta mañana.

—Aun así, usted sabía que esos pendientes, probablemente, eran únicos. A propósito, una interesante especulación respecto a los motivos por los que Mrs. Fromm los compró cuando le llamaron la atención en un escaparate: Mr. Egan ha dicho que, al llamarle por teléfono una mujer, utilizó la contraseña: «Dijo la araña a la mosca.»



Posiblemente, incluso probablemente, Mrs. Fromm había oído utilizar esa peculiar contraseña, y seguro que fue uno de los condicionantes de sus sospechas. Y, cuando vio los pendientes de araña, sintió el impulso de participar en el juego con ellos.

Wolfe aspiró plena y profundamente, y soltó después el aire ruidosamente:

—Sigamos con ello. El hombre que atropelló al chico, Peter Drossos, era una criatura extraña, difícil de tragar e imposible de digerir. La teoría más sencilla, es decir, que era el hombre que había estado el día anterior con la mujer en el coche, y que temía que el chico pudiera identificarle, y que lo hiciera,

quedó anulada cuando supe que el hombre que iba en el coche con la mujer había sido Matthew Birch, al que mataron el martes por la noche; pero, de cualquier modo, su conducta era extraña. Yo me pongo en su lugar. Por las razones que fuesen, decido matar a ese chico yendo con el vehículo a esa esquina, a plena luz del día; y, si aparece y cuando lo haga, ofreciendo una oportunidad, le atropello con el coche. No puedo esperar tener la extraña suerte de tener la oportunidad al primer intento; ciertamente, no puedo contar con ello. Debo anticipar la necesidad de tener que pasar en coche por ese cruce varias veces, quizá muchas. Habrá gente por

allí, pero no tendrán ningún motivo para fijarse en mí hasta que se me presente la oportunidad y atropelle al chico; sin embargo, muchos ojos me habrán visto casualmente.

Giró una palma hacia arriba.

—De modo que, ¿qué hago yo? Naturalmente, no puedo llevar un antifaz, pero hay otros recursos. Una barba postiza sería excelente. Los desprecio a todos y me burlo, y no hago ningún esfuerzo para disfrazarme. Con mi traje marrón y mi sombrero de fieltro, me lanzo a la peligrosa y mortal aventura. Hay dos posibilidades: o soy un tonto de capirote o soy una mujer. Prefiero elegir lo de la mujer; por lo

menos como hipótesis de prueba.

»Si soy una mujer, la mayor parte de las complicaciones desaparecen, ya que tengo la mayoría de papeles. Estoy metida en el asunto del chantaje; a lo mejor incluso lo dirija. Mistress Fromm se huele algo, no lo suficiente para actuar en consecuencia, pero sí para sospechar. Me hace preguntas con segunda intención. Me da los pendientes de araña. El martes por la tarde me encuentro con Matthew Birch, uno de mis cómplices. Matthew me pide que conduzca su coche, lo que no sucede a menudo, y de pronto saca una pistola y aprieta el cañón contra mí. Cualquiera que sea la causa de su hostilidad,

conozco a ese tipo y temo por mi vida. Matthew me ordena que vaya a alguna parte. En una esquina en donde nos detenemos en un semáforo, un chico se acerca para limpiar la ventanilla, y le pido, moviendo los labios: «Socorro, busca un policía.» La luz cambia. Birch me hace seguir y le obedezco. Me recupero del pánico, pues yo también tengo mi genio. Allí adónde vamos, en algún lugar, a alguna hora, le pillo desprevenido y le ataco. Mi arma es un martillo, una llave inglesa, un palo, su propia pistola... pero no disparo contra él. Le tengo en el coche, inconsciente, caído; y, más tarde, por la noche, le llevo en el coche a un callejón aislado,

le echo fuera y le atropello con el vehículo. Luego, aparco el coche en algún lugar y me voy a casa.

Cramer carraspeó:

—Todo eso podría haberlo supuesto yo. Demuéstrelo.

—Ésa es mi intención. Al día siguiente decido que el chico representa una amenaza para mí que no puedo tolerar. Si Mrs. Fromm, de alguna manera, consiguiera confirmar sus sospechas y se descubriera mi relación con Birch, el chico podría identificarme como la compañera de Birch en el coche. Lamento amargamente mi momento de debilidad cuando le pedí que buscara un policía, y no puedo

soportar esa amenaza. De modo que aquella tarde, vestida como un hombre, cojo el coche de donde estaba estacionado y procedo según se ha descrito. Esta vez estaciono el coche muy lejos del centro y cojo el Metro para volver a casa.

»Naturalmente me he convertido en una idiota moral, una vaca egomaniaca con colmillos de verraco. El viernes por la mañana, Mrs. Fromm coge los pendientes de araña y sale de casa llevándolos puestos. Cuando volvió a casa, muy avanzada la tarde, habló conmigo; entre otras cosas, me dijo que había contratado a Nero Wolfe para que investigara. Eso fue una imprudencia:

cuando menos debía haber sospechado lo peligrosa que soy. Aquella noche tuvo una buena demostración de ello, aunque nunca lo supo. Encontré su coche estacionado no lejos del apartamento de Horan, y me oculté detrás del asiento delantero, armada con una llave inglesa. Horan bajó con ella, pero...

—¡Deténgase!—gritó Cramer—. Está usted acusando a Jean Estey de homicidio sin tener ninguna prueba. He dicho que usted era responsable de sus palabras, pero yo los he traído aquí, y existe un límite. Deme un hecho, o no le podré dejar que siga.

Wolfe hizo una mueca.

—Yo únicamente tengo un hecho,



Mr. Cramer, y todavía no ha sido establecido.

—Oigámoslo entonces.

—Muy bien. Archie, ve a buscarlos.

Al levantarme, para dirigirme a la puerta que comunicaba con la habitación del frente, vi que Purley Stebbins rendía a Wolfe uno de los mayores tributos que jamás recibiera. Volvió la cabeza y bajó la mirada hasta las manos de Jean Estey. Todo lo que Wolfe había hecho era darnos una charla. Según había dicho Cramer, no había establecido ni un ápice de evidencia. Y el rostro de Jean Estey no mostraba ninguna señal de miedo. Pero Purley, junto a ella, miraba fijamente las manos de la mujer.

—¡Bien, Orrie! —grité tras abrir la puerta.

Algunas cabezas se volvieron, y otras no, cuando ellos entraron. Orrie se quedó detrás, y yo acompañé a Levine entre el gentío hasta una silla que le esperaba junto a una esquina de mi escritorio, desde donde gozaba de una perspectiva sin obstáculos de la primera fila. Estaba tratando de no dejar ver lo nervioso que estaba, pero al sentarse se situó escasamente al borde de la silla, y yo tuve que indicarle que se sentara más cómodamente.

Wolfe se dirigió a él.

—¿Se llama usted Bernard Levine?

—Sí, señor. —Se lamió los labios.

—Este caballero que está junto al extremo de mi escritorio es el inspector Cramer, del Departamento de Policía de Nueva York. Está aquí cumpliendo con su deber, pero como simple observador. Las preguntas son totalmente de mi responsabilidad, y puede usted responderlas a discreción. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Me llamo Nero Wolfe. ¿Me ha visto usted alguna vez antes de ahora?

—No, señor. Naturalmente, he oído hablar de usted...

—¿A qué se dedica usted, Mr. Levine?

—Formo parte de la sociedad «B. y S. Levine». Mi hermano y yo tenemos

una tienda de ropa para hombres en Filmore, 514, en Newark.

—¿Por qué está usted aquí? ¿Cómo sucedió? Cuéntemelo.

—Bien, llamaron por teléfono a la tienda, y un hombre dijo...

—Por favor. ¿Cuándo?

—Esta tarde, hacia las cuatro. Dijo que su mujer había comprado un sombrero de fieltro y un traje marrón en nuestra tienda la semana pasada, el miércoles, y me preguntó si me acordaba. Yo le respondí que naturalmente, que yo la despaché. Entonces, él dijo que no habría ningún error, que se la describiera, y yo lo hice. Entonces, él...

—Por favor. ¿Describió ese hombre a su esposa o le pidió a usted que le describiese a su cliente?

—Como ya he dicho, él no describió a nadie. Me pidió que yo lo hiciera, y así lo hice.

—Siga.

—Entonces me dijo que quería venir y, a lo mejor, cambiaría el sombrero y preguntó si yo estaría, y yo le dije que sí. Al cabo de media hora, quizás un poco más, el hombre entró. Me enseñó una licencia de detective de Nueva York, con su fotografía y su nombre, Orvald Cather. Me dijo que era su mujer la que había comprado el traje, y que él estaba investigando algo. Me explicó

que estaba trabajando para Nero Wolfe, el gran detective, y que había sucedido algo con el traje y el sombrero, y que quería que yo viniese a Nueva York con él. Bueno, ése era el problema. Mi hermano y yo no queremos molestias. No somos los Brooks Brothers, pero intentamos llevar un pequeño negocio agradable y decente...

—Sí. Pero, ¿decidió usted venir?

—Mi hermano y yo lo decidimos. Todo lo decidimos juntos.

—¿Le indujo a usted Mr. Cather de alguna manera? ¿Le ofreció algún dinero a cambio?

—No, sólo trató de convencernos. Tiene mucha labia ese hombre. Sería un

buen vendedor. De modo que hemos venido juntos en el tren y él me ha traído aquí.

—¿Sabe usted exactamente para qué?

—No, no me lo ha dicho exactamente. Sólo me dijo que era algo muy importante sobre el traje y el sombrero.

—¿No le insinuó Cather que se le iba a solicitar a usted que identificara a la mujer que compró el traje y el sombrero?

—No, señor.

—¿Le ha mostrado Mr. Cather alguna fotografía, cualquier fotografía, de alguna persona?

—No señor.

—¿Le ha descrito a alguien?

—No, señor.

—En este caso su cerebro está libre de influencias, Mr. Levine. Yo le pregunto ahora por la mujer que compró un traje marrón y un sombrero de fieltro en su tienda el pasado miércoles. ¿Hay alguien en esta habitación que se parezca a ella?

—Seguro, me di cuenta tan pronto como me senté. Esa mujer de ahí al final. —Señaló a Jean Estey—. Es ella.

—¿Está usted seguro?

—Del todo.

La cabeza de Wolfe dio un giro.

—¿Servirá eso como hecho, Mr.



Cramer?

Naturalmente, Jean Estey, sentada entre el sargento y la mujer policía, había tenido cuatro o cinco minutos para ir pensando cómo librarse. En el mismo instante en que vio a Levine supo que estaba identificada como la compradora del vestuario, puesto que S. Levine, ciertamente, confirmaría a B. Levine. De modo que estaba lista, y no esperó a que Cramer respondiera a la pregunta de Wolfe, sino que respondió ella misma.

—De acuerdo —admitió—, es cierto. Fui una solemne boba. Compré el traje y el sombrero para Claire Horan. Ella me pidió que lo hiciera, y yo lo hice. Llevé el paquete...

La disposición de los dos asientos fue un acierto, con las mujeres policías intercaladas entre las civiles. Cuando Mrs. Horan saltó de su silla hacia Jean Estey, encontró un obstáculo tan rápido y eficiente que fue a parar limpiamente al regazo de la mujer policía del otro lado, que la recibió con destreza. En la fila de atrás, algunos de los hombres se habían puesto de pie, y se alzaron algunas voces, entre ellas la del inspector Cramer. Purley Stebbins, naturalmente ya algo confuso, dejó a Jean Estey para su colega femenino y se concentró en Dennis Horan, que había abandonado su asiento para rescatar a su mujer de las garras de la agente de Policía que la

había apresado en su vuelo. Horan, sintiendo la pesada mano de Purley sobre su hombro, se deshizo del peso, se incorporó y habló, a quien pudiera interesar.

—Eso es mentira —graznó. Señaló con un dedo tembloroso a Jean Estey—. Es una mentirosa y una asesina. —Se volvió para apuntar con su dedo a Lips Egan—. Tú lo sabes, Egan. Tú sabes que Birch descubrió que ella se estaba quedando con la parte del león y dándole a él una mínima fracción, y ya sabes lo que quería decir Birch cuando indicó que se cuidaría de ella. Fue un maldito loco al creer que lo lograría. Ahora, ella está tratando de colgarme a

mí el asesinato, y también te meterá a ti en el asunto. ¿Vas a permitir que lo haga?

—¡No lo permitiré!—chilló Egan—. Ya me han engañado bastante. Esa perra enfurecida puede irse al cuerno.

Horan se volvió.

—Me ha atrapado, Wolfe, maldito sea. Sé bien cuándo he perdido. Mi esposa no sabía nada de todo esto, y yo no sabía nada de las muertes. Lo sospechaba, pero no lo sabía. Ahora le contaré, si quiere, todo lo que sé.

—No quiero saber más —replicó Wolfe, con gesto torcido—. Yo también he terminado. ¿Mr. Cramer? ¿Querrá usted llevarse a estas alimañas de casa?

—Se volvió al grupo y cambió su tono —. Naturalmente, señoras y caballeros, esto se refiere únicamente a aquellos que se han ganado el calificativo.

Yo estaba abriendo el cajón inferior de mi escritorio para sacar una cámara: Lon Cohen, de la *Gazette*, se había ganado, pensé, una buena instantánea de Bernard Levine sentado en la oficina de Nero Wolfe.

# CAPÍTULO

## XVII

Tres días después, un viernes, a las once de la mañana, estaba en mi escritorio mecanografiando una carta a un coleccionista de orquídeas, cuando Wolfe bajó de las habitaciones del invernadero y entró. Sin embargo, en lugar de dirigirse a su escritorio, se acercó a la caja fuerte, la abrió, y sacó alguna cosa. Yo me volví para observarle, pues me fastidia que ande manoseando las cosas. Lo que sacó era

el libro de notas de Lips Egan. Cerró la caja fuerte e inició la salida.

Yo me levanté para seguirle, pero él se volvió hacia mí.

—No, Archie, no quiero convertirte en cómplice de una infracción... ¿o es una falta?

—Bobadas. Me encantaría compartir una celda contigo.

Se dirigió a la cocina, sacó la gran cacerola del asado, la colocó encima de la mesa y la forró minuciosamente con papel de aluminio. Yo me senté en un taburete y le observaba. Abrió el librito de notas de hojas sueltas y sacó una; la arrugó y la dejó caer en la cacerola. Cuando había una docena o más de hojas

en el montón, aplicó una cerilla encendida y siguió añadiendo combustible a la llama, hoja tras hoja, hasta que el librito estuvo vacío.

—¡Listo! —exclamó, en tono satisfecho, y se dirigió al fregadero para lavarse las manos. Yo arrojé las tapas de la libreta al cubo de la basura.

En aquel momento pensé que Wolfe quizá se había precipitado, puesto que era posible que ellos necesitaran todavía de alguna evidencia extra. Pero eso sucedió hace ya muchas semanas, y ahora que Horan y Egan ya han sido juzgados, condenados y sentenciados, y un jurado de siete hombres y cinco mujeres necesitó solamente de cuatro



horas para colgarle la pena máxima a  
Jean Estey... ¡qué demonios!

**FIN**

# Rex Stout

Rex Stout nació en 1886. Para demostrar que no es necesaria la acción en la novela de misterio, creó la figura del hombre-máquina de pensar: Nero Wolfe, el detective que nació a la vida literaria en 1934 y en seguida logró eclipsar a su creador. Wolfe pesa 140 kilos, sólo mantiene discusiones acaloradas con su cocinero francés, no permite que nada ni nadie altere el horario ni turbe la paz de sus comidas, y dedica cuatro horas diarias a su colección de orquídeas exóticas. En los

ratos que le dejan libres la buena mesa y los invernaderos, se ocupa de su profesión: soluciona los problemas sin moverse de su casa, ver a los sospechosos ni examinar las pruebas: le basta con unir en su prodigiosa cabeza los elementos que estaban dispersos en los informes de sus ayudantes.

# Notas

*Corn muffins*: Tipo de panecillo que contiene huevo. (N. *del T.*)<<